

pensar Malvinas

UNA SELECCIÓN DE FUENTES DOCUMENTALES,
TESTIMONIALES, FICCIONALES Y FOTOGRÁFICAS
PARA TRABAJAR EN EL AULA



pensar Malvinas

Coordinación Programa «Educación y Memoria»

Federico Lorenz, Ma. Celeste Adamoli

Equipo Programa «Educación y Memoria»

Matías Fariás, Cecilia Flachsland, Pablo Luzuriaga, Violeta Rosenberg,
Edgardo Vannucchi

Coordinación editorial de este volumen

Cecilia Flachsland

Colaboraciones en capítulos 4 y 5

Nicolás Arata, Lara Segade

Diseño y producción visual

Ana Efron, Sergio Massun, José Luis Meirás

Primera edición mayo de 2009.

© 2009. Ministerio de Educación de la Nación Argentina.

Impreso en Argentina.

Publicación de distribución gratuita

Prohibida su venta. Se permite la reproducción total o parcial de este libro
con expresa mención de la fuente y autores.

pensar Malvinas

UNA SELECCIÓN DE FUENTES DOCUMENTALES,
TESTIMONIALES, FICCIONALES Y FOTOGRÁFICAS
PARA TRABAJAR EN EL AULA

Índice

Palabras de apertura	7
Palabras de apertura	9
Programa Educación y Memoria	11
Introducción	13
1. 1982: LA GUERRA	19
Fuentes	27
1. Los chicos de la guerra	27
2. Partes de guerra	31
3. El otro frente de guerra	33
4. Halcones de Malvinas	35
5. 1093 tripulantes	39
6. Revista Lote: entrevista con tres periodistas que cubrieron la guerra	42
7. Semanario Impacto, Puerto Madryn	45
8. Fotografía: Soldados	46
Propuestas para trabajar en el aula	49

2. LAS ISLAS EN EL IMAGINARIO ARGENTINO PREVIO A LA GUERRA	53
Fuentes	63
1. El siglo XIX: el mitrismo	63
2. Revisionismo histórico conservador	65
3. Revisionismo histórico nacional y popular: FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina)	68
4. Alfredo Palacios	69
5. El gaucho Rivero	71
6. El Operativo Cóndor	73
7. Los exiliados políticos y la guerra	74
8. Fotografía: Monte Longdon	76
Propuestas para trabajar en el aula	79

3. MEMORIAS DE LA GUERRA	81
Fuentes	91
1. Malvinas, Gesta e incompetencia. Martín Balza	91
2. Opina la calle. El Porteño, año 1, N° 8, agosto de 1982	93
3. Hablan los niños	95
4. Partes de guerra	99
5. Discurso del Presidente Raúl Alfonsín, 1984	104
6. Las organizaciones de ex combatientes	105
7. Monumentos	109
8. Fotografía: Movilización	110
Propuestas para trabajar en el aula	113

**4. LA ESCUELA Y LAS CAUSAS
NACIONALES 117**

Fuentes 125

- 1. Circular escolar de 1964 125
- 2. Circular escolar de la post guerra, junio
de 1982 127
- 3. Testimonios docentes sobre Malvinas
y la escuela 128
- 4. Manual escolar 131
- 5. Fotografía: Saludo a la bandera 132

Propuestas para trabajar en el aula 135

5. REPRESENTACIONES 137

Fuentes 153

- 1. La marca del ganado.
Pablo De Santis 154
- 2. Fotografía: Marcas 160

Propuestas para trabajar en el aula 163

**6. LOS TRABAJOS DE LOS IFD: LA VOZ
DE LOS ESTUDIANTES 167**

Los Avá Ñaró cuentan su verdad 173

Malvinas. Educación sin memoria 181

Palabras finales 187

Bibliografía sugerida 189

Agradecimientos 193

Créditos de las imágenes 194

Malvinas para pensar el Bicentenario de la Patria

Los aniversarios pueden ser meras celebraciones formales, pero también una oportunidad para volver sobre cuestiones fundantes. En el marco de las celebraciones del Bicentenario de nuestra independencia, anhelamos que la educación sea un espacio clave para analizar algunas de esas cuestiones, donde podamos conjugar los tres tiempos de nuestra cultura: el pasado, el presente y el futuro. Desde esta concepción, el Ministerio de Educación de la Nación ofrece a los docentes argentinos el libro *Pensar Malvinas*.

La Ley Nacional de Educación establece que la causa de la recuperación de las islas Malvinas debe formar parte de los contenidos curriculares comunes en todo el país. Este libro, en cumplimiento de ese mandato legal, ofrece aportes novedosos para la enseñanza de un tema complejo y crucial de nuestra historia y contribuye al análisis de algunas de las cuestiones fundantes vinculadas al Bicentenario: ¿cómo pensar la nación después de la experiencia del terrorismo de Estado?, ¿cómo explicar la guerra de 1982?, ¿qué significa la soberanía?, ¿cuál es el lugar de la escuela para construir un espacio cultural co-

mún?, ¿cómo releer el pasado y cuál fue el lugar de Malvinas en el imaginario argentino?

Los principales analistas de la sociedad contemporánea han señalado de distintas formas que vivimos en un momento caracterizado por una fuerte ruptura con el pasado. La veneración del presente —el «aquí y ahora» y el «nada a largo plazo»— se conjuga con la percepción de que en el futuro sólo nos espera la incertidumbre, el peligro, la amenaza. El mundo contemporáneo —señalan esos mismos analistas— no considera que en el pasado se atesoran los sentidos que, redescubiertos, permitirán apostar al futuro y a las nuevas generaciones.

Celebrar el Bicentenario puede constituir una oportunidad para desafiar estas creencias y volver sobre el pasado común para conocerlo, disputarlo, inscribir en él nuevos sentidos y a partir de ahí elaborar entre todos un proyecto de futuro compartido. En esta tarea la escuela ocupa un lugar destacado porque, en tanto transmisora de una cultura, puede y debe habilitar el intercambio entre una generación y otra.

Este ejercicio cultural es el que propone *Pensar Malvinas* a partir de una selección de fuentes de muy distinto tipo: documentos, testimonios, ficciones y fotografías. La pluralidad y la amplitud de los criterios de selección expresan el deseo de estimular el debate sobre un pasado reciente que todavía nos duele, que dejó marcas desiguales a lo largo de territorio argentino y que nos reclama un fuerte compromiso hacia el futuro. Pero el libro también ofrece trabajos escritos por jóvenes correntinos, estudiantes de formación docente, que dan cuenta del enorme potencial de nuestros maestros como actores sociales responsables del proceso de producción y transmisión cultural.

Pensar Malvinas nos ayuda a revisar las lecciones del pasado. Y esas lecciones nos permiten hoy definir un proyecto de futuro, donde el concepto clave sea el de justicia social. Queremos construir una nación justa, sin exclusión, sin marginalidad, con garantías plenas del cumplimiento de los derechos básicos de todo ciudadano y ciudadana. Queremos construir una nación que no niegue la diversidad cultural sino que la respete, la valore y la fortalezca.

Queremos construir una nación que tenga un vínculo de respeto con las otras naciones y que sea respetada.

Esperamos que en este libro los docentes argentinos encuentren, a través de revisar la historia de Malvinas, las herramientas para aportar en esa construcción.

Juan Carlos Tedesco
Ministro de Educación

El necesario homenaje

En todas nuestras acciones, desde el Ministerio de Educación de la Nación, nos proponemos crear diferentes instancias de reflexión, como una posibilidad de reconocernos parte de una historia nacional, rica en matices y contrastes regionales, y con puntos de encuentro y desencuentro. Una historia que es propia aunque sea difícil hallar una síntesis, porque las discusiones todavía están tan abiertas como las heridas producidas por los hechos de un pasado cargado de violencia y frustraciones, pero también, de esperanzas e ilusiones colectivas.

Las islas Malvinas son uno de esos espacios de la memoria donde el orgullo y el dolor arden juntos. «Malvinas» son las islas usurpadas por Gran Bretaña desde 1833 y son también «la guerra» librada en el contexto de terrorismo de Estado. Al hecho intolerable de la situación colonial aún vigente ya comenzado el tercer milenio –que origina el sostenido reclamo de la República Argentina– se agregan decenas de preguntas acerca del conflicto de 1982, que están asociadas, más que a esa cuestión diplomática, a una reflexión sobre nosotros mismos.

Este libro propone abrir una serie de cuestiones en torno a lo que las Malvinas significan para los argentinos, asumiendo la complejidad de un pasado que, por diversos motivos, sigue aún a flor de piel. Contiene fuentes, propuestas para trabajar en las aulas y trabajos realizados por los estudiantes de los Institutos Superiores de Formación Docente.

Más de un cuarto de siglo después de la guerra, tenemos que ser capaces de reflexionar sobre ese episodio, como la mejor forma de homenajear a quienes allí combatieron, a sus familias, a sus compañeros, a nuestros muertos.

En este proceso reflexivo, la educación desempeña un papel central, entre otras cosas, porque la relación entre la escuela pública y las causas nacionales es íntima y de larga data. Allí radica también la posibilidad de pensar sobre la propia responsabilidad, como ciudadanos y como docentes.

A partir de estas reflexiones, el libro *Pensar Malvinas* se guía por la idea de que la soberanía popular es, también, el espacio de la memoria

donde atesoramos aquello que elegimos recordar, los rostros y las trayectorias que decidimos honrar, los compromisos que nos esforzamos por sostener, aún cuando sepamos que hacerlo será una tarea ardua, larga, difícil, de final incierto.

No dudamos que este material contribuirá a colocar en ese lugar la conciencia de los derechos argentinos sobre las islas Malvinas, pero también, y sobre todo, la memoria de los jóvenes soldados conscriptos, ciudadanos de uniforme, que marcharon a las islas acaso con el único bagaje de lo que la escuela les había enseñado sobre el archipiélago austral.

Esos rostros congelados en las fotografías bélicas del año 1982 devuelven la pregunta sobre el país que construimos para los jóvenes de hoy y sobre el país que ellos mismos comienzan a imaginar. Ese ejercicio sobre el pasado y sobre el presente tiene en la escuela un espacio fundamental.

Pensar Malvinas tiene por objetivo conocer la historia de las islas, sentirlas, quererlas

como propias, ir más allá del puro presente y encontrarnos con las mejores tradiciones que conforman nuestra identidad nacional.

Pensar Malvinas es una manera de recordarnos –como cuando éramos niños y empezábamos nuestra vida escolar– que las Malvinas son argentinas, que vamos a seguir reivindicando nuestra soberanía sobre ellas, siempre, y que los que murieron por ella son héroes y seguirán junto a nuestro corazón, y será nuestra obligación que ese testimonio pase a las nuevas generaciones, para que el recuerdo de su generosidad nos acompañe siempre.

Alberto Sileoni

Secretario de Educación

Programa Educación y Memoria

El Programa «Educación y Memoria» del Ministerio de Educación de la Nación tiene como objetivo consolidar una política educativa que promueva la enseñanza de la historia reciente mediante la elaboración y puesta a disposición de materiales y acciones de capacitación docente a nivel nacional. Inscribire sus acciones en el marco general de la Ley Nacional de Educación N° 26.206 que en su artículo 3° señala que «La educación es una prioridad nacional y se constituye como política de Estado para construir una sociedad justa, reafirmar la soberanía e identidad nacional, profundizar el ejercicio de la ciudadanía democrática, respetar los derechos humanos y libertades fundamentales y fortalecer el desarrollo económico – social de la Nación».

En particular, en consonancia con el artículo 92 de la misma ley, se proponen recursos para la efectiva inclusión de los contenidos curriculares mínimos comunes a todas las jurisdicciones, tales como la construcción de una identidad nacional desde la perspectiva regional latinoamericana (particularmente la región MERCOSUR); la causa de la recuperación de Malvinas; y el ejercicio y la construcción de la memoria colec-

tiva de la historia reciente. Estas acciones tienen por objetivo «generar en los/as alumnos/as reflexiones y sentimientos democráticos y de defensa del Estado de Derecho y la plena vigencia de los Derechos Humanos».

La promoción de la enseñanza del pasado reciente se sostiene en la idea de que los derechos humanos son conquistas sociales, resultado de las acciones humanas, y en consecuencia al transmitirlo se refuerzan las nociones de responsabilidad, participación e inclusión. Es desde la educación -entendida como una puesta a disposición del pasado en diálogo permanente con el presente y el futuro- que es posible invitar a los jóvenes a reflexionar, debatir, abrir nuevas preguntas y buscar nuevas respuestas para poder posicionarse frente a sus realidades.

En este sentido, la enseñanza del pasado reciente constituye un aporte fundamental para la construcción de una nación justa, equitativa, económica y socialmente desarrollada, y habitada por ciudadanos activos cuya responsabilidad se alimenta también a partir de reconocerse como partícipes de un pasado común.

Es en este marco que la publicación de este libro pretende facilitar y acompañar la tarea docente en la enseñanza de Malvinas. Además de ofrecer recursos para el aula, el libro aporta preguntas y respuestas reconociendo los múltiples sentidos que se abren a partir de este tema crucial de nuestro pasado: cuál fue el lugar de Malvinas en el imaginario nacional; cómo pensar la compleja experiencia de la guerra; qué memorias se construyeron en torno a ese episodio y cuáles son sus marcas regionales; qué formas encontró la escuela, a lo largo de su historia, para enseñar Malvinas; qué representaciones posibles (o imposibles) se desplegaron en el campo de la cultura; qué aportes pueden realizar las investigaciones hechas por estudiantes de Institutos de Formación Docente de distintos lugares del país.

Esperamos que encuentren en estas páginas la invitación a pensar juntos, a aprender, a debatir, a enseñar y a transitar el camino de apropiarse de la historia en tiempo presente para imaginar futuros posibles.

Introducción

Hasta el 2 de abril de 1982, la escuela pública fue un espacio privilegiado para enseñar y transmitir la historia de Malvinas. Las aulas fueron lugares de construcción y, a la vez, cajas de resonancia del sentimiento nacional que despertaban las islas. En 1833, Gran Bretaña había ocupado ilegalmente el archipiélago como parte del proceso de expansión imperialista iniciado por esa nación a finales del siglo XVIII.

El historiador Eric Hobsbawm describió este proceso de expansión imperial: «La supremacía económica y militar de los países capitalistas no había sufrido un desafío serio desde hacía mucho tiempo, pero entre finales del siglo XVIII y el último cuarto del siglo XIX no se había llevado a cabo intento alguno por convertir esa supremacía en una conquista, anexión y administración formales. Entre 1880 y 1914 ese intento se realizó y la mayor parte del mundo ajeno a Europa y al continente americano fue dividido formalmente en territorios que quedaron bajo el gobierno formal o bajo el dominio político informal de una serie de estados, fundamentalmente el Reino Unido, Francia, Alemania, Italia, los países Bajos, Bélgica, los Estados Unidos y

Japón. Hasta cierto punto, las víctimas de ese proceso fueron los antiguos imperios preindustriales supervivientes de España y Portugal (...) En América Latina, la dominación económica y las presiones políticas necesarias se realizaban sin una conquista formal»¹.

Sin embargo, esta «informalidad» del control británico sobre la Argentina presenta la «anomalía» de la usurpación de una parte de su territorio: las Malvinas. El control de enclaves estratégicos que garantizaran bases para su flota comercial y de guerra formaba parte de la política de Gran Bretaña. En ese sentido, el archipiélago austral tenía, al momento de la ocupación, una notable importancia estratégica, como una base de control, reaprovisionamiento y vigilancia del paso entre el océano Pacífico y el Atlántico. Esto se mantenía aún en 1914, durante la Primera Guerra Mundial, cuando las naves de guerra británicas y alemanas se enfrentaron allí en una importante batalla naval.

¹ HOBBSAWM, E., La era del imperio, 1875-1914. *Madrid, Editorial Crítica, 2003.*

La consolidación del Estado nacional argentino coincidió con la expansión imperialista de las potencias coloniales europeas, lo que generó una situación de dependencia económica paralela a la afirmación de una identidad nacional por parte de las élites dirigentes. Este proceso de construcción de la nacionalidad encontró en Malvinas una de sus piezas fundamentales.

Como contrapartida, los fuertes vínculos económicos entre las élites dirigentes y Gran Bretaña hicieron que el reclamo diplomático no fuera una prioridad hasta bien comenzado el siglo XX. Fue a partir de la década del sesenta, y en el marco de dos gobiernos democráticos, que la República Argentina obtuvo los avances diplomáticos más importantes. En 1965, las resoluciones 1514 y 2065 de las Naciones Unidas sentaron las bases para delimitar el reclamo diplomático argentino: la usurpación de las islas Malvinas era una situación colonial a resolver en el marco de la diplomacia internacional, con dos partes en litigio, el gobierno de la República Argentina y el de Gran Bretaña. Ante la obligación de negociar, Gran Bretaña ponía un reparo, se reservaba cualquier decisión a

«los intereses y los deseos» de los isleños. El gobierno argentino acordaba en «los intereses», no así en los «deseos», ya que, a diferencia de una población colonial sometida, los habitantes de las islas eran de abrumador origen británico, y estaban instalados allí tras la expulsión de las autoridades y la población rioplatenses.

Durante el siglo XX, los permanentes reclamos argentinos ante diferentes instancias internacionales constituyeron lo que se conoce como la cuestión Malvinas, el entramado diplomático, histórico y jurídico que sustenta la posición de nuestro país. Hacia mediados de la década del setenta, el acercamiento material entre el territorio continental argentino y las islas era muy importante, mientras que en el plano diplomático, después de los logros de la década del sesenta, las negociaciones habían tenido numerosos altibajos debido a tres factores: la actitud de los isleños (su mayor o menor apertura); la cambiante e inestable situación política interna argentina; y la alternancia de gobiernos británicos entre conservadores y laboristas.

Malvinas en la cultura y en la política argentina

Este proceso histórico estuvo acompañado por el desarrollo de la causa Malvinas, es decir: la fuerte presencia del archipiélago y del reclamo

por la soberanía en un amplio y variado espectro de fuerzas políticas, culturales y sociales. La usurpación de Malvinas del 3 de enero de 1833 se transformó en emblema de varias cosas: del imperialismo británico, de la resistencia criolla encarnada en el gaucho Rivero, del valor de una diplomacia constante, de la posibilidad –frustrada pero siempre esperada– de una realización nacional. Sus hitos, bien variados, abarcan desde la disciplina escolar que impulsaba a escribir que «las Malvinas fueron, son y serán argentinas» hasta el Operativo Cóndor realizado en 1966, durante la dictadura de Onganía, por un grupo de jóvenes peronistas pasando por la edición masiva de la obra de Paul Groussac distribuida por el impulso del senador socialista Alfredo Palacios.

La dictadura militar argentina (1976 – 1983) le otorgó a la causa Malvinas un nuevo y controvertido significado. Entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982, la República Argentina se enfrentó militarmente con Gran Bretaña por la soberanía de las islas. Una fuerza de desembarco redujo a la guarnición británica e izó el pabellón nacional, que flameó en las islas hasta que las fuerzas inglesas, a su vez, vencieron a las tropas argentinas y reinstauraron la situación colonial.

La derrota en ese conflicto fue uno de los hechos que precipitó la salida del poder por parte del Proceso de Reorganización Nacional, y abrió el espacio para la transición a la democracia. La guerra de Malvinas fue un punto crítico en una disputa diplomática que tenía más de un siglo y medio de antigüedad y que estaba originada en el despojo de parte del territorio nacional argentino por una potencia imperialista.

Cuando la dictadura militar argentina desembarcó en las islas estaba apelando a un sentimiento nacional profundamente arraigado en la cultura y la política. Lo hizo para producir un hecho de fuerza que culminó con una derrota humillante y, sobre todo, con la pérdida de centenares de vidas malversadas por un gobierno espurio. Pero sin dudas, las íntimas imbricaciones entre la dictadura y una reivindicación considerada justa por la sociedad modificaron radicalmente la forma de circulación de la «causa Malvinas».

Este libro, una herramienta para los docentes y alumnos, se propone pensar la profundidad de la causa Malvinas en la cultura argentina y los cambios que tuvo a partir de la experiencia histórica del conflicto de 1982.

La nueva Ley de Educación, en su artículo 92, compromete al Estado nacional y a los ministerios provinciales a sostener, mediante

la enseñanza de los derechos argentinos, el reclamo por la soberanía argentina en las islas Malvinas y demás archipiélagos del Atlántico Sur. En el mismo artículo, la cuestión de las islas aparece asociada al impulso de la enseñanza de la historia reciente como un mecanismo para consolidar una sociedad respetuosa de la democracia y los derechos humanos. De este modo, el espacio educativo se suma a la primera disposición transitoria de la Constitución nacional, que establece que:

«La Nación Argentina ratifica su legítima e imprescriptible soberanía sobre las Islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur y los espacios marítimos e insulares correspondientes, por ser parte integrante del territorio nacional. La recuperación de dichos territorios y el ejercicio pleno de la soberanía, respetando el modo de vida de sus habitantes, y conforme a los principios del derecho internacional, constituyen un objetivo permanente e irrenunciable del pueblo argentino».

En 1982 algo más de siete de cada diez argentinos de los que combatieron en Malvinas eran hijos de un pueblo escolarizado en el sistema educativo público. Estaban cumpliendo con el deber cívico del servicio militar obligatorio. En su gran mayoría eran jóvenes de entre 18 y 20 años, que provenían de las más diversas loca-

lidades de la República, algunos eran descendientes de los pueblos originarios, otros de inmigrantes, tenían distintas confesiones e ideologías, y estaban atravesados por el lugar común de la guerra. Afrontaban la posibilidad de la muerte bajo durísimas condiciones ambientales porque habían aprendido a hacerlo en nombre de una idea llamada patria.

El emblema de las islas concentra dos elementos de profundos y controversiales significados: por un lado, aquellos vinculados con la identidad nacional y latinoamericana, y, por otro lado, los debates que suscitan el período de la dictadura militar y los años previos, donde la guerra de Malvinas es uno de los episodios más movilizadores y frustrantes a la vez. Quizá por esto ha costado tanto, con posterioridad a la derrota, decir una palabra estatal sobre Malvinas. Sin embargo, cada 2 de abril, la fuerza del acontecimiento emerge con potencia en las pequeñas comunidades que constituyen cada escuela. Como en otros episodios argentinos han sido principalmente los más afectados por la guerra los que mantuvieron viva su memoria, luchando a la vez contra las generalizaciones y simplificaciones y, sobre todo, contra el olvido.

En las puertas del Bicentenario, la publicación que aquí ofrecemos apunta a la apertura de espacios de reflexión sobre la guerra de Malvinas

como una vía de acceso para pensar la Argentina reciente: sus conflictos; sus diferencias regionales; las relaciones entre los ciudadanos y el Estado; y el lugar de la educación, entre otros. Las escuelas desempeñan un papel central en esta tarea, en tanto constructoras de lazos identitarios y valores anclados en nociones tales como patria, nación, territorio.

Se trata de un ejercicio de historización profunda, una invitación a leer en el pasado algunas claves que sirvan también para abrir en el presente la imaginación sobre derroteros futuros. En ese sentido, pensar la enseñanza de la guerra de Malvinas no escapa a las tensiones que marcan cualquier ejercicio de discusión sobre la historia reciente argentina, siempre atravesada por la violencia política y la represión, el silencio y las negaciones, los acuerdos y los desacuerdos. La guerra de Malvinas aparece en el imaginario como un hecho «de la dictadura» pero que abreva en causas profundas de nuestra cultura, lo que permite que muchas veces su íntima ligazón con el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional sea eludida, banalizada o, por el contrario, reducida a causa única.

Este libro

Este libro apunta a llenar un hueco en la producción historiográfica reciente que, aunque se

ha extendido sobre temas relativos a la violencia política y el terrorismo de Estado, ha cristalizado sus explicaciones sobre el conflicto de 1982, fundamentalmente, en la maniobra política dictatorial. Por distintos motivos, que van desde las urgencias políticas a las experiencias personales, ha habido en relación con la guerra muy pocos estudios profundos. En general, como una herencia de los años ochenta, se buscó evitar el estudio de un tema que podía quedar asociado a una reivindicación –velada o no– de la dictadura. Para evitar esa trampa conceptual, ofrecemos un mapa de problemas y una selección de fuentes que no eluden la complejidad y recogen la vigencia –despareja– que esta causa tiene en el territorio nacional.

Los textos reunidos en este volumen pretenden funcionar como un espejo multifacético que permita explorar los distintos sentidos contenidos en algunas de las ideas claves vinculadas a la causa-cuestión Malvinas: «Argentina», «juventud», «patria», «territorio», «guerra», «derechos», «memoria» y «responsabilidades», entre tantas otras. Un eje importante de esta publicación será la apelación a trabajos realizados por alumnos de Institutos de Formación Docente. Se trata de dos escritos, provenientes de la provincia de Corrientes, que permiten reflexionar acerca de las profundas diferencias regionales que existen en los modos de abordaje del tema Malvinas.

A su vez, ayudan a visualizar las formas en que el conocimiento sobre la historia reciente se transmitió entre una generación y otra.

La constatación sobre los matices regionales devuelve, a su vez, la pregunta contraria: ¿cuáles son los elementos que transforman al archipiélago usurpado en un catalizador en todos los espacios del territorio nacional? Creemos que este es uno de los principales aportes que puede hacer la cuestión de Malvinas a una reflexión más amplia sobre nuestras identidades y pertenencias colectivas. Si a un paso del Bicentenario se vuelve necesaria la pregunta por la existencia de un «nosotros», entendemos que la potencialidad de un significante como el de las islas puede ayudar a pensar, más ampliamente, la «patria» y el sentido de la vida en común.

Por otra parte, este volumen está concebido desde una característica fundamental del conflicto de 1982: el fuerte protagonismo juvenil. El promedio de edad del 70 % de los combatientes en las islas fue de entre 18 y 20 años, como se ha señalado, eran soldados conscriptos educados en la escuela pública. De este modo, pretendemos también que la mirada sobre aquellos jóvenes abra un espacio de reflexión sobre la agenda educativa actual: cuál fue el lugar de los jóvenes reactiva la pregunta por cuál es hoy ese lugar, tanto en la escuela como en la

sociedad. Al mismo tiempo nos permite pensar en el lugar de los adultos y sus responsabilidades, como ciudadanos, como actores de los procesos históricos.

Es una reflexión hacia conductas del pasado, pero sobre todo una invitación a pensar cómo se conforma una ciudadanía responsable y activa.

El material de cada capítulo está organizado en tres partes: una introducción que pone de relieve una serie de ejes problemáticos; una selección de fuentes (documentales, testimoniales, ficcionales y fotográficas) para acompañar esos ejes; y propuestas de enseñanza para trabajar con los estudiantes que incluyen actividades de reflexión, de análisis, de investigación, de producción y de imágenes.

Una mención especial merecen las imágenes que encontrarán al recorrer las páginas del libro. Nos interesa especialmente destacar este recurso como una forma singular de producir conocimiento. Porque sabemos que su potencia radica, entre otras cosas, en la cercanía con los lenguajes más afines a los jóvenes y porque consideramos fundamental indagar en una de las formas masivas más extendidas de la representación. Pretendemos evitar la mirada ingenua que tiende a naturalizar la imagen y pensarla

como fiel reflejo de la realidad y el efecto banalizador que su abrumadora presencia produce en la cultura. Nos proponemos aprender y enseñar a «leer» esas imágenes, deteniendo y afinando la mirada como un ejercicio crítico y reflexivo, y poniéndolas en relación con otras fuentes, relatos, discursos y preguntas. Creemos que, si logramos esto, será posible recuperar la capacidad de conmover contenida en algunas imágenes, atentos al desafío de pensar una educación en la que convivan también las emociones y sensibilidades.

Por un lado, encontrarán en el libro una serie de imágenes que esperamos sirvan, más allá de su función ilustrativa, como un recurso para el trabajo en las aulas. Por otro lado, seleccionamos una foto en página completa para cada uno de los capítulos. Esta selección, arbitraria como cualquier otra, se realizó eligiendo imágenes que condensan algunos de los principales problemas planteados en los capítulos. A su vez, cada imagen está acompañada con una propuesta de enseñanza.

En el primer capítulo ofrecemos una serie de fuentes para aproximarnos a algunas de las experiencias de la guerra de Malvinas: cómo se vivió el conflicto en las islas, cómo lo vivieron los soldados y cómo algunos militares de carrera; cómo fue el día a día en las ciudades

cercanas a Malvinas y como en aquellas más alejadas; cómo vieron la guerra los periodistas destinados a cubrirla. Las experiencias se diferenciaron por algunas de sus marcas (las edades de los protagonistas, el mayor o menor compromiso político, la relación con la dictadura) pero, sobre todo, por las diferencias geográficas. En los grandes centros urbanos –donde el mayor contacto con las islas fue a través de los medios–, el desconocimiento de las condiciones vividas por los protagonistas y sus familias fue muy grande, lo que facilitó muchos de los procesos simplificadores de la posguerra.

El segundo capítulo rastrea algunos de los hitos históricos más destacados en la construcción de la causa Malvinas. A partir de la usurpación británica se conformó una causa nacional que atravesó todos los aspectos de la vida política y cultural. En este capítulo se ofrece una selección de fuentes para explicar el por qué de esa permanencia. A la luz de una serie de textos se vislumbran posibles respuestas: que antes de la guerra, Malvinas representaba un símbolo de unidad nacional y un espacio de redención continental; que ello fue posible porque, al menos hasta 1982, las islas fueron vistas como un espacio incontaminado por los conflictos políticos del continente; que era un territorio del que habíamos sido injustamente despojados y que al evocarlo se activaba la solidaridad de quie-

nes, en su propia tierra, también habían sido despojados de aquello que les correspondía; que Malvinas constituyó uno de los principales emblemas del anti-imperialismo, idea compartida por amplios y frecuentemente disonantes grupos ideológicos del siglo XX, que lograron invertir –pero no destituir de su centralidad– la importancia de Inglaterra en la constitución del imaginario nacional.

En síntesis, sobre este trasfondo de vocación por una unidad perdida en el contexto de luchas facciosas y de actores colectivos que tienen certidumbre del despojo de sus derechos, es que puede entenderse la alta eficacia que tuvo la escuela en la difusión, socialización y alimentación de Malvinas como causa justa.

Si la presencia de Malvinas en la cultura política argentina era fuerte antes de la guerra, la derrota abrió toda una serie de discusiones acerca de la cuestión de la soberanía, el lugar de las Fuerzas Armadas, la eficacia del servicio militar obligatorio y la responsabilidad social. Recordemos que la guerra se produjo en el contexto de una dictadura militar e impulsó su salida. En consecuencia, un episodio emblemático como este no iba a escapar a las discusiones que caracterizaron la transición a la democracia. El tercer capítulo ofrece elementos para pensar las «guerras» simbólicas y políticas que se

desataron después del conflicto. Se detiene en el modo en que la derrota impactó en la sociedad argentina para sostener la idea de que el fracaso en el archipiélago abrió la posibilidad de mayores cuestionamientos a la dictadura.

Al mismo tiempo, el reconocimiento social del terrorismo de Estado implicó un desdibujamiento de las características específicas del conflicto. En ese contexto, algunas organizaciones de ex combatientes lucharon para volver visibles sus reclamos e intervenir en el debate público en torno a la guerra. En síntesis, trabajamos también las formas en que nuestra sociedad re-pensó la cuestión Malvinas durante la «transición democrática» y los años noventa.

El capítulo cuarto analiza el lugar de la educación pública en relación con Malvinas y permite ver la íntima relación existente entre la educación y la construcción de identidades colectivas. Circulares escolares, manuales de texto y testimonios de alumnos y docentes que fueron a la escuela antes y después de Malvinas ayudan a responder una serie de preguntas: ¿Cómo fue la relación entre la cultura escolar y Malvinas? ¿Cuándo se originó y por qué? ¿Qué proceso de traducción realizó la escuela para inscribir en su propia gramática esta causa nacional? ¿Qué peso tuvieron las disciplinas escolares en el proceso de transmisión? ¿Cuánto las efemérides y los rituales patrios? ¿Qué experiencia escolar

se conformó en torno a Malvinas? ¿Cómo se fue modificando el imperativo «Las Malvinas son argentinas» según los contextos históricos y políticos?

En el quinto capítulo exploramos algunas de las representaciones vinculadas a Malvinas producidas desde la literatura, el cine y la fotografía. Proponemos, a la vez, dos movimientos: por un lado, desmontar los mecanismos de la representación –cómo se construye un discurso, qué estrategias se utilizan, cómo ese discurso dialoga con otras representaciones, qué efectos políticos tienen– y, por el otro, analizar una serie de libros, de películas y de fotos significativos para pensar la guerra y la posguerra. La ficción y la imagen se revelan como dos poderosos registros para pensar cómo la sociedad argentina procesó culturalmente la guerra.

En el capítulo sexto hemos seleccionado dos trabajos realizados por Institutos de Formación Docente de la provincia de Corrientes: «Los Ava Ñaró cuentan su verdad» del IFD Dr. Ramón J. Cárcano, de la ciudad de Monte Caseros, escrito por Iris Mirian Boggia, Nadia Karina Martínez, Griselda Miller, Nadia Ivonne Montenegro y Gabriela Yanina Sánchez; y «Malvinas. Educación sin memoria» del IFD José Manuel Estrada de Corrientes Capital, escrito por Iván Falcón, Evangelina Aceval, Nicolás Cardozo, Eduardo

Gómez y Patricia Bernasconi. Ambos trabajos muestran las diferencias regionales a la hora de procesar la experiencia de Malvinas. La memoria en fragmentos que emerge de esos escritos refuerza la pregunta por el lugar de la educación, antes, durante y después de la guerra.

Los diferentes registros y problemas abordados en cada uno de los capítulos reflejan también la posibilidad de las múltiples aproximaciones al tema. Más que realizar formulaciones al respecto, quisimos dar cuenta de esa multiplicidad en el acto mismo del armado del volumen. Este libro no busca agotar las explicaciones y respuestas sobre Malvinas. Todo lo contrario, pretende señalar las numerosas aristas que tiene este tema para la enseñanza, a la par de ofrecer algunas vías de aproximación para abordarlas y responderlas. Asume una tarea, que es la de poner una palabra allí donde el silencio y la simplificación pueden funcionar como la mayor respuesta. Y se propone estimular, a través de la discusión, la intervención activa de docentes y alumnos en las cuestiones públicas, una de las cuales es sin duda el reclamo de soberanía, aún no satisfecho, sobre el archipiélago austral.

1982: La guerra

1



LA GUERRA DE MALVINAS constituye uno de los episodios más controvertidos y difíciles de abordar de nuestra historia reciente. El único conflicto bélico que el país libró durante el siglo XX ha dejado una huella importante en la experiencia colectiva de los argentinos. Su complejidad obedece a distintos motivos. Por un lado, fue producto de la decisión de un gobierno de facto que venía implementando desde 1976 una política de terrorismo de Estado. Por otro lado, fue apoyado por buena parte de la sociedad, incluso por grupos opositores al gobierno militar. Y al mismo tiempo, se trata de una reivindicación justa que hunde sus raíces en la historia del pensamiento argentino, ya que el reclamo de la soberanía argentina en Malvinas es de larga data.

En este capítulo nos detendremos en el episodio de la guerra: en qué contexto se desarrolló, cómo reaccionó la sociedad, cómo operaron los medios de comunicación, quiénes fueron a la guerra y cómo vivieron esa experiencia.

El contexto

El 24 de marzo de 1976, un golpe cívico militar derrocó a la presidenta María Estela Martínez, viuda de Perón. Las Fuerzas Armadas, que conducían el llamado Proceso de Reorganización Nacional, instalaron una Junta de Comandantes en Jefe que designó a Jorge Rafael Videla, Jefe del Ejército, como presidente. Con la excusa de enfrentar a la guerrilla armada (la «subversión») los golpistas implementaron la metodología represiva del terrorismo de Estado. Los «enemigos» del régimen eran activistas sindicales y políticos, dirigentes sociales, religiosos y estudiantiles, referentes sociales y culturales. Es que el objetivo estratégico era el de rediseñar el mapa social y económi-

co de la Argentina, y para ello, redes sociales construidas durante décadas fueron cortadas y sus referentes desaparecidos, asesinados, apresados o condenados a la soledad, el exilio o el silencio.

La cantidad de víctimas del terrorismo de Estado varía según las fuentes, pero oscilan entre los catorce mil y treinta mil desaparecidos. Un sistema represivo clandestino fue complementado por el férreo control de los distintos aspectos de la vida cotidiana de los ciudadanos. Merced a este golpe brutal, la economía argentina pasó de un modelo de acumulación de corte productivo a otro netamente especulativo y financiero.

La «subversión» era calificada como antiargentina, pero esa no fue la única apelación al nacionalismo que hizo la dictadura militar. En 1978, el Campeonato Mundial de Fútbol, disputado en nuestro país, fue concebido propagandísticamente como la ocasión para mostrar al mundo el verdadero rostro de los argentinos, alejado de las denuncias por violaciones a los derechos humanos que en el exterior circulaban. En ese mismo año, también, Argentina y Chile casi llegan a una guerra por el conflicto limítrofe del Canal de Beagle.

A principios de la década del ochenta, las consecuencias económicas negativas de la apertura económica y la desindustrialización comenzaron a tornarse evidentes y el descreimiento hacia el gobierno de facto se extendió entre distintos sectores. A seis años de la toma del poder, las Fuerzas Armadas se enfrentaban a un contexto político interno difícil con varios frentes de conflicto: la creciente actividad sindical y la crisis económica, las denuncias

por violaciones a los derechos humanos, y los reclamos de la recientemente creada Multipartidaria, entre otros.

Este clima hostil incidió, sin duda, en la decisión de apresurar las operaciones tendientes al desembarco en Malvinas, que comenzaron, en realidad, el 24 de marzo de 1982 –aniversario del golpe de Estado de 1976– cuando un grupo de tareas encabezado por el hoy ex Capitán de Fragata Alfredo Astiz –responsable del secuestro y desaparición, entre otros casos, de un grupo de activistas de derechos humanos en 1977– izó la bandera argentina en Grytviken, islas Georgias del Sur. Esto provocó el reclamo británico y la movilización de un buque hacia la zona de tensión.

Pero las noticias de esta escalada fueron opacadas cuando el 30 de marzo de 1982 se produjo una importante movilización opositora convocada por la CGT (Confederación General del Trabajo). Aunque no pudo cumplir con su objetivo de llegar a Plaza de Mayo, fue una demostración importante de desacuerdo con la dictadura que terminó con más de mil quinientos detenidos. La consigna de «Se va a acabar/ se va a acabar/ la dictadura militar» parecía cerca de materializarse.

Dos días después, sin embargo, la atención pública fue acaparada por una noticia inesperada: el 2 de abril una fuerza conjunta argentina desembarcó en las cercanías de Port Stanley (que pronto sería rebautizado como Puerto Argentino) y recuperó las islas luego de breves combates que produjeron un muerto entre los argentinos.

La decisión del desembarco en Malvinas derivó de un acuerdo entre el general Leopoldo Galtieri y el Jefe de la Armada, Jorge Isaac Anaya. Galtieri adoptó la decisión de producir una operación militar que expulsara a la guarnición británica de las islas y forzara al gobierno británico a negociar, a

cambio de que Anaya apoyara la renuncia del Gral. Viola, en ese entonces al frente del gobierno.

La reacción social

En líneas generales puede decirse que la sociedad reaccionó en apoyo a la recuperación de las islas. Hubo movilizaciones espontáneas y organizadas en diferentes lugares del país. Hay que señalar, de todos modos, que el apoyo tenía sus matices: algunos apoyaban la causa anti-imperialista (la posibilidad de denunciar, a través de Malvinas, la dependencia colonial frente a Inglaterra) pero se oponían al gobierno militar; otros no distinguían entre una cosa y otra; y otros veían que esta causa les permitía volver a la calle para hacer política. Las consignas en las plazas revelan estas divergencias: algunos carteles decían «Las Malvinas son argentinas» y otros «Las Malvinas son de los trabajadores y no de los torturadores». Las Madres de Plaza de Mayo también mostraron sus palabras: «Las Malvinas son argentinas, los desaparecidos también».

El apoyo de la población se concentró, sobre todo, en la figura del grueso de los soldados que estaban siendo enviados a Malvinas: los conscriptos de las clases 62 y 63, bautizados como «los chicos de la guerra» que constituían el 70 % de los movilizados al sur. Venían de diferentes provincias y de distintas clases sociales, algunos eran universitarios y otros apenas sabían leer y escribir. Muchos de ellos se habían escolarizado en la escuela pública y allí habían aprendido el «amor por la patria» y que las Malvinas eran argentinas.

La población empaquetó y envió donaciones para estos muchachos; los niños y los adolescentes enviaron, desde las escuelas, cartas de apoyo, dirigidas a un genérico «Soldado Argentino».



Soldados argentinos en Puerto Argentino, en una típica pose de las fotografías de los primeros días posteriores al 2 de abril.

En el territorio continental argentino, los habitantes de las ciudades patagónicas, que convivían con bases aéreas o eran asiento de unidades vivieron una fuerte militarización de su vida cotidiana debido a las precauciones propias de la organización de la Defensa Civil. Muchos aún recuerdan las salidas de las escuadrillas, los oscurecimientos y la angustia al ver que los aviones que regresaban eran menos que los que habían salido. De este modo, sus

experiencias de aquellos meses de guerra serían muy diferentes a las de sus compatriotas del Norte.

Para analizar cómo vivió la población el período de la guerra se transcribe en las fuentes de este capítulo un fragmento del libro *El otro frente de guerra* de Dalmiro Bustos, el padre de un soldado que participó de un grupo de familiares que tuvo un rol activo durante los 74 días del conflicto. «Los padres

no nos quedamos quietos –dice–. Por el contrario: formamos nuestro propio ejército. Un ejército de paz, para respaldar a nuestros hijos».

El conflicto

En el transcurso de abril de 1982, alrededor de diez mil soldados consolidaron las posiciones argentinas en las islas Malvinas. Se trataba de un terreno difícil e inhóspito. Buena parte del suelo, compuesto de turba, dejaba filtrar el agua rápidamente y anegaba los pozos donde los soldados vivían y asentaban sus puestos de lucha. La conducción militar argentina no había previsto una respuesta militar británica, pero tres días después del desembarco, una fuerza de tareas, la más grande constituida por Gran Bretaña desde la Segunda Guerra Mundial, se dirigió a las islas. Desde el punto de vista de los soldados argentinos, esa imprevisión tuvo importantes consecuencias en las deficiencias de suministros, abrigo y equipos que sufrieron muchos de los infantes, sobre todo aquellos desplegados en las zonas más alejadas con respecto a la capital de las islas.

Si bien no se puede generalizar, ya que hubo situaciones diferentes respecto a las unidades que sirvieron en Malvinas, el Informe Rattenbach –un documento elaborado por una comisión creada a fines de 1982 para analizar el desempeño de las Fuerzas Armadas durante la guerra– describe en sus conclusiones un panorama muy crítico en términos de conducción y planeamiento, salvo para algunas unidades especialmente entrenadas o equipadas. En la isla Gran Malvina, por ejemplo, la guarnición argentina de Puerto Howard quedó prácticamente aislada cuando comenzó el bloqueo británico, a finales de abril.

A lo largo de ese mes hubo una febril actividad diplomática. La República Argentina cosechó importantes adhesiones entre sus naciones hermanas latinoamericanas. Sin embargo, si uno de los presupuestos de la conducción

militar argentina era que Estados Unidos se mantendría prescindente (debido a la colaboración argentina en las políticas norteamericanas en América Central, sobre todo brindando apoyo a los contras nicaragüenses), a finales de ese mes las dudas se despejaron: Estados Unidos declaró su apoyo a Gran Bretaña.

A finales de abril, los británicos expulsaron a los argentinos de las islas Georgias, y el ataque sobre el archipiélago de Malvinas fue inminente. Tiempo antes, habían establecido una zona de exclusión, dentro de la cual no atacarían a las naves y aeronaves argentinas consideradas beligerantes.

El 1º de mayo de 1982, aviones británicos bombardearon el aeropuerto de Puerto Argentino, mientras que sus naves de guerra cañoneaban las posiciones en los alrededores de la población. El 2 de mayo, fuera de la zona de exclusión que los mismos británicos habían establecido, el submarino Conqueror torpedeó y hundió al crucero argentino ARA General Belgrano: murieron 323 de sus tripulantes y se hundieron también las últimas posibilidades de negociar alguna salida diplomática al conflicto. Unos días después, aviones argentinos devolvieron el golpe: lanzaron un misil Exocet que hundió al crucero Sheffield. Los ingleses desplazaron sus barcos al Estrecho de San Carlos, que separaba ambas islas, y finalmente el 21 de mayo desembarcaron al Noroeste de la Isla Soledad. Durante muchos días, la aviación argentina bombardeó tenazmente los barcos británicos pero no pudo impedir el desembarco, que tampoco fue enfrentado (más que en su momento inicial y por una pequeña fuerza) por tropas terrestres. Hasta finales de mayo, el protagonismo en las noticias por las que el grueso de los argentinos siguió la guerra lo tuvo la aviación, que enfrentó en un combate tecnológicamente desproporcionado a la flota británica, granjeándose el reconocimiento de sus compatriotas y de sus propios adversarios.

Mientras se desarrollaba este combate aeronaval, el cerco sobre las islas se estrechó, y las condiciones de vida de los soldados argentinos empeoraron, ya que tuvieron que sumar a las deficiencias alimentarias y al frío que avanzaba, la tensión propia de un ejército inmovilizado a la espera de ser atacado mientras era bombardeado diariamente.

Las fuerzas británicas, batallones de elite de marines y paracaidistas avanzaron rumbo a Puerto Darwin, donde se produjo una violenta batalla entre el 27 y el 28 de mayo que culminó con la rendición masiva de la guarnición argentina. Desde allí, se desplegaron rápidamente a campo traviesa rumbo a los cerros que rodean Puerto Argentino, donde se encontraban las posiciones defensivas de los argentinos, atacadas diariamente, ahora también desde tierra. Entre el 10 y el 14 de junio, fecha de la rendición argentina, se produjeron intensos combates en muchos de los cerros que rodean el puerto: Monte Longdon, Monte Two Sisters, Wireless Ridge, Monte Tumbledown. Fueron breves pero duros enfrentamientos en pésimas condiciones climáticas, en general por la noche, y luego de demoledores bombardeos por tierra, mar y aire. Como resultado, los británicos quedaron controlando las alturas que rodeaban a la población, mientras que los argentinos se retiraban y concentraban en los alrededores de Puerto Argentino. El gobernador militar Mario Benjamín Menéndez se rindió al jefe británico el 14 de junio de 1982.

Los argentinos, en su condición de prisioneros de guerra, permanecieron en las islas Malvinas unos días más (en el caso de algunos oficiales y soldados, hasta julio), concentrados en el aeropuerto hasta que fueron embarcados de regreso al Continente, donde desembarcaron en los puertos patagónicos y fueron devueltos a sus guarniciones y hogares. En la mayoría de los casos en condiciones de semiclandestinidad, con la orden expresa de no hacer declaraciones a la prensa y no contar lo que habían vivido a sus familiares, lo que generó uno de los mayores traumas de la posguerra.

Para visualizar diferentes experiencias de guerra, en las fuentes de este capítulo se citan fragmentos de testimonios de soldados, de un integrante de las Fuerza Aérea y de un tripulante del Buque ARA General Belgrano.

Los medios de comunicación y el final

La información durante la guerra de Malvinas no escapó a las condiciones generales de la dictadura. Al severo control de la prensa que existía desde el golpe de Estado se agregaron la censura típica de todo conflicto armado y el triunfalismo propio de la propaganda, impulsado desde el gobierno militar y actuado, en algunos casos hasta el exceso, por algunas publicaciones.

El rápido desenlace, la falta de información previa (o su concentración en los éxitos de la aviación) crearon en el público argentino la sensación de que las islas habían caído sin combatir. No hubo muchos elementos para saber del sacrificio de sus jóvenes soldados. La guerra de Malvinas produjo la muerte de 649 argentinos durante su desarrollo, y heridas a otros 1063.

Además de indagar en el rol de los medios y preguntar por qué mintieron, hay otro interrogante necesario para trabajar este tema: qué condiciones existían en la sociedad para que esas mentiras hayan sido creíbles. La palabra de tres periodistas que cubrieron la guerra –citada en las fuentes– puede contribuir a la hora de analizar estas cuestiones.

La Junta Militar creó la CAERCAS (Comisión de Análisis y Evaluación de Responsabilidades en el Conflicto del Atlántico Sur), que produjo el Informe Rattenbach. Las conclusiones de esta comisión fueron lapidarias: la guerra había sido conducida con improvisación e impericia. Los responsables argentinos eligieron el peor momento del año para ella y, admitiendo que las Fuerzas Armadas Argentinas nunca se habían preparado para una operación de esas características, en líneas generales a Malvinas fueron enviados

El grueso de los argentinos
llegaron a Malvinas con
posterioridad al 10 de abril
de 1982.



soldados escasamente entrenados y equipados para la guerra en climas subpolares.

La derrota en la guerra de Malvinas precipitó la caída de la dictadura militar. Amplios sectores sociales que habían acompañado la recuperación conside-

raron que las fuerzas armadas nacionales habían fallado en su función específica. Al mismo tiempo el descrédito por la derrota abrió las puertas para las denuncias sobre las masivas violaciones a los derechos humanos cometidas desde el golpe de Estado de 1976 por esas mismas Fuerzas Armadas.

fuentes

(Kon, Daniel, Ed. Galerna, Bs. As., 1984)

El libro Los chicos de la guerra, que dio origen a la película del mismo nombre, se convirtió en un boom editorial. Su primera edición, de agosto de 1982, se agotó al poco tiempo de salir. En sólo dos años llegó a la edición número trece. Incluye una serie de testimonios de soldados que pelearon en Malvinas.

1 Los chicos de la guerra

GUILLERMO, JOVEN DE CLASE MEDIA, CUMPLIÓ CON EL SERVICIO MILITAR EN EL REGIMIENTO DE INFANTERÍA 7, LA PLATA. EL 14 DE ABRIL DE 1982 FUE TRASLADADO A RÍO GALLEGOS Y DE AHÍ A LAS MALVINAS.

- Tal vez habíamos cobrado demasiada conciencia de eso, ya. Y todos sentíamos que si nuestro destino era morir, moriríamos ahí, y si nuestro destino era salvarnos, nos salvaríamos. Sí, yo tenía fe en que mi destino era volver. Yo sabía que iba a volver. La mayoría de los chicos tenían esa fe. Y esa convicción ayudó un poco para que el ánimo, al menos en nuestro caso, no bajara mucho. Nosotros, un poco en broma, cuando escuchábamos en la radio decir que teníamos el ánimo muy alto, decíamos: «sí, es cierto, está alto porque estamos arriba de un cerro». Pero en los casos en que la moral bajaba no era por miedo a los ingleses sino por la falta de comida. Cuando nos llegaban las raciones frías eran bolsitas que ya habían sido abiertas, con alguna lata suelta y un par de caramelos. La caja con la ración de combate yo no la conocía. Mi papá, acá, la conoció antes que yo. Cuando por mis cartas él se enteró que no comíamos bien, fue al regimiento a averiguar qué pasaba, y el jefe interino le contestó que comíamos bien. «Mire, -le dijo- les dan cajas como ésta dos veces por día, además de la comida caliente». Mi papá miró una caja y, claro, tenía todo lo que decían los diarios: dos latas de carne, calentador de alcohol, chocolate,

Soldado argentino tomado prisionero por los ingleses.



cigarrillos, una medida de whisky. ¿Pero sabés cómo las tuve que conocer yo a esas cajas? Me las dio un inglés, cuando ya estaba prisionero en Puerto Argentino. Ese tipo de cosas bajaban la moral. Por ejemplo, a nosotros no nos dejaban hacer fuego porque decían que delatábamos las posiciones, pero resulta que toda la zona estaba super fotografiada, los Harriers pasaban todos los días, a mucha altura, haciendo piruetas. Y en las noches claras se veían pasar satélites a cada rato, no meteoritos, satélites... Eso, sumado a las fotos que tomarían los Harriers... Además de observarnos, los aviones casi siempre nos largaban un «confite». Algunas de las bombas que lanzaban eran muy poderosas, de 500 kilos; otras eran fragmentarias, te

explotaban cien metros arriba de la cabeza y hacían un barrido de esquirlas, (cada esquirla es un pedazo de fierro caliente lanzado a toda velocidad) de 150 metros de largo por 60 de ancho. Cuando los pilotos ingleses erraban el blanco y las bombas caían sobre el mar, cosa que ocurría con mucha frecuencia, veíamos su acción terrorífica. Explotaban cien metros arriba del mar, y por el repiqueteo del agua se podía observar la acción de barrido de las esquirlas. Te puedo asegurar que ver eso era aterrador; asustaba pensar que podían llegar a caer arriba nuestro y que se nos iban a venir encima todos esos pedazos de fierro.

- Sí, es cierto lo que dijo el teniente Esteban. Yo tenía una radio y eso lo empecé a notar cuando se acercaba el comienzo del campeonato mundial de fútbol. Todas las noticias comenzaron a ocuparse de ese tema, y cada vez se hablaba menos de Las Malvinas. Eso bajaba la moral. Uno, ya que está en la guerra, quiere por lo menos ser un poco importante. Ya que estoy acá, bueno, que se acuerden de mí, pensaba. Sé que mucha gente se movilizó, pensaba en nosotros, nos ayudó. Sé, también, que otra gente vivió la guerra como si fuera un partido de fútbol.

(...)

- Sí, ¿sabés que sí? Esa es la sensación que tengo. Me acuerdo con más claridad de los últimos días en Palermo, antes de salir, que de los días posteriores. Me acuerdo que en Palermo nos hablaron mucho de los ingleses, de la actitud de ellos, como invasores de algo que es nuestro. Y te digo que casi llegamos a tenerles odio. Sentíamos que, si íbamos a Malvinas, íbamos a defender algo que era nuestro. En ese sentido me sentía orgulloso, y todavía hoy me siento orgulloso de haber estado allá. Claro que me hubiera gustado que se hicieran mejor las cosas.

- La imagen que más tengo grabada es la del pueblo, esas casitas inglesas de madera y chapa, cada una con su parquecito. Parecía un pueblito como los de las películas.

- Sí, y la guerra es exactamente igual que en las películas. Yo, antes de ir, no quería imaginarme demasiado cómo era la guerra, pero suponía que debería ser bastante parecida a las películas. Y es así. Fue muy triste ver todo eso, y ver que al fin y al cabo no podíamos hacer nada porque ellos eran mucho más poderosos, eso es lo que más bronca da. Tal vez yo, en este momento, no podría estar contándote estas cosas a vos, porque no habría sobrevivido, pero habría sido bueno tener mejor armamento, para poder hacerles más frente. Ya que estábamos allá daba bronca no poder pelear de igual a igual y, aunque sea, haber perdido con más honor. No soporto la idea de que hayamos perdido así, que nos hayan pasado por arriba. Al principio, apenas llegamos, nos mandaron a todos los de mi compañía a un teatro, en el centro del pueblo. La sección a la que yo pertenecía tuvo como misión dar seguridad, protección, al resto de la compañía. Pero a los pocos días nos mandaron a un pequeño grupo, entre los que yo estaba, a las afueras de la ciudad. Tuvimos que abandonar el teatro, que la verdad era un lugar bastante piola, porque se podía dormir bajo techo, bastante calentitos. Nuestro nuevo destino era una zona cercana al cuartel de los Royal Marines, a menos de cien metros del mar. Nuestra misión era repeler posibles ataques de grupos comandos ingleses. Tuvimos que cavar nuestras posiciones, los pozos de zorro, en esa zona, y resultaba bastante difícil. Por la cercanía del mar, el suelo era muy húmedo, y los pozos se llenaban de agua muy rápido. Pero el ánimo, por entonces, era muy bueno. Empezamos a trabajar por grupos. A mí me tocó compartir mi trinchera con otros tres pibes, uno de ellos mi amigo Walter. Y pusimos todo nuestro empeño en hacerla lo mejor posible; todos los días la arreglábamos un poco; le hicimos un muy buen techo, un excelente parapeto, todo perfecto. Y tratamos de hacerla impermeable al máximo. Conseguimos una madera larguísima, muy pesada,

para usar como techo, y arriba le colocamos pasto cortado en panes, así que la llovizna ésa, tan molesta, que siempre había en las Malvinas, adentro de la trinchera no nos molestaba para nada. La vida, entonces, era bastante tranquila. Lo más difícil era pasar las noches, que eran larguísimas. Y después del primero de mayo ya empezamos a dormir de a ratitos, cuando los ingleses paraban de bombardear un poco. Me acuerdo del primero de mayo; fue la primera vez que sentí el peligro realmente cerca. Era de noche, y de repente comenzamos a oír un cañoneo que provenía del mar, del costado al que nosotros dábamos frente. Primero fue un ruido seco, y después el silbido característico de las bombas. Pasó todo rapidísimo; cuando me quise acordar vi cómo una bomba explotaba justito delante de nuestra posición, a muy pocos metros. La onda expansiva nos sacudió adentro de la trinchera. Yo estaba cerca de una de las paredes y quedé ahí, pegado; otro de los chicos, que estaba en la otra punta del pozo, sentado arriba de un tronquito, voló por el aire, y cayó arriba mío. Las sacudidas eran tremendas, era como un terremoto, como si todo se fuera a abrir a pedazos. Parecía que los oídos iban a explotar. A nosotros nos habían explicado que, en caso de bombardeo, teníamos que abrir bien grande la boca, y tratar de gritar, porque si no coríamos el riesgo de quedarnos sordos. Ese era el primer bombardeo, y todos queríamos hacer, en un segundo, todo lo que nos habían enseñado. Algunos gritaban porque nos habían enseñado eso; otros gritaban por el miedo. Yo, de pronto, sentí un dolor de oídos muy fuerte, parecía como si un líquido me bajara desde las orejas; me toqué pero no tenía nada, era sólo la sensación. Las bombas seguían pegando y dejaban en la tierra agujeros bastantes grandes, de más de un metro y medio de diámetro. Sabíamos que si una bomba pegaba de lleno en una posición no había nada que hacerle, no se salvaba nadie. Al ratito otra bomba pegó muy cerca de nosotros detrás de la trinchera, y volvió a sacudirnos con todo. Después la cosa mejoró porque dejaron de castigar nuestra zona y empezaron a buscar las posiciones del regimiento 7, un poco más allá. No sé si lo que sentimos durante todo el tiempo que duró el bombardeo fue miedo. No sé si

miedo es la palabra exacta; lo que sentíamos era mucha tensión, los músculos como agarrotados, como si no fuera el cuerpo de uno. Después, sí, nos abrazamos con Walter; sabíamos que habíamos vuelto a nacer. Creo que fue a partir de ese momento que sentí más fuerte que nunca la convicción de que yo no me iba a morir (...).

- Es fundamental para seguir, no te digo viviendo pero, al menos, subsistiendo. Ahí la cosa era subsistir, tirar para adelante. Yo te dije que, con el correr de los días, terminé por tener nervios de acero. Y lo comprobé una noche. Una vez que oscurecía, si no estabas de guardia, no tenías que asomar la cabeza fuera de la trinchera. Las noches a veces eran muy oscuras,

neblinosas, y no veías a dos pasos de distancia. Bueno, esa noche, a uno de los chicos que estaban en mi trinchera, le agarró un ataque muy fuerte, empezó a tener convulsiones horribles. Y yo no lo dudé ni un instante. Me puse al pibe en los hombros, lo cubrí con una manta y salí, debajo de la lluvia, corriendo, para llevarlo hasta la enfermería. Ahora pienso que, en ese momento, al ver un bulto en el medio de la noche, la tropa propia me podría haber disparado. Pero en ese momento lo importante era atender al chico. Lo llevé y lo revisaron un capitán y un mayor, médicos los dos. Pensábamos que podía ser un ataque de apendicitis, pero resultó ser nada más que un enfriamiento. Esa noche me di cuenta de que yo no tenía miedo, que estaba tranquilo y seguro de mí mismo.

(Speranza, Graciela y Cittadini, Fernando, Buenos Aires, Edhasa, 2005)

El libro Partes de guerra reconstruye a través de la organización coral de testimonios el antes, el durante y el después de la guerra de Malvinas. Se centra, especialmente, en los relatos de soldados y oficiales del Ejército Argentino destinados a la zona de Darwin-Goose Green, una zona alejada del epicentro de las operaciones y que protagonizó algunas de las batallas más cruentas.

2 Partes de guerra

GUILLERMO HUIRCAPÁN (SOLDADO CLASE 62, CHUBUTENSE, CASADO Y CON DOS HIJOS)

- Primero estábamos en un campo cercado por alambres de púa bajo la lluvia. Después nos mandaron a un frigorífico en San Carlos. Me acuerdo que era bastante chico y era hermético. Con doscientos, trescientos hombres se llenó y empezó a faltar el aire. Llegó un momento en que estábamos medio ahogados hasta que los ingleses abrieron la puerta. Incluso ahí había tipos que no querían entender que ya éramos todos iguales, que no había privilegios. Una vuelta hubo hasta trompadas porque un cabo lo quiso apurar a un soldado y se juntaron cuatro cinco soldados y lo querían matar. Los ingleses los tuvieron que separar. Los ingleses no entendían nada. Nos revisaron, nos preguntaron las edades, no podían creer que todos fuésemos dieciocho, diecinueve años, porque los únicos soldados jóvenes de ellos estaban en la retaguardia como apoyo logístico. Los que combatían eran todos profesionales, gente grande. No entendían que nosotros no cobrásemos un sueldo. Al principio, en el campo, nos trataban mal, nos apuntaban con las armas en las costillas, nos empujaban, nos daban patadas. Éramos prisioneros de guerra y si bien habían caído muchos de los nuestros, habían caído muchos ingleses también y no se podía esperar un trato demasiado amable, sobre todo de la gente del frente. Después, en el frigorífico, el trato cambió. Había un capitán inglés que hablaba castellano y nos decía que íbamos a estar bien, que nos quedáramos tranquilos. Para nosotros era todo muy confuso. Todavía no podíamos creer lo que estábamos viviendo, no podíamos entender que el teniente estuviese muerto, que nuestros compañeros hubiesen caído. Cada uno estaba encerrado en sí mismo, no queríamos ni conversar entre nosotros.

DANIEL TERZANO (SOLDADO CLASE 55, PORTEÑO. POR PRÓRROGA HIZO EL SERVICIO MILITAR JUNTO CON LA CLASE 62. ES PSICÓLOGO, PUBLICÓ EL LIBRO 5000 ADIOSES. ES CASADO Y TIENE UNA HIJA)

- Estuvimos dos días dando vueltas en el Canberra alrededor de Malvinas porque Galtieri no se decidía a aceptar que un barco inglés tocara un puerto argentino. Se le escapaba el detalle de que precisamente ese barco llevaba cinco mil argentinos de vuelta a casa. Finalmente accedió y poco tiempo después llegamos a Trelew. Desde ahí viajamos a Palomar en un avión de línea Austral. La compañía todavía era estatal y el personal tenía orden de no servirnos nada durante el vuelo, pero la tripulación, en un gesto que nunca voy a olvidar, hizo una colecta y compraron algo de comida para todos. Llegamos a Campo de Mayo

*(Bustos, Dalmiro, Ramos Americana Editora,
Buenos Aires, 1982)*

*El libro El otro frente de guerra, editado a poco
de terminada la guerra, incluía reflexiones, car-
tas de soldados y de familiares, y se preguntaba
qué pueden hacer los padres y qué puede hacer
el pueblo argentino para ayudar a aquellos que
volvieron de la guerra. Aquí transcribimos el
prólogo del libro.*

3 El otro frente de guerra

El 2 de abril de 1982 fue una fecha que no he de olvidar nunca. Sin duda esta fecha marcó significativamente a todo el país. Pero para 10.000 familias argentinas la situación adquirió un sentido diferente: nuestros hijos eran conscriptos y serían enviados a la guerra.

Es indudable que la óptica frente al conflicto varía aquí fundamentalmente. El nivel de compromiso es mayor y no es fácil que quienes estábamos en esa posición nos dejáramos arrastrar por triunfalismos. El peligro que corrían nuestros hijos, la certeza de las noticias que provenían de sus cartas, donde nos contaban del frío, del hambre, en fin, de la realidad, nos ponía a cubierto de la propaganda que durante dos meses desorientó al pueblo argentino.

Como no soy militar no entiendo de guerra, ni de tácticas o estrategias. Como soy médico y padre, entiendo de paz, trabajo y solidaridad. Entonces creamos este Grupo de padres de soldados que durante la guerra funcionó en la ciudad de La Plata. Un grupo que sigue funcionando después de pasada la guerra. Para ayudar a los muchachos que volvieron, para ayudar a los padres de los que no volvieron, para que en el futuro esto no vuelva a ocurrir. Para volver a tener fe en la vida y poder transmitirla a nuestros hijos.

Nuestros hijos fueron enviados a una lucha que no eligieron, decidida por un gobierno que no eligieron, para la cual no estaban preparados. Había en la Argentina 40.000 profesionales preparados por vocación y estudio para una guerra. No es fácil entender por qué se envió a 10.000 muchachos de 18 a 20 años que carecían de la preparación necesaria. Ciertamente si yo tuviera que enfrentar una epidemia y contara con 40.000 especialistas, no iba a mandar 10.000 enfermeros, por más amor y valentía que esos enfermeros tuvieran.

Pero allá fueron y se comportaron con gran valor y dignidad. Durante dos meses nos alentaron con sus cartas, nos hicieron reír con un humor que persistió aun ante los momentos más graves. Y eso nos llena de orgullo. Un orgullo que no nace en una adhesión a la guerra ni cuestiona sus causas. Así como ante un terremoto nuestros hijos tuvieran conductas valerosas, tendríamos legítimo derecho al orgullo sin que eso signifique una adhesión al terremoto.



Tras su captura, soldados argentinos trasladan el cuerpo de uno de sus compañeros.

Los padres no nos quedamos quietos. Por el contrario: formamos nuestro propio ejército. Un ejército de paz, para respaldar a nuestros hijos. Y recogimos ayuda de mucha gente amiga, de muchos militares, de autoridades del gobierno, de instituciones oficiales y privadas. Pero fundamentalmente de personas, de amigos, del pueblo platense.

No vimos durante este tiempo al «Señor No Te Metás», esperábamos haber acabado con él, temo que sólo estaba de vacaciones.

Porque ahora todo parece querer volver a la «normalidad». «Mejor olvidar lo que duele» es el lema básico del «señor No Te Metás». Igual que su primo el Señor «¿Yo?: argentino».

Ellos les abrieron las puertas del cuartel el día 21 de junio y les dijeron: salgan muchachos, saludos. Ni un homenaje, ni un acto que les permitiera ver el tan pregonado agradecimiento popular. Ni una simple medallita recordatoria. Sólo alguna institución privada tapa esta indiferencia culpable.

Pero los padres no queremos eso. Queremos la denuncia de lo ocurrido, no para venganza sobre los culpables pero sí para no repetir la historia. Saber lo que ocurrió, cómo ocurrió, por qué ocurrió. Que se difundan verdades y se eviten los mitos.

*(Comodoro Carballo, Pablo Marcos Rafael, Ed.
Argentinidad, Bs. As., 2006)*

*Halcones de Malvinas se utiliza como libro
de texto en la Escuela de Aviación Militar. Su
autor piloteó el cazabombardero A4-B Douglas
Skyhawk durante el conflicto de Malvinas. Fue
condecorado por el Congreso Nacional con la
Cruz de la Nación Argentina al Heroico Valor en
Combate. Se trata de un libro de memorias que
relata las misiones de guerra de la Fuerza Aérea
y recuerda a quienes cayeron.*

4 Halcones de Malvinas

Capítulo XIV «La casita Bariloche»

Relata: El Autor (Piloto de A-4B Skyhawk)

Nuestro Escuadrón tenía como alojamiento una casa que por sus características, construida en madera y piedra, me recordaba mucho a las de San Carlos de Bariloche, de donde soy oriundo.

El otro Escuadrón de A-4B se alojaba en otro lugar, pero debido a que nuestra casita de Bariloche tenía más privacidad, allí nos juntábamos todos los pilotos en los pocos momentos de esparcimiento que teníamos.

Vista por fuera parecía pequeña, pero por dentro era muy grande, con seis habitaciones, un depósito espacioso, tres pasillos, una cocina y antecocina, un living con sillones hechos de hormigón, que rodeaban tres paredes de la habitación y otro en un desnivel en el centro de la misma, todos cubiertos con almohadones; además de dos baños y la salita que estaba en la entrada con el teléfono, ese invaluable teléfono que nos traía a través de miles de kilómetros las voces de nuestros seres queridos. Había también una gran heladera que nuestros familiares y los argentinos no permitían que se vaciara nunca.

Todo lo compartíamos, los mantecados, los alfajores, las alegrías, el chocolate de Bariloche (regalo de mi amigo barilocheño Epifanio Umaña), las lágrimas, los malos momentos, las satisfacciones.

Éramos un grupo de pilotos y al mismo tiempo una gran familia.

Voy a tratar de describir a las máximas personalidades. El Capitán Palaver «Turco grande», campeón de ajedrez, imbatible, se deleitaba cuando distraídamente deslizaba un jaque mate. Era serio, aplomado; su manera de actuar inspiraba autoridad y respeto. El Primer Teniente Filippini, muy bueno para jugar al truco y también para hacer trampas. El dúo Fernando Romero (nuestro médico) y Lucho Guadagnini, haciendo la vida imposible a todo el mundo con sus bromas, si hasta el tranquilo de Mariano llegó a enojarse con su tercera «cama turca».

Hablando de Lucho, era también el campeón indiscutido de un juego didáctico que consistía en alinear cuatro discos en línea recta o diagonal.

Una cama se quebró a causa del festejo de un gol argentino en el mundial, debido al peso y los saltos que tuvo que soportar.

El teniente Arrarás («Turco chico»), llegaba con su sonrisa y transmitía una sensación de paz y equilibrio que reunía pronto a su alrededor a los necesitados de aprecio y tranquilidad.

Estaban también los cuentos de Mariano, que no tiene prácticamente nada que envidiarle a Landriscina, sobre todo los que se referían a un tal Delfor, famoso gangoso de Villa Dolores. Hablando de Mariano, estando allí y unos pocos días antes de que se eyectara en combate, fue su cumpleaños. Durante el día hicimos como que nos habíamos olvidado, luego a la noche, mientras él cenaba buscamos una enorme torta y algunas sidras. Yo previamente había comprado un disco que tiene una cumbia llamada «Amor a Primera Vista» con mucho ritmo, que aún conservo.

Apagamos las luces, prendimos las velas, buscamos latas, cacerolas, peines, una guitarra y todo lo que pudiera servir para una velada fantasmagórica, a la luz de una única e inmensa vela blanca; mientras algunos bailaban al más puro estilo candombe, la improvisada orquesta con el disco de fondo ejecutaba. ¡Fue un lindo momento y él se emocionó mucho!

Otro cumpleaños que festejamos fue el del Alférez Barrionuevo, al que llamamos «Bam Bam» por razones obvias, ya que tenía mucho en común con el chico terrible de los Picapiedras. Ese día tuvimos una fiesta árabe, en la que el homenajeadó se disfrazó de odalisca y bailó sobre una mesa.

Otro fue el cumple del Mayor Dubourg, a quien respetuosamente (es más antiguo que yo) apodamos «Conejo». Fue un cumpleaños criollo, con mucha guitarra (cantó, y muy bien, el cumpleañosero), una zapateada y por último, sin ninguna vergüenza, se comió una zanahoria.

A veces alguien no volvía de una misión, y algún amigo se encargaba de guardar sus cosas en un bulto que se colocaba sobre la cama que hasta ese día había ocupado, para ser devueltas a su familia.

Yo tuve dos días en los que decayó mi ánimo; cuando atacué el «Formosa» y cuando salí en la tapa de una revista en la que se me atribuía el hundimiento de un buque al que yo ni siquiera había atacado, siendo que cuatro de mis amigos habían muerto allí. Realmente me decepcionó la actitud de algunos periodistas que con tal de hacer una nota no dudan en mentir. Inmediatamente sentí el afecto de mis camaradas que me acompañaron, entre los que recuerdo al «Turquito» Arrarás, a Filippini y a Fernando Romero.

Fernando merece un espacio aparte, él es nuestro médico, pero más que eso fue nuestra madre, nuestro hermano, nuestro amigo, nuestro psicólogo de cabecera. En esta guerra, que agradezco a Dios haber vivido, perdió a algunos de sus mejores amigos y sin embargo siempre estaba con una sonrisa, con una broma, con una palmada cariñosa, con una palabra de aliento. Realmente si tuviera que definirlo en pocas palabras, diría que fue nuestro ángel guardián.

Cuando cayó Mariano, aquel 27 de mayo, recibíamos las llamadas de sus familiares y juntos tratábamos de darles ánimo, les decíamos que vayan preparando el asado para cuando lo encontrasen, ¡asado que todavía no fue pagado! Cuando colgábamos, nos mirábamos y llorábamos juntos.

Un día llegó el Alférez Vázquez, al que yo llamaba afectuosamente «Mi Numeral», muy afectado porque habían abatido en un ataque (cuando entraban juntos a un mismo blanco) a su Jefe de Sección. Con Fernando tratamos de confortarlo y él me repetía una y otra vez:

—«¿Porqué Dios no me llevó a mí que soy soltero y sí lo hizo con tres casados?... ¿Porqué se llevó al «Sordo» Nivoli? Si llego a morir en otra misión dígle a mis padres que...»

—«Cállese Numeral, usted no va a morir nada, déjese de pavadas...!»

—«Señor, por favor, hágame caso, si yo llegara a morir en otra misión dígales que...»

—«Numeral, usted es demasiado joven para morir, venga a tomarse un café bien cargado y déjese de pensamientos fatalistas...»

¡Cuánto lamenté después no haberlo escuchado!, pues no existe una edad para morir, ni somos nosotros los que digitamos los destinos humanos, luego caería él también como un valiente y como me dijo la esposa de un Oficial, en un momento clave, ya luego de hablar con dos de estos hombres de 23 o 24 años, el «Turquito» Arrarás y «Mi Numeral» Vázquez, salió al pasillo a dejar caer libremente sus lágrimas, emocionado por el coraje y la pureza que rebosaban. «Mientras siga habiendo hombres como ellos en nuestra tierra, podremos estar tranquilos que no se habrá secado la semilla de San Martín, Belgrano, Necochea y tantos otros».

Un párrafo para el Primer Teniente «Sordo» Nivoli, el Jefe de Sección que nombré anteriormente, una persona agradable, tranquila, respetuosa; su humildad lo destacaba.

En la casita Bariloche, vivían dos soldaditos, Tránsito y «Kojack» (por lo pelado), encargados del mantenimiento de la misma. Ellos fueron testigos de todo lo que pasó en esos dos meses y medio en los que aprendimos mucho sobre nuestra profesión y sobre la vida. Allí comprendí que lo único que realmente vale es lo que alimenta el espíritu. Dios, nuestras familias, nuestros amigos, nuestros principios, nuestros ideales.

En esos momentos tremendos, nunca pensé en las cosas materiales que pude o no haber tenido, pero sin embargo tuve remordimientos porque un día, antes de que llegara la orden de despliegue, mi hijo Pablito me pidió que fuéramos juntos a andar en bicicleta y yo le dije que no, (pese a que insistió), porque estaba cansado.

Compartía mi habitación con un Oficial, el Alférez Gómez, alias «Cheto», del que fui instructor cuando era cadete hace algunos años, en la Escuela de Aviación Militar. Las fotos de mi señora, mis hijos y su novia nos acompañaron en esos largos días. Allí se reunían muchas noches los guitarreros o se encerraban aquellos que necesitaban un poco de soledad.

Muchas veces, cuando de noche encendíamos el televisor y veíamos a la gente que no sólo se entretenía, sino que demostraba estar más cerca del mundial de fútbol que de esa tragedia que vivíamos día a día, nos rebelábamos un poco.

Era una sensación parecida a estar dentro de un pozo, ver que cerca de su boca pasa mucha gente, gritar y gritar y que todos continuasen distraídamente sin escuchar nada.

Pero luego nos llegaban cartas como la de Juan José Alarcón, alumno de 5° grado de la Escuela Parroquial de la Merced de Salta, (quien hoy es mi amigo y ya un hombre, amigo de «Los Nocheros») que me pedía que llevara

su carta y su foto en una misión de combate, vestido con su equipo de judo, para compartir la lucha con nosotros, o la carta de Sonia Pereyra, o de Adriana de Torres, o de Liliana Said, o esa notita pegada a un pomito de dentífrico, que llegó a un soldado con palabras de aliento de alguien con un apellido parecido a Morelo, o cuando un Oficial me contó que fue a un banco a cobrar un giro y vio a un muchacho pobre, de escasa ropa para el mucho frío del sur, depositando \$200.000 (moneda corriente de esa época) para contribuir con la lucha. Realmente me emocionó mucho, pues como Dios dijo: «Realmente da aquel que se despoja de lo que necesita y no el que da lo que le sobra».

Todo esto me hizo comprender que detrás nuestro había un maravilloso pueblo. Que no estábamos solos; que aquellos seres vacíos eran las excepciones, que tenemos muy buena madera y me hizo soñar en el día en que los argentinos, con su inmensa capacidad, despierten y comiencen a crear, a dar, a amar.

Finalmente, vaya como anécdota: La foto de Juan José Alarcón nunca llegó al combate, paseó por todo nuestro mar territorial pero todo aquel que la portaba, inexplicablemente, no podía llegar al blanco, entre ellos yo el día 8 de junio, aunque no sé si le dije alguna mentira piadosa, para que no se frustrara.

(Bonzo, Héctor, Ed. Argentinidad, Bs. As., 2004)

1093 tripulantes es un material que describe con detalle los operativos, la travesía y el final del Crucero ARA General Belgrano. El autor escribe desde el centro de la escena, ya que fue el comandante de ese crucero hasta su hundimiento. Héctor Elías Bonzo falleció el 22 de abril de 2009 a los 76 años.

5 1093 tripulantes

Maldito temporal

El preuncio de tempestad comenzó a cumplirse en firme a partir de las 19.00 hs. La primera consecuencia fue sobre los cabos de amarre entre balsas, pues el movimiento brusco llegó a tensionar demasiado las sogas. Se corría el riesgo de que en cada golpe saltaran los cáncamos de amarre y consecuentemente se rompieran los flotadores. En una acción que fue generalizada en toda la escuadrilla de balsas, se cortaron ex profeso los estorbos para liberarnos de aquel peligro inmediato.

El vaivén de los cuerpos producido por el mar agitado comenzaba a perturbar la estabilidad de la balsa y la atención de los heridos. También comenzaron los vómitos «...deberían agregarse unas 100 bolsitas de polietileno para los vómitos de los tripulantes»; y los problemas con las portas «...uno de los problemas que tuvo la balsa fue la rotura del cierre externo de una de las aberturas de entrada». Éstas eran de lona y tenían cierre relámpago o filásticas de cáñamo. Tanto unos como otros, fueron perdiendo efectividad por la fuerza del viento y permitieron el libre gualdrapeo de las telas. La consecuencia más grave fue que la corriente de aire helado, accedía sin contemplación hacia el interior de la embarcación, disminuyendo de inmediato la sensación térmica a varios grados bajo cero.

Las respuestas de las dotaciones para conjurar este último problema fueron más o menos similares y pasaban por una guardia rotativa para sostener las portas cerradas. El tiempo de guardia de cada uno lo daba la capacidad para soportar el inicio del congelamiento de las extremidades. Ese tiempo puede estimarse en 15 minutos, rotándose también el uso de guantes.

Fue algo afortunado que los hombres que llegaron mojados a las balsas, no superan el 30% del total. Ello mejoraba las condiciones iniciales. Pero no pasaría mucho tiempo para que en algunas balsas se re-virtiera esta situación, debido al ingreso de agua facilitado por la rotura de las portas. Fueron los pies los que más sufrieron las consecuencias, al estar en contacto con el piso mojado, determinando patologías circulatorias... «las balsas deberían tener un doble piso tipo enjaretado, como para evitar el contacto con el agua».

Respecto del equipo personal de abandono, considero altamente satisfactoria la forma en que se cumplieron las recomendaciones rutinarias. Se comprobó que el 85% poseía la ropa completa y que un 30% de ellos, tenía además mantas y ropa completa y que un 30% de ellos, tenía además mantas y ropa seca de repuesto. Esto fue lo que ayudó para abrigar mejor al 15% que tenía distinto grado de déficit en su vestimenta.

Al avanzar los minutos, algunos flotadores comenzaron a perder presión, debido a pinchaduras causadas por astillas de los contenedores, golpes contra el casco del buque y aun por algún clavo de zapato. Como ya comentamos, algunas balsas zozobraron a los pocos minutos de haberse ocupado «...alójé la balsa correspondiente a mi rol, por la banda de babor, pero al golpear contra los hierros sueltos que había en proa por causa del torpedo, debí tirarme al agua y nadar hasta otra balsa» (Tte. De Corbeta, Carlos Castro Madero).

La pequeña luz del techo permitió encontrar, dentro de la bolsa de pertrechos, los elementos de primera necesidad para el comienzo de la travesía. Un inflador... un achicador para sacar el agua del piso... una linterna... un medicamento «...los medicamentos estaban en una funda plástica herméticamente cerrada. Pero una vez abierta, ya no había forma de evitar que pudieran mojarse, si entraba agua». (Tte. De Navío Odontólogo, Mario E. Muñoz).

Hacia las 20.00 hs., ya se hacía extremadamente difícil mantenerse sentado sobre los flotadores, que a su vez oficiaban de bancos. El vaivén era insoporrible y sólo en las balsas sobrecargadas se podían evitar los desplazamientos bruscos, en razón del hacinamiento. Si bien los mismos asientos tenían agarraderas para sostenerse, no bastaban para impedir que cada rido de 50 grados nos tirara al piso, desde la posición casi fatal que teníamos sentados. Cientos de esos movimientos de caerse y pararse, determinaron

un cansancio muscular muy grande en piernas y cinturas. Con el agravante de que el piso con agua iba empapando nuestras ropas.

A 21.00 hs., el maldito temporal llegó a su máxima crudeza, con olas que seguramente llegaban a los 10 metros de altura. Los formidables golpes contra las balsas, no nos dejaron mucha esperanza de sobrevivir a terceros intentos. La primera demostración fue cuando un torrente de agua nos aplastó literalmente contra el piso de la embarcación. La sacudió con una ferocidad desconocida aun para quienes llevábamos más de 30 años navegando esos mares del Sur. No se muestra exagerada esta apreciación, al comprobar posteriormente las averías sufridas por los destructores, cuando en esos precisos instantes estaban capeando el mismo temporal que azotaba la zona.

Para tratar de combatir esos embates del mar, adoptamos una manera racional de incorporarnos, para sostener con nuestras espaldas el techo de la balsa, toda vez que intuíamos el golpe. Los que podían hacerlo, conformaban verdaderas columnas humanas, dando mayor rigidez a la estructura del techo y permitiendo una mejor recuperación de la embarcación. El preaviso para cada maniobra lo daba un ruido parecido al de una locomotora que se acercara a gran velocidad. Y a fuerza de resistir, con cada golpe nos hacíamos más prácticos para tan inédita tarea. No debe descartarse que, en algunos casos, el agua debió rodear totalmente la balsa, convirtiéndola por segundos en vehículo submarino «...la balsa en que me encontraba tenía 20 hombres y durante el temporal se dio vuelta, quedando apoyada sobre el techo por unos instantes...» (Tte. De Navío Julio A. Dopazo).

La penumbra interior lograda por la pequeña lámpara también nos ayudó a encontrar la navaja marinera para cortar trozos de sogas para atar las portas. Y también nos permitió observar aquellos que pese a todos los movimientos, se estaban dejando tentar por el sueño inconsciente y peligroso. Ese sueño

que parecía hundir no en las profundidades del mar, sino en un letargo cómodo y agradable, pero definitivo...

Por eso los cantos, los rezos, las bromas... Por ello fue que los golpes del mar vinieron también a evitar –aunque con malas artes– el sopor de la muerte blanca. Vimos algunos muy cerca de ella, cuando estaban en total silencio, sin gestos y movimientos voluntarios, como encerrados en si mismos... A Dios gracias sus compañeros los recuperaron para la vida, sin que los afectados hubieran caído en la cuenta.

Después de varias horas de soportar 120 Km/h de viento y todas sus secuelas imaginables, ratificamos la confianza en nuestras embarcaciones. La que fuimos adquiriendo en forma empírica, al pasar exitosa aunque penosamente, cada exigencia de esa noche interminable.

Y aunque muchos habrán pensado íntima y seriamente en una muerte que podría sobrevenir a cada momento, no conozco caso alguno en que ese temor se haya exteriorizado como para influir negativamente en el grupo.

Durante aquella primera noche en balsas, nadie bebió ni comió nada. No nos sorprendió, porque se cumplían ni más ni menos lo que para estos casos indicaban los manuales de supervivencia. Dicen más o menos así: «Lo ingerido normal y rutinariamente en el período anterior al siniestro, permite a los náufragos no tener necesidad de comida ni agua, en las primeras 15 a 20 horas posteriores al abandono del buque».

Con el frío se hizo más frecuente el deseo de orinar. Pero no resultaba sencillo hacerlo, usando las bolsas recolectoras de plástico. Y entonces fue cuando aconsejamos –a los que tenían más dificultades– producir la micción sobre el mismo cuerpo. De tal forma, el contacto de la orina con la piel fue una acción benefactora. Como resultado de ello, pensamos en otra

alternativa válida para ayudar a recomponer un poco a los más necesitados físicamente. Y entonces, los que podían usaban la bolsa recolectora, pero en lugar de lanzar el líquido al mar como era la teoría, se arrimaba esa bolsa con 36 grados de temperatura, a la frente y las muñecas de los heridos. Muchos de ellos recordarán aún, aquella estimulante y novedosa bolsa de agua caliente.

Trascurridas las primeras 12 horas de travesía, era imposible saber hacia dónde nos trasladaba el viento. Seguramente por su fuerza actual, se imponía a las corrientes oceánicas que en zona son hacia el Nordeste. Y si la dirección del viento seguían siendo hacia el Sudeste como instantes antes del torpeamiento, el resultado sería un alejamiento cada vez mayor de la costa.

Al avecinarse el crepúsculo matutino, pudimos comprobar por el resplandor de un tímido sol, que nuestro rumbo era indefectiblemente hacia el umbral de las aguas antárticas. Cuando un tripulante de la balsa me preguntó si el viento nos estaría empujando hacia tierra, creí necesario no quitarle la ilusión...

La Revista Lote es una revista especializada en cultura, realizada por un grupo de intelectuales que también fundó la Universidad Libre de Venado Tuerto y que actualmente lleva adelante una experiencia similar en Rosario. En uno de sus números publicó una entrevista con tres periodistas que cubrieron la guerra. El título era «Una guerra bastarda» y estaba firmada por Fernando Peirone.

6 Revista Lote: entrevista con tres periodistas que cubrieron la guerra

«En 1982, tres jóvenes cronistas, Miguel Wiñazki, Mario Markic y Daniel Ares, vivieron en carne propia todo el proceso social y militar y fueron los encargados de transmitir desde Malvinas, Tierra del Fuego y Buenos Aires lo que iba ocurriendo. A 16 años de aquel momento, juntamos a Miguel Wiñazki, Redactor Jefe de la Revista Noticias y Mario Markic, ganador de un Martín Fierro por su labor en Todo Noticias, para que nos relatasen a la luz del tiempo lo vivido durante esos dos meses lejanos.

El tercero de ellos, Daniel Ares, es autor de la novela Banderas en los balcones, una crónica ficticia en la que ellos tres son sus protagonistas y donde se describe el proceso que va de la exaltación desmedida a la depresión que produjo la derrota. Reproducimos un fragmento que alude a un curioso episodio: la extraña manera con que se obtuvieron las fotos del naufragio del crucero General Belgrano y su posterior destino.

¿Dónde estaban trabajando el 2 de abril de 1982?

W: Estábamos los tres, Mario (Markic), Daniel Ares y yo en Editorial Atlántida, en la revista *Somos*. La cobertura del sur, la hicieron Mario y Daniel; yo aquí en Buenos Aires.

M: Yo estaba en la misma editorial pero en la revista *Gente*, con Daniel trabajamos juntos en Tierra del Fuego, compartíamos el mismo fotógrafo, Marcelo Figueras. No había mucha gente, nosotros tres, un chico de *Siete Días*, Roque Escobar, que estaba manijado por la marina en esa época, tres miembros de la TV sudafricana, aunque todo el mundo pensaba que pertenecían a la TV inglesa.

¿Cómo se vivió Malvinas en el Sur?

M: Fue muy curioso, porque en Ushuaia no pasaba nada, no había guerra, era una ciudad, casi como sería hoy, con una vida normal. A 300 km. de allí, en Río Grande, fue el lugar donde más se notó la guerra, excepto, lógicamente, en las propias islas; porque fue la única ciudad donde hubo realmente toque de queda y ejercicios de oscurecimiento durante toda la guerra; se vivía en tensión de guerra porque allí es-

taban las escuadrillas de aviones Hércules, los Caza y Mirages. Las ventanas del hotel y todas las casas tenían cortinas negras, a la media noche había toque de queda, y la gente de defensa civil y marina patrullando. Era una ciudad aterradora, de calles muy anchas, en invierno, con niebla, frío, barro, con una llovizna perpetua, desolador. La situación de la vida cotidiana era así.

¿Y en Buenos Aires se vivió?

W: Yo me quedé. Viví la locura, la transformación del país. El 30 de marzo de 1982, una marcha de trabajadores hacia la primera manifestación grande contra los milicos, con una gran represión en Plaza de Mayo. Un día después, me dicen en la revista: «va un contingente a tomar Malvinas»; me quedo toda la noche escuchando radio Colonia, y a la mañana siguiente, el 2 de abril, me despierto con la novedad de que efectivamente habían desembarcado tropas argentinas de Malvinas. Inmediatamente voy a Plaza de Mayo, por intuición periodística, antes de ir a la redacción, y veo la oleada de manifestantes fervorosos a favor de la guerra. Voy a la redacción, me vuelven a mandar a la plaza, veo eso que era un disparate y lo que digo es: los ingleses nos van a hacer mierda; en ese momento yo laburaba en internacionales, y mi percepción, de pendejo, era que iban a bombardear no sólo el sur, sino Buenos Aires. Está bien, yo tenía una mirada apocalíptica sobre el asunto, pero no entendía esta postura fanatizada de la gente en pro de una guerra. Es decir, en tres días vos veías una sociedad cambiante, que en el pico máximo de malestar contra la dictadura se transformaba en un apoyo masivo. Causa justa contra el colonialismo, lo que quieras, pero lo que yo vi fue una esquizofrenia nacional, un país que ignoraba la soledad, el viento y las balas de Malvinas; Buenos Aires apoyaba de palabra y festivamente. Hay una anécdota que ilustra muy bien el momento. Un día voy por Palermo y veo un concurso de salto de equitación, militares de rango saltando y la gente aplaudiendo, era un momento de gloria para ellos, allá morían soldados,

cabos, etc., y ellos saltando a caballo. Fue un golpe fuerte porque vi que los jerarcas estaban en otro mundo, esa era la realidad del país.

¿Qué piensan de esa guerra?

M: Para mí siempre fue una guerra bastarda, yo siempre entendí lo de la causa justa, pero seamos claros, el objetivo no era recuperar las islas como patrimonio extirpado, sino que el motivo fundamental era obtener un plafón político, un recurso frente al descontento social creciente, de manera tal que los militares lo hicieron pensando en eso. Todo lo demás, lo de las agresiones permanentes, la defensa por la explotación del petróleo, etc., era mentira. Y así como Miguel interpretó la realidad desde Buenos Aires, yo, desde allá, lo que pude comprobar era que efectivamente había dos países. Desde Comodoro Rivadavia para abajo, la situación de conflicto bélico y el temor, y la concentración, se vivía muy diferente que en el resto del país, y sobre todo con Buenos Aires. Los medios de comunicación eran básicamente triunfalistas y la línea que se bajaba iba en ese sentido. Nosotros estábamos en Río Grande, atentos a lo que pasaba, mirábamos la TV que transmitía en directo, no me voy a olvidar nunca esa campaña que se hizo y en la que después se robaron toda la plata, una maratón que condujeron Cacho Fontana con Pinky, donde iban todos los famosos y la gente a donar dinero, joyas, etc. Era una realidad totalmente esquizofrénica, todos lloraban, y vos pensabas: «acá suenan tres veces por noche las sirenas de alarma, puede caer un bombazo en cualquier momento, y allá a 3.000 Km., la gente llorando», era una expresión humana que no se condecía con un momento tan desesperante como el que se vivía en el sur, donde la cercanía con la guerra era real; yo veía a los riograndenses caminando perfilados en contra del viento, en una suerte de resignación, pero estoicamente, viviendo la situación con preocupación y concentración pero sin derramar una lágrima, y por otro lado toda esa cosa loca, mediática, la gente agitando las banderitas, y Galtieri hablando pelotudeces todos los días.



De vuelta a casa tras la rendición.

¿Vos qué posición tenías?

M: Yo siempre, desde el principio, pensé que íbamos a perder la guerra, era una causa justa pero bastardeada por los objetivos finales, y pienso que hubo olvido premeditado y angustioso, condenando no sólo a los militares sino también a los soldados que se comieron un garrón sin tener una vocación profesional, pero que estuvieron y vivieron momentos muy críticos. Pensamientos de este tipo hay muy pocos en el país, es el mío, no sé si bueno o malo, pero desde mi lugar yo critico a los otros, a fondo. Algo que no puedo dejar de pasar por alto es la conducta de los militares, que hicieron la guerra sin convencimiento, porque la guerra para ellos no existía. Dos veces me dijeron cosas en ese sentido que me llamaron la atención. Una, cuando me dijeron «esto es un simulacro de combate»; y la otra, dos oficiales, en tono de confesión: «mirá nos equivocamos de guerra, tendríamos que haber peleado contra Chile». Anteriormente en el hotel de Río Grande, había dos pilotos de helicópteros, y con promesa de no publicar nada, hablamos con sinceridad; yo les decía lo que pensaba, y ellos lo derivaron hacia lo político, nos cuestionaban a nosotros como periodistas porque no decíamos la verdad, que la guerra ya la habían peleado, que ya la habían ganado. «¿Qué guerra?», les pregunto. «¿Cómo qué guerra? La guerra contra la subversión, esa es la guerra nuestra, la verdadera». Yo les digo «El país está en guerra, y contra Inglaterra, por si no se dieron cuenta». Yo les decía que había falta de convicción en lo que estaban haciendo, y ellos decían que como militares argentinos era importantísima la capacitación en Inglaterra y EE.UU., y que bueno estaban peleando contra sus hermanos, porque eran occidentales, como nosotros, aunque hubiera un territorio que defender.

*Aquí se transcriben testimonios de soldados
argentinos al llegar a Puerto Madryn, provincia
de Chubut, una vez finalizada la guerra.*

7 Semanario Impacto, Puerto Madryn, 26/6 al 2/7 de 1982

Sorprendidos con la población «Nos dijeron que nos iban a apedrear»

«Nos dijeron que no íbamos a tener contacto con los habitantes de Madryn porque nos iban a apedrear». ¿Quién dijo eso? –interrogamos sorprendidos–. En el buque nos informaron nuestros jefes que el pueblo estaba enojado por la rendición en las Malvinas; que habían sacado a Galtieri y que temían que la población de esta ciudad nos fuera a apedrear, por eso no íbamos a tener contacto con la gente».

¿Qué sintieron?

Estábamos preocupados en serio y muy tristes, pero cuando vimos como nos aplaudían y nos vivaban al pasar nos sentimos renacer y muy sorprendidos. No lo esperábamos. No esperábamos este recibimiento tan cariñoso, por eso sentimos la necesidad de darles algo y arrojábamos lo que podíamos de nuestros uniformes».

8 Soldados

Junio de 1982. Un fotoperiodista de una agencia internacional registró esta toma en el aeropuerto de Malvinas. Soldados argentinos prisioneros esperan para entregar sus armas y ser reembarcados rumbo al continente. La cantidad de ropa de abrigo da una idea de la rigurosidad del clima. Al fondo, se observa un avión «Pucará», cazabombardero argentino. Estos aviones fueron inicialmente construidos para operaciones antiguerrilleras. Durante la guerra de Malvinas fueron uno de los íconos de la propaganda, ya que eran un símbolo del desarrollo de la industria nacional y, por extensión, de la resistencia «criolla» frente al imperialismo. Tecnológicamente no eran adversarios para los aviones británicos a reacción.



propuestas

para trabajar en el aula

En este capítulo brindamos algunos elementos para reflexionar sobre la guerra: en qué contexto se produjo, cómo reaccionó la sociedad, cómo operaron los medios de comunicación, quiénes fueron los protagonistas y cómo transitaron esa experiencia. A continuación presentamos ejemplos de propuestas de enseñanza para trabajar con los estudiantes.



CONSIGNA DE INVESTIGACIÓN Y PRODUCCIÓN ESCRITA

En el comienzo de este capítulo se describe brevemente el contexto en el que se desarrolló la guerra. Se puede proponer que lean este apartado, amplíen la información del contexto y escriban un breve texto que de cuenta del mismo.

- ¿Qué tipo de gobierno se había establecido en nuestro país? ¿Qué características tenía? ¿Qué conflictos atravesaba? ¿Qué sucedía a nivel económico? ¿Qué ocurría con la actividad sindical? ¿Qué tipo de denuncias y reclamos se acrecentaban?
- Para ampliar el contexto se puede sugerir que indaguen en otras situaciones en América Latina: ¿Qué sucedía en otros países de América Latina? ¿Qué tipos de gobiernos tenían? ¿Por qué en varios países había dictaduras militares? ¿Qué lugar ocupaba Estados Unidos en este proceso?



CONSIGNA DE REFLEXIÓN E INVESTIGACIÓN

Para buscar legitimidad, la dictadura militar apeló en varias ocasiones al discurso nacionalista (en el mundial de 1978; en el conflicto con Chile; y en la guerra de Malvinas). En los tres casos buscó reactivar ideas y sentimientos que existían en el imaginario argentino: la pasión por el fútbol, ciertos recelos territoriales con Chile (que no prosperaron del todo), y la adhesión a la causa Malvinas (ver capítulo 2).

- Proponemos que indaguen en el significado del término «nacionalismo», que busquen información sobre el Mundial 78 y el conflicto con Chile, y que discutan acerca de por qué la dictadura recurrió a esos tres temas –y no a otros– para generar consenso social y cuáles fueron las consecuencias de esas apelaciones.



CONSIGNA DE LECTURA

Una vez leída la introducción se puede proponer que se realice una cronología con los hechos más destacados de la guerra de Malvinas y su contexto. Algunas fechas para tener en cuenta: el 30 de marzo, el 2 de abril, el 1 de mayo, el 2 de mayo, el 10 de junio, el 27 y 28 de mayo, el 10 de junio, el 14 de junio.



CONSIGNA DE REFLEXIÓN GRUPAL

Los testimonios transcritos dan cuenta de una importante diversidad de experiencias de guerra. No todos los que estuvieron en el conflicto lo vivieron del mismo modo. Se puede sugerir comparar los diferentes testimonios de quienes pelearon: los soldados, el integrante de la Fuerza Aérea y el tripulante del Buque ARA Gral. Belgrano.

- ¿Se parecen en algo? ¿En qué? ¿Qué tienen en común?
¿En qué se diferencian? ¿En qué radican esas diferencias?
- Según lo que cuentan ¿qué fue lo que más los marcó de su experiencia de guerra?

- ¿Qué frase de cada uno de ellos es especialmente llamativa? ¿Por qué?
¿Hay elementos en los testimonios que permitan vislumbrar el contexto dictatorial?
¿Cuáles? Y si no los hay ¿por qué es?



CONSIGNA DE REFLEXIÓN GRUPAL

La idea de héroe cambia con el tiempo y en las distintas sociedades. En general, a quienes fueron a la guerra se los llama héroes, pero cuando una guerra se pierde y, además, cae bajo sospecha por la forma en que fue conducida, determinar quién es y quién no es un héroe se torna más complicado. Se puede proponer discutir sobre el concepto de héroe.

- ¿Qué es un héroe? ¿A quiénes se considera héroes? ¿Cambia el concepto de héroe? ¿Por qué? ¿Puede haber héroes en una guerra con fuertes componentes de improvisación? ¿Quién define quién es un héroe? ¿Quiénes serían los héroes del presente?
- Una vez discutidas estas ideas, se pueden elegir distintos fragmentos de los testimonios que ilustren la idea de héroe que se ha delineado.



CONSIGNA DE INVESTIGACIÓN

Tal como muestran los testimonios y enuncia la introducción del capítulo, la guerra de Malvinas se vivió de modo muy diferente en las distintas regiones de la Argentina.

- Se puede proponer rastrear en los testimonios los tramos en los que se dé cuenta de estas diferencias y luego investigar qué paso en la propia localidad durante la guerra.
- Se puede sugerir hacerlo a través de testimonios directos de personas que hayan vivido en el lugar durante 1982, recurrir a los archivos de los diarios y averiguar si quedan marcas en la propia ciudad.



CONSIGNA DE INVESTIGACIÓN Y DEBATE

Se puede trabajar sobre el modo en que los medios masivos de comunicación nacionales cubrieron el conflicto y después comparar con el modo en que lo hicieron los medios locales. Respecto a su rol se puede debatir sobre dos temas:

- El vínculo entre los medios de comunicación y la dictadura militar. ¿Qué relación existía entre los medios y la dictadura? ¿Cómo operaba la censura? ¿Qué medios resistían esa censura? ¿Qué medios apoyaban la dictadura y hasta la propagandizaban? ¿Qué dijeron estos medios sobre la guerra? ¿De qué modo informaron a la población?
- El vínculo entre los medios y la sociedad. ¿Por qué la sociedad creía en lo que los medios publicaban? ¿Había quiénes desconfiaban de esa palabra? ¿Qué condiciones sociales permitieron creer que la Argentina iba ganando la guerra?



CONSIGNA PARA LA IMAGEN

En el trabajo con imágenes es fundamental brindar información sobre el contexto, una narración que ayude a «leer» la imagen.

- Les proponemos detener la mirada en la imagen de este capítulo y, previamente a leer el epígrafe, realizarles a los estudiantes una serie de preguntas: qué ven en esta fotografía, quiénes son los que están allí, qué hacen, por qué creen que están ahí, de qué momento de la guerra creen que es la imagen, qué hay en el fondo de la imagen, qué es lo que más les llama la atención. Proponemos detenerse especialmente en los rostros (qué expresiones tienen, qué sensación transmiten, a dónde miran, etc.). Después de responder estas preguntas se pueden comparar las respuestas con la información que brinda el epígrafe y analizar qué diferencias hubo entre lo que los estudiantes vieron y el contexto real de la imagen.
- Una vez discutidas las preguntas, se puede sugerir la escritura de distintos epígrafes para diferentes medios: un medio de circulación nacional, un medio local, un medio extranjero, un periódico de los ex combatientes. A su vez, se podría especificar si la foto saldría publicada a la par del hecho o para recordar, por ejemplo, los 25 años de Malvinas.
- Otra posibilidad es leer el fragmento de *Los chicos de la guerra* que figura entre las fuentes del capítulo. ¿Qué diálogos podemos establecer entre palabras e imágenes a partir de las fuentes seleccionadas? ¿Qué fragmento de la fuente elegirían para «hacer hablar» a esta imagen? ¿Qué otras palabras pueden encontrarse para acompañar esta imagen?
- Las imágenes son también imágenes mentales, representaciones que tenemos de la realidad, de la historia, de las personas, de los acontecimientos. Se puede proponer que los estudiantes trabajen en relación a las propias imágenes mentales que tienen de la guerra. Y que después las comparen con esta y con las otras fotografías que aparecen en este capítulo. ¿Cómo son esas imágenes mentales de la guerra? ¿Cómo las construimos (por películas que vimos, por la televisión, a partir de relatos de otros, por cosas que leímos)? ¿En qué se diferencian nuestras imágenes mentales de la guerra y en qué se parecen a esta y a las otras imágenes de este capítulo?

Las islas en
el imaginario argentino
previo a la guerra

2



LA FIGURA MÍTICA DEL GAUCHO RIVERO supo levantar más de una polémica entre los historiadores. Nació en Montiel, Entre Ríos, y su destino errático lo condujo a las Malvinas, donde se conchabó como esquilador de ovinos. Estaba allí cuando el 3 de enero de 1833, el comandante Onslow, al mando de la corbeta Clío, desembarcó en las islas, arrió la bandera argentina, izó la inglesa y se proclamó gobernador. Tiempo más tarde, Rivero y un puñado de gauchos tomaron por asalto Puerto Stanley y ejecutaron a todo aquel que se les opusiera. A los cuatro meses, fueron atacados por efectivos británicos y tanto Rivero como sus hombres fueron detenidos y sometidos a juicio.

Algunos historiadores interpretan la rebelión de Rivero como un acto de afirmación patriótica y eligen leerla en clave emancipatoria. Otros, en cambio, la explican por causas menos simbólicas, el desencadenante habría sido el rechazo británico a los vales que los gauchos cobraban por su trabajo y utilizaban en la despesa.

En este segundo capítulo nos proponemos recorrer algunos de los debates históricos que existieron en torno a las islas Malvinas sabiendo que en ese nombre –así como en el de Rivero– se pueden leer aspectos constitutivos de la cultura argentina. ¿Qué rasgos significativos de nuestro imaginario político y cultural se cifran en ese símbolo que engloba, como pocos, querellas históricas, luchas ideológicas, expectativas colectivas y muertes en el campo de batalla?

El nombre Malvinas funcionó muchas veces como metáfora de la nación misma. Desde que en 1833 fueron usurpadas por Gran Bretaña y hasta que

ocurrió la guerra de 1982, las islas se transformaron en una metáfora de la vida en común de los argentinos: defender las Malvinas era un modo de defender la nación y pronunciarse, a la vez, sobre la idea misma de nación.

Liberales, nacionalistas, conservadores, socialistas, peronistas y hombres de izquierda hablaron sobre estos temas; lo hicieron desde el Congreso, la academia, la lucha callejera, la acción directa o el campo intelectual. Aquí se reseñarán algunas de esas concepciones atendiendo a lo que dijeron sobre Malvinas pero, sobre todo, a la forma en que pensaron la Argentina y la historia nacional. ¿Cómo definieron la idea de nación? ¿En función de un territorio, de un conjunto de derechos, de un pasado en común, de la defensa de sus recursos naturales y económicos, de un proyecto de justicia a construir? ¿Cómo pensaron la relación entre la Argentina y Gran Bretaña? ¿Qué palabras eligieron para hablar de los problemas nacionales: patria, colonia, potencia, nación? ¿Eran «riveristas» o juzgaban a aquel gaucho de forma desapasionada? ¿Por qué recurrieron a las islas Malvinas como una excusa para pensar la nación? ¿Qué claves encontraron en este territorio?

El capítulo se estructura en dos momentos:

- *El siglo XIX y el destino de grandeza.* La visión «mitrista» del pasado nacional.

- *El siglo XX y el extravío de la nación.* El revisionismo histórico y sus dos vertientes: la conservadora y la nacional y popular. El Operativo Cóndor y

los usos políticos del Gaucho Rivero. Alfredo Palacios. La palabra de los exiliados en 1982.

El siglo XIX y el destino de grandeza

A fines del siglo XIX, Argentina aparecía en las voces de intelectuales y políticos como sinónimo de «futuro promisorio». Según el filósofo Oscar Terán esta concepción, conocida como «optimismo decimonónico», se sostenía en la creencia de que Argentina era un país excepcional dentro de América Latina y que esa excepcionalidad residía en un conjunto de potencialidades que, con sólo desarrollarse, garantizarían un «destino de grandeza».

Este tópico puede encontrarse, por citar un ejemplo, en el capítulo introductorio de la *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana* (1887) escrito por Bartolomé Mitre, un intelectual y político decisivo del siglo XIX. En ese escrito, que proponemos como fuente, el optimismo parece no tener límites y se sostiene en la idea de que en el futuro –un futuro cercano y asible– la Argentina consumaría el programa «civilizador» de las elites republicano-liberales del siglo XIX, de un modo, incluso superador, al de las naciones europeas.

Este programa –en tensión con otras visiones que circulaban al interior de las mismas elites– suponía una organización republicana ordenada según los parámetros de una Constitución liberal y la fe en el crecimiento económico indefinido, sostenido en criterios que confiaban más en la «libre» actuación del mercado que en parámetros distribucionistas.

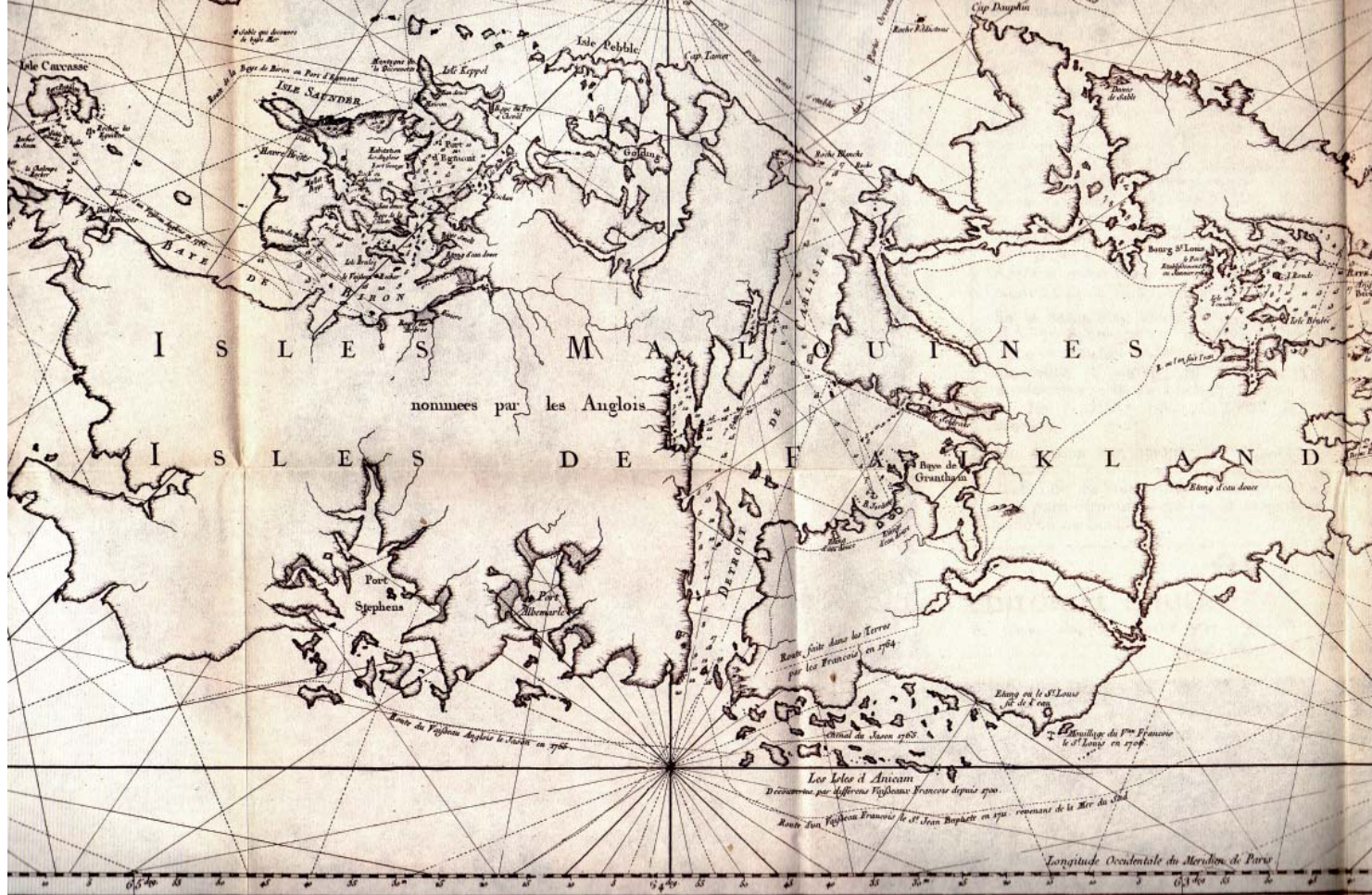
A partir de la idea de «riqueza inagotable» de la geografía argentina, las elites políticas convocaban a miles de inmigrantes a «habitar el suelo argentino». Constitución liberal y economía de mercado constituían, entonces, los cimientos del programa «civilizador» que permitían que Mitre declarara que la

Argentina estaba a la vanguardia de las naciones «civilizadas» europeas y en pie de igualdad con las naciones de América del Norte.

La importancia de la Argentina en la argumentación mitrista se debía también a la aparición de un grupo socio-político que fundaba su «supremacía» en componentes de corte racial, los criollos. Belgrano era el personaje de esa «raza criolla» que impulsaba, en el plano interno, los principios de la revolución de Mayo, mientras que San Martín era quien expandía esos mismos principios hacia el resto del continente. Con ello se instalaba la idea de que la Argentina era el país sudamericano que liberaría a los demás países exportando Libertadores. Además, se consolidaban dos figuras que con el tiempo serían representativas de la identidad nacional: Belgrano y San Martín.

Esta operación político-intelectual consagró un imaginario republicano que fue transmitido por la escuela. En él, la figura del ciudadano era compatible con la del soldado de la patria. A la hora de pensar Malvinas es bien útil recordar esta operación, ya que la Junta Militar, que impulsó el golpe de 1976, recurrió a este mismo lenguaje.

Durante el siglo XIX, el reclamo por la soberanía de las islas suscitó alguna preocupación en diversos grupos políticos (Balcarce en 1833; Rosas en 1838, 1841 y 1849; Sarmiento en 1866 cuando exigió un desagravio del gobierno estadounidense por el bombardeo a la corbeta Lexington). Pero estos reclamos no prosperaron, sobre todo, por los vínculos económicos que existían con Gran Bretaña. Recién en el siglo XX, la cuestión Malvinas empezó a tomar relevancia y se tornó decisiva para pensar la idea de nación.



Caillet-Bois, Ricardo R., *Las islas Malvinas, una tierra argentina*. Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1952.

El Siglo XX y el extravío de la nación

En el nuevo siglo, y tras una serie de conflictos políticos y fracasos económicos, quedaron desmentidos tanto el «destino de grandeza» como las «potencialidades» imaginadas por las elites del siglo XIX. En ese contexto empezó a volverse verosímil la afirmación del historiador Tulio Halperín Donghi, quien sugiere, en 1964, que la palabra «crisis», a la inversa de lo que indica el diccionario, designa un rasgo habitual del devenir histórico nacional.

El primer síntoma del extravío apareció con la crisis financiera mundial de 1929, que evidenció los límites de las posibilidades de expansión económica del modelo agroexportador y dejó al descubierto la estructura dependiente del país. Al mismo tiempo, el golpe militar del año 1930 inauguró una crisis de legitimidad política que se agravaría con el correr de los años.

Raúl Scalabrini Ortiz analizó esta problemática en *Política británica en el Río de la Plata*: «Hasta 1929, la República Argentina vivió confiada en la ilimitada



Goose Green, Isla Soledad (2007).

magnitud material de su porvenir. El futuro constituía una certidumbre que se cotizaba en el mercado de valores. Pueblo y gobierno flotaban en optimismo de opulencia, alejados de toda posibilidad de análisis. Nadie esperaba poseer los frutos del trabajo para gozarlos. Se los gozaba de antemano,

mediante hipotecas, adelantos bancarios y préstamos de toda índole. Considerábamos que lo venidero era tan nuestro que nadie podría arrebatárnoslo, y por eso le dábamos validez de actualidad. Aunque irracional, había cierta continuidad lógica en esa actitud, porque nuestra actualidad era tan inconsistente como lo por llegar aún»².

El revisionismo histórico

El conjunto de problemas que se abrieron con este nuevo panorama económico y político habilitaron nuevas interpretaciones de la historia argentina. Surgió lo que se conoce con el nombre de «revisionismo histórico», una corriente de pensamiento que criticaba ferozmente al liberalismo del siglo XIX y a sus herederos del siglo XX, «la oligarquía»; que reivindicaba la figura de Juan Manuel de Rosas; y que advertía acerca de la necesidad de revisar las premisas mitristas sobre la historia nacional, a las que despectivamente llamaba la «historia oficial». En esta corriente se destacan dos vertientes: una conservadora encarnada por los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta; y otra, nacional y popular, donde se inscriben los intelectuales cercanos al grupo FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina), entre ellos, Raúl Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche.

LA VERTIENTE CONSERVADORA

La denuncia de que Argentina era un país dependiente o un apéndice del imperio británico empezó a recorrer el espectro intelectual y político en la década del treinta. Hubo un libro pionero sobre el tema, que provino de las filas del nacionalismo conservador y autoritario: *La Argentina y el imperialismo*

2. SCALABRINI ORTIZ, R., Política británica en el Río de la Plata, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 2001.

británico (1934), escrito por los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, quienes habían apoyado activamente, desde la facción uriburista, el golpe de Estado de 1930 contra el gobierno democrático de Yrigoyen.

Este ensayo –cuya segunda edición se imprimió en 1982– más que un análisis del fenómeno imperialista era una crítica ácida al comportamiento de las elites políticas liberales decimonónicas. Su tesis central afirmaba que el pacto Roca-Runciman de 1933 –por medio del cual el gobierno argentino, en aras de mantener cuotas para la exportación de la carne en el mercado inglés, concedió una serie de privilegios económicos a Gran Bretaña– no era un accidente, sino el resultado históricamente necesario de las políticas instrumentadas por la oligarquía argentina. Los Irazusta consideraban que los herederos de la elite criolla –ensalzados en la versión mitrista– eran los responsables de una política de entrega y descuido de la soberanía nacional.

En esta argumentación, la «soberanía nacional» era sinónimo de expansión y defensa del territorio nacional. Por eso, recuperaban a Juan Manuel de Rosas –personaje demonizado por el mitrismo– como la única figura reivindicable del pasado argentino, ya que bajo su gobierno se había intentado recomponer el Virreinato del Río de la Plata y se había enfrentado con éxito los bloqueos franceses y anglo-franceses.

Para esta línea, entonces, Malvinas se constituía en una prueba irrefutable del extravío histórico provocado por las elites liberales: el descuido del territorio insular debía ser interpretado como el ejemplo concreto de una política que, en aras de perseguir el «crecimiento material», había optado por la alianza comercial con el imperio británico antes que por la defensa de los intereses soberanos de la nación.

Para ilustrar esta vertiente del «reversionismo histórico» reproducimos dos fuentes: un extracto del libro de los hermanos Irazusta y un tramo de una nota del periódico nacionalista *Crisol*.

LA VERTIENTE NACIONAL Y POPULAR

La vertiente nacional y popular del «reversionismo histórico» también inscribió la cuestión Malvinas dentro de los problemas nacionales relevantes. Dentro de ella se destacan las posturas de los integrantes de FORJA, la agrupación radical disidente fundada en 1935 que recuperaba el legado de Yrigoyen y encabezaba cada uno de sus documentos con la frase «somos una Argentina colonial: queremos ser una Argentina libre».

Raúl Scalabrini Ortiz, por ejemplo, desarrolló esta visión en *Política británica en el Río de la Plata*. Tanto para él como para Arturo Jauretche, otro integrante sobresaliente, la ocupación británica de las islas ponía en evidencia lo que en el continente había sido soterrado por una versión del pasado argentino que deformaba la percepción de la realidad política, esto es, que la Argentina era un país de estructura colonial.

A diferencia de la vertiente conservadora, Scalabrini Ortiz realizó un análisis más pormenorizado y atento de la dimensión económica del fenómeno imperialista. Era un lector devoto de *Imperialismo, etapa superior del capitalismo*, el libro donde Lenin cita a la Argentina como ejemplo de país semicolonial. Además, su discurso se inscribe en la saga de la herencia surgida a principios de siglo tras la invasión estadounidense de Cuba en 1898. Con el tiempo, la palabra de Scalabrini Ortiz se transformará, a su vez, en un legado recuperado por el discurso revolucionario de las generaciones de los años sesenta y setenta.

William Cooke, el pensamiento de la FORJA se propagó entre las bases militantes. Esta expansión continuaría tiempo después entre las juventudes políticas que protagonizaron los acontecimientos claves de los años sesenta y setenta.

Parte de este ideario se puso en acción cuando un grupo de jóvenes comandados por Dardo Cabo realizó el Operativo Cóndor en 1966. Durante el gobierno de Juan Carlos Onganía, dieciocho jóvenes –estudiantes, obreros, sindicalistas y periodistas, la mayoría militantes peronistas y nacionalistas– secuestraron un avión de Aerolíneas Argentinas que volaba hacia Río Gallegos, desviaron su rumbo y horas más tarde lo hicieron aterrizar en las islas Malvinas.

Los jóvenes emitieron un comunicado, desde la radio del avión, que decía «Operación Cóndor cumplida. Pasajeros, tripulantes y equipo sin novedad. Posición Puerto Rivero, islas Malvinas, autoridades inglesas nos consideran detenidos. Jefe de Policía e Infantería tomados como rehenes por nosotros hasta tanto gobernador inglés anule detención y reconozca que estamos en territorio argentino».

El texto señalaba el primer gesto simbólico que el grupo realizó al aterrizar en Malvinas, rebautizar a Puerto Stanley como Puerto Rivero en honor al Gaucho Rivero. El segundo gesto de los Cóndores –se llamaban así por el ave nacional– fue desplegar siete banderas argentinas: cinco en los alambrados, otra en el avión, y la última en una especie de poste de hierro que convirtieron en mástil.

Este operativo significó un pasaje al acto de lo que muchos textos demandaban desde hacía tiempo, que ante la complicidad de los gobiernos de turno, era necesario que los civiles asumieran como propia la tarea de recuperar las islas, como un punto de partida necesario para recuperar la nación.

Para pensar en las continuidades que el revisionismo nacional y popular tuvo hasta la década del setenta se transcriben tres fuentes: un documento escrito por los Cóndores, un artículo periodístico sobre la figura del Gaucho Rivero y un texto de 1982 donde se señalan las relaciones entre el Operativo Cóndor, el terrorismo de Estado y la guerra de Malvinas.

Otras voces del imaginario argentino

El reclamo por el ejercicio de la soberanía argentina en las islas representó, como se ha visto, un punto de consenso entre actores políticos disímiles, desde la derecha a la izquierda, desde liberales a nacionalistas, desde el peronismo hasta el antiperonismo. Pero si se analizan las razones que permitían que actores tan diversos llegaran a ese acuerdo, se percibe que la evocación de Malvinas como símbolo de unidad nacional apenas podía disimular los importantes disensos que mantenían esos mismos actores. Podría decirse, aunque parezca paradójico, que la persistencia de Malvinas evidenciaba más el sentimiento de pérdida de la nación que la fortaleza de vínculos comunitarios instituidos. En este apartado se proponen tres ejemplos para pensar en estas paradojas.

El diputado socialista Alfredo Palacios propuso en 1946 repartir en todas las escuelas y bibliotecas nacionales el libro *Las islas Malvinas* de Paul Groussac. En el prólogo que escribió para su edición señaló que la causa de la pérdida de las islas se debía, sobre todo, al accionar de aquellos «tiranos» que, como Rosas en el siglo XIX, esclavizaban a su pueblo y provocaban la pérdida de sus bienes más preciados. Con este argumento, Palacios daba un rodeo para criticar a su enemigo del presente, el peronismo. ¿Cómo lo hacía? Reuniendo en su razonamiento la crítica al accionar del «imperialismo inglés» y al gobierno peronista que fue identificado por la oposición como el retorno de la barbarie rosista en el siglo XX.

El texto peronista, por su parte, se permitía pronunciarse sobre Malvinas en el manual de lectura *Obreritos*. En sus páginas, el reclamo por la soberanía argentina en las islas era una forma de denunciar a las clases políticas dominantes por haber identificado los intereses nacionales con los del imperio británico. El texto escolar, difundido durante los años del primer peronismo reiteraba los argumentos tradicionales de la diplomacia argentina en la demanda de soberanía, pero esta vez en el marco de un proyecto de nación que denominaba la «Nueva Argentina».

Por último, nos interesa destacar la palabra de los exiliados políticos en España en 1982, cuando la última dictadura militar convirtió la «causa justa» en una guerra. Los exiliados hicieron un intento por disociar la «causa justa de Malvinas» de la intervención militar decidida por la Junta. Por un lado, decían, está la causa Malvinas y el anti-imperialismo, y, por el otro, el terrorismo de

Estado. Los esfuerzos argumentativos no pudieron evitar que se junte lo que no debía juntarse: la apropiación del símbolo Malvinas por los responsables de las máximas violaciones a los derechos humanos en Argentina.

En este capítulo quisimos exponer algunas de las razones que pueden explicar la permanencia de la consigna «Las Malvinas son argentinas». Mitrisismo liberal, revisionismo conservador, revisionismo nacional y popular, anti-imperialismo, socialismo, idealismo juvenil, miradas desde el exilio, entre otras. Revisar con detalle estos idearios es un modo de evitar que el símbolo Malvinas –tan desacreditado después de la derrota militar– aparezca escindido de la historia nacional, como si perteneciera a otra cultura. La palabra Malvinas, aunque cortante, es un vocablo decisivo de nuestra historia. A través de ese nombre muchas generaciones de argentinos pensaron el destino de su propio país dejando, incluso, la propia vida en el intento.

fuentes

Hacia el último cuarto del siglo XIX se difundieron una serie de obras historiográficas que pensaban de manera global el pasado argentino.

Entre ellos, se destacan los escritos de Bartolomé Mitre: Historia de Belgrano (1877 es la fecha de su cuarta y definitiva edición), Historia de San Martín y la emancipación sudamericana. Muchos de los tópicos de estos libros se sedimentaron en la cultura, a tal punto que son retenidos aún en sus detractores. La obra que citamos aquí tuvo un alto asidero en la escuela y fue objeto de encarnizada disputa durante el siglo XX. Sus detractores la identificaron como una obra fundamental del canon de «la historia oficial» argentina y la acusaron de centralista, europeísta y elitista.

1 El siglo XIX: el mitrismo

BARTOLOMÉ MITRE, HISTORIA DE SAN MARTÍN Y LA EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA, (1887), VARIAS EDICIONES, FRAGMENTO, «LA EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA».

«Si la América del Sur no ha realizado todas las esperanzas que en un principio despertó su revolución, no puede decirse que haya quedado atrás en el camino de sus evoluciones necesarias en su lucha contra la naturaleza y con los hombres, en medio de un vasto territorio despoblado y de razas diversas mal preparadas para la vida civil. Está en la república posible, en marcha hacia la república verdadera, con una constitución política que se adapta a su sociabilidad, mientras que las más antiguas naciones no han encontrado su equilibrio constitucional. Ha encarado de hito en hito los más pavorosos problemas de la vida y resuéltoles por sí misma, educándose en la dura escuela de la experiencia y purificándose de sus vicios por el dolor. Obedeciendo a su espontaneidad, ha constituido sus respectivas nacionalidades, animadas de un patriotismo coherente que les garante vida duradera. Desmintiendo los siniestros presagios que la condenaban a la absorción por las razas inferiores que formaban parte de su masa social, la raza criolla, enérgica, elástica, asimilable y asimiladora, las ha refundido en sí, emancipándolas y dignificándolas, y cuando ha sido necesario, suprimiéndolas, y así ha hecho prevalecer el dominio del tipo superior



Campamento de los náufragos del *Uranie*, en las islas Malvinas (1820). Cailliet-Bois, Ricardo R., *Las islas Malvinas, una tierra argentina*. Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1952.

con el auxilio de todas las razas superiores del mundo aclimatadas en su suelo hospitalario, y de este modo el gobierno de la sociedad le pertenece exclusivamente. Sobre esta base y con este concurso civilizador, su población regenerada se duplica cada veinte o treinta años, y antes de terminar el próximo siglo la América del Sur contará con 400 millones de hombres libres y la del Norte con 500 millones, y toda la América será republicana. En su molde se habrá vaciado la estatua de la república democrática, última forma racional y última palabra de la lógica humana, que responde a la realidad y al ideal en materia de gobierno libre.

A estos grandes resultados habrá concurrido en la medida de su genio concreto, siguiendo el alto ejemplo de Washington y a la par del libertador Bolívar, el fundador de tres repúblicas y emancipador de la mitad de la América del Sur, cuya historia va a leerse y cuya síntesis queda hecha».

En 1933 el gobierno da a conocer el «pacto Roca-Runciman» por el cual en aras de mantener cuotas para la exportación de la carne en el mercado inglés, concede una serie de privilegios en la relación comercial con Gran Bretaña, lo que activa la protesta de muchos actores de la opinión pública. Se suscitan a partir de este hecho –y de la instalación de un monumento a George Canning– un conjunto de intervenciones públicas dentro del arco del nacionalismo argentino, dentro de la corriente historiográfica del revisionismo histórico. Desde la derecha revisionista, los hermanos Irazusta y el Diario Crisol denuncian la complicidad de las oligarquías locales con el imperialismo británico, desde la izquierda revisionista, la agrupación FORJA realizará un llamado colectivo para repudiar la estatua de Canning.

2 Revisionismo histórico conservador

A- JULIO Y RODOLFO IRAZUSTA, LA ARGENTINA Y EL IMPERIALISMO BRITÁNICO (1934), BS. AS., EDITORIAL INDEPENDENCIA, CAPÍTULO VIII: «VERDADERA HISTORIA DE LAS RELACIONES ANGLO-ARGENTINAS», 1982.

«Por si esa explicación del negocio redondo, poco menos que gratuito, realizado por Inglaterra al intervenir en nuestra emancipación, no bastara, recordemos la historia posterior de nuestras relaciones internacionales: veremos que, de esas intervenciones generalmente interesadas, una de las más interesadas ha sido la inglesa en el Río de la Plata. De los quilates de esa amistad tuvimos la cifra el año del tratado de 1825.

Las maniobras de Lord Ponsonby, su embajador en el Río de la Plata y el Janeiro, fueron causa importantísima entre quienes nos ocasionaron la pérdida de la Provincia, cuyo rescate fuera el objetivo a que nos había llevado Ituzaingó. Suya fue la primera sugestión de la independencia oriental como solución de la guerra argentino-brasileña (...).

De la consideración que le merecía el Estado [en referencia al Estado argentino] cuya independencia acababa de reconocer, reconocimiento que le agradece hasta hoy con tanto servilismo como un acto libertador, un vicepresidente argentino [por J. A. Roca, hijo], nos dio la primera advertencia arrebatándonos las Malvinas en 1833. La conquista de las bases navales en los puntos estratégicos de las rutas oceánicas era para ella más importante que el respeto de la fe eterna jurada en los tratados. En verdad no podemos jactarnos de haber conseguido que Inglaterra derogara en honor nuestro sus principios. Que el tratado de 1825 no alteró en lo más mínimo sus planes de expansión marítima, lo prueba la esmerada preparación del asalto de 1833. Uno de esos “amigos” ingleses de la Argentina (...) Mr. Woodbine Parish (...) mostró en efecto conocernos muy bien, aprovechando la crisis de 1829 para protestar “contra el decreto argentino que reorganizaba el comando de las Malvinas” (...). La primera gobernación de Rosas, con las facultades extraordinarias, explica el compás de espera en la maniobra británica, como las circunstancias en que aquél abandonó el poder en 1832 explican el sincronismo (veinte días de diferencia) entre la transmisión del mando en Buenos Aires y la toma del Puerto Soledad por el comandante Onslow. (...) El 8 de diciembre se elegía a Balcarce como sucesor de Rosas, después de alternativas que mostraron la división del partido federal dominante en dos facciones, la del mandatario saliente, partidaria

Restos de un Pucará, en
las cercanías de Darwin -
Goose Green (2007).



del gobierno fuerte, y la del mandatario entrante, partidario de las formas regulares, circunstancias que el sucesor de Mr. Woodbien Parish no podía ignorar. Y el 1° de enero de 1833 Inglaterra se apoderaba de las Malvinas. Si había asegurado la independencia argentina, era sin dudas respecto de otros Estados, no de ella misma.

Diez años más tarde, creyó llegado el momento de someternos definitivamente, desconociéndonos el derecho de bloquear los puertos de un país que nos había declarado la guerra, apresando nuestra escuadra, arriando de nuestros mástiles el glorioso pabellón azul y blanco, entregando nuestros buques al enemigo, y rehusando declararse en estado de beligerancia con nosotros después de sus enormes atentados contra el derecho de las naciones (...).

El cañón de Obligado, la luminosa carta de San Martín a Mr. Dickson, el recuerdo del contraste sufrido en 1807, y seis años de valor argentino persuadieron a Inglaterra de la inutilidad de sus esfuerzos. La convención Southern-Arana reconoció la justicia de nuestra causa. Después de seis años de lucha, nuestro gobierno [por el gobierno de Rosas] hacía aceptar en 1849 la posición defendida por él en 1843, y sobre dos puntos esenciales del conflicto ganaba terreno. Las primeras bases del arreglo postulaban el carácter internacional del río Uruguay y la devolución del saludo inglés a nuestra bandera; el arreglo definitivo internacionalizaba el río límite respecto de los dos Estados ribereños, pero no de los demás países, y no estipulaba la devolución del saludo. Durante las variadas fases del conflicto, durante las diversas misiones que hicieron desfilas por la “gran aldea” ilustres nombres de la diplomacia mundial del siglo XIX, nuestro gobierno dio la impresión más de una vez de hacer girar la discusión sobre minucias gramaticales, sobre palabras. Por ellas parecía sacrificar los cuantiosos intereses materiales del comercio trabados por el largo bloqueo en aras de viejos ídolos, como especies preciosas quemadas ante carcomidas imágenes de palo. Al final se vio que “soberanía”, “bandera”, nos devolvían con creces las realidades sustanciales que habíamos sacrificado en su honor. La gran afluencia de capitales empezó entonces; y como aceptaron venir sin condiciones, se nacionalizaron. Así lo prueba el hecho de que en esa época los capitales ingleses venían con nombres propios que dieron origen a grandes familias argentinas, mientras que en épocas posteriores vinieron anónimamente, en forma de sociedades cuyas sedes siguen siendo extranjeras y cuyas utilidades salen del país. Si lo que ahora [en referencia al año 1933] es sangría, entonces fue transfusión, se debió a nuestra firme voluntad de ser soberanos, a la garantía que ofrece todo Estado seguro de sí mismo. Ahora bien, nunca hemos manifestado esa voluntad de un modo más inequívoco que contra Inglaterra, cuya presión de conquista ha sido continua en el Río de la Plata, y única nación a la que le ganamos dos guerras [en referencia a las invasiones inglesas y la batalla de Obligado]».

B- DIARIO *CRISOL*, 9 DE NOVIEMBRE DE 1937

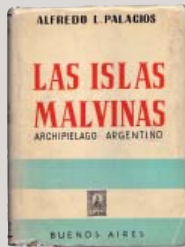
«Ni a Inglaterra ni a Estados Unidos –los dos ángulos sajones del triángulo masónico del que habla el canciller– le debemos nada espiritualmente. Hemos pagado y seguimos pagando con creces las libras esterlinas y los dólares que nos colocaron al más alto interés. No somos espiritualmente sajones. Ni por la sangre, ni por la fe somos sajones. Sólo reconocemos en última instancia una ascendencia espiritual y religiosa, latina e hispana. Y aunque tampoco vemos en aquella ascendencia otro lazo que el espiritual y rechazamos toda otra intervención, mucho más y con todas nuestras fuerzas, rechazamos la coyuntura que nos quiere imponer el canciller. Ni con Inglaterra ni con Estados Unidos».

El texto del volante que reproducimos se utilizó para publicitar el acto del día 9 de diciembre de 1937 «en defensa de la dignidad argentina agraviada con el monumento levantado en la Capital al fundador del nuevo coloniaje», según decían haciendo referencia a Canning. En el acto hablaban Arturo Jauretche y Raúl Scalabrini Ortiz.

3 Revisionismo histórico nacional y popular: FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina).

«Cien años después, la obra de dominación inglesa ha quedado completada y perfeccionada: Ingleses son los medios de comunicación y transporte. Inglesas las empresas monopolizadoras del comercio exterior. Inglesas en su mayor parte las empresas de servicios públicos. Inglesas las más grandes estancias de la República. Inglesas las mejores tierras de la Patagonia. Inglesas todas las grandes tiendas. Inglesas todas las empresas que rinden dinero y están protegidas por el Gobierno Argentino. Inglesas son las voluntades que manejan la moneda y el crédito desde el Banco Central. Inglesas son las directivas a que obedece nuestra política exterior e interior. Inglesas «son» las islas Malvinas y las Orcadas. Los designios de Canning se han cumplido. Los negocios ingleses se han conducido y se conducen con «habilidad». ¡POR ESO CANNING TIENE UNA ESTATUA EN BUENOS AIRES! Ciudadano: Reflexione que tal esclavización de un pueblo [...] operada arteramente durante un siglo por Gran Bretaña, sólo ha sido posible por la permanente y traidora entrega del país, realizada por nuestra oligarquía. En consecuencia, nuestra lucha de argentinos debe ser doble: contra el enemigo extranjero que invade y contra el enemigo de adentro que entrega. Y mientras el fascismo intenta la sustitución del coloniaje británico por el de otras potencias, y el marxismo trabaja por destruir la Revolución Nacional, las direcciones de la Unión Cívica Radical, empeñadas en su oportunismo electoralista, se oponen a la línea de intransigencia y de luchas argentinas».

En el año 1934, por iniciativa de Alfredo Palacios se promulga una ley que tenía como objetivo la traducción al castellano del libro de Paul Groussac, Les îles Malouines (1910). Este libro, escrito por este intelectual francés radicado en Argentina, y que supo ser toda una referencia cultural a partir de sus críticas en el Diario La Nación y de su desempeño como director de la Biblioteca Nacional, tuvo una enorme importancia para la «cuestión Malvinas», ya que en él se resumen las líneas argumentativas más importantes que luego serían retomadas por la diplomacia argentina para justificar el reclamo por la soberanía de las islas.



4 Alfredo Palacios

ALFREDO PALACIOS, «PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN» (9/7/1946) EN: *LAS ISLAS MALVINAS* (1934), BUENOS AIRES, CLARIDAD, SEGUNDA EDICIÓN, 1946.

«Hemos afirmado nuestra soberanía desde el día de la emancipación.

Sólo se oscureció el concepto de dignidad nacional cuando tuvimos dictadores. Durante la tiranía de Rosas, representante del espíritu colonial, se quiso renunciar a la soberanía de las Malvinas para pagar un empréstito, comerciando así con el honor argentino.

Rosas, a quien venció el pensamiento de Alberdi, que tuvo como instrumento la fuerza de Urquiza, no pudo mantener la defensa de la soberanía porque el pueblo estaba esclavizado.

En 1837, el tirano anuncia el fallecimiento del Rey Guillermo IV “por cuyo infausto acontecimiento mandó a los empleados civiles y militares que vistiesen luto tres días consecutivos”. En 1842, con expresión equívoca, dice refiriéndose a Malvinas en su mensaje a la Legislatura: “el gobierno espera una resolución equitativa y honorable que terminará amistosamente la cuestión”. Dio instrucciones al ministro Plenipotenciario Dr. Moreno: “Insistirá –le dijo–, así se presente la ocasión, en el reclamo respecto a la ocupación de las islas Malvinas y entonces explotará con sagacidad, sin que se le pueda hacer trascender ser idea de este gobierno, si habría disposición en el S. M. B. a hacer lugar a una transacción peculiar que sería para cancelar la deuda pendiente del empréstito argentino.

Derrotado, Rosas, se refugió en la legación británica y pidió asilo en Inglaterra, donde vivió hasta el final de sus días, amparado por instituciones libres, que él desdeñó para su patria.

Durante la reciente dictadura que humilló al país [nota: se refiere a la conocida como Revolución de Junio de 1943], la efígie de Rosas reemplazó a la de Sarmiento en algunos establecimientos de educación, ignominia que quedó impune.

Conviene, por eso, decir ahora, que cuando en 1866, el gran sanjuanino se encontraba en Estados Unidos representando a nuestro país, se dirigió al ministro de Relaciones Exteriores [...], pidiendo autorización amplia para exigir de los Estados Unidos –cuyo gobierno había facilitado en 1832 la ocupación de las Malvinas por el Imperio Británico–, las siguientes reparaciones:

- Saludar a la bandera de la República Argentina en desagravio de las ofensas que se le infirieron.
- Pagar a la República Argentina la indemnización de todos los daños, inclusive la pérdida de las islas Malvinas, sin que esto implique renuncia a recuperarlas de parte de la República Argentina.»

La figura del gaucho Rivero suscitó una serie de polémicas que excedieron el campo historiográfico y que cobraron importancia a mediados del siglo XX argentino, cuando ya está firmemente instalada la idea de que el gaucho es el sujeto nacional por excelencia. En la fuente que a continuación exponemos, presentamos una nota de la antropóloga Rosana Guber en la que se narra tanto la historia del gaucho Rivero como las controversias historiográficas que suscitó su figura.

5 El gaucho Rivero

ROSANA GUBER, «EL GAUCHO RIVERO Y LAS INTERPRETACIONES DE UNA HISTORIA» EN: «1966: LA OTRA OPERACIÓN CÓNDOR», EN TODO ES HISTORIA, N° 417, ABRIL DE 2002.

«Los miembros del operativo atribuyen su elección de Rivero a la inspiración historiográfica revisionista, cuya retórica antiimperialista, anti-liberal y proclive a los regímenes “fuertes” como el rosismo, era de consumo corriente en los años 1960. La historiografía “riverista” venía cobrando cierto auge en la literatura desde los tempranos ‘60, pero terminó de cobrar estado público a raíz del operativo, en crecientes espacios periodísticos (...).

Según sus historiadores, Antonio Rivero era oriundo de la provincia de Entre Ríos, y uno de los peones que en 1829 el comerciante hamburgués Luis Vernet –delegado del gobierno de la Provincia de Buenos Aires y nuevo gobernador de las Islas Malvinas–, llevó a esta colonia para faenar ganaderas. Vernet abandonó la aldea Puerto Luis, por entonces capital de las islas, en 1831 (...).

Después del desembarco británico en Puerto Luis el 3 de enero de 1833, las rebautizadas «Falklands» quedaron bajo la tutela de un ex lugarteniente de Vernet, el dispensero William Dickson, reemplazado luego por el nuevo administrador Mathew Brisbane (...).

En agosto de 1833, un grupo de peones se rebeló contra la nueva administración. El hecho fue interpretado como un acto de afirmación patriótica y antiimperialista por los historiadores riveristas. Su desencadenante, sin embargo, habría sido el rechazo británico de los vales con que Vernet solía pagarle a su gente para abastecer la cantina. Ante la “falta de noticias de Buenos Aires, de donde esperaban la reconquista de las islas” los catorce criollos decidieron alzarse contra los diecisiete extranjeros que contaban con mejores armas –fusiles y pistolas– para oponerse a las boleadoras y facones. Viendo que no se concretaba “la llegada inminente de la flotilla porteña”, Rivero encabezó la rebelión. Cuando el teniente Lowe salió a cazar lobos marinos el 26 de agosto de 1833, los gauchos Rivero, Brasido, Luna, Flores, Godoy, Salazar, González y Latorre tomaron la casa de la Comandancia, mataron a Dickson, Simon y Brisbane, arriaron el pabellón inglés e izaron la bandera argentina que flameó durante cuatro meses.

La figura del Gaucho Rivero. En este caso ilustra la portada de la publicación homónima de los veteranos de guerra.



El buque Challenger llegó el 7 de enero de 1834, y la tropa inglesa comenzó a perseguir a los rebeldes. Luna pidió el perdón británico y abandonó a su jefe; los restantes siguieron peleando en los alrededores de Puerto Luis. El teniente Smith llevó a Luna como baqueano y organizó una batida por la isla para apresar a Rivero, pero sólo consiguió detener a fines de febrero a cuatro criollos (...).

Perseguido y sin noticias de Buenos Aires”, Rivero fue cercado por dos grupos de fusiles; con la entrega de sus armas cesó “la última resistencia” contra la “usurpación inglesa”. La goleta Beagle lo trasladó a Inglaterra (...).

En 1838 fue embarcado a Sudamérica y liberado en Uruguay. Algunos investigadores afirman que de Montevideo pasó a Entre Ríos, su tierra natal. En esos días confiesa haber descubierto (...) Leguizamón Portal que el capitán Rivero cayó en la batalla de Obligado, el 20 de noviembre de 1845, luchando contra los invasores ingleses y franceses; las primeras víctimas de la hecatombe murieron cantando el Himno Nacional Argentino en las barrancas, entonado por las bandas militares del Regimiento N°1 de Patricios de Buenos Aires.

El entusiasmo “riverista” de historiadores profesionales y legos de diversa orientación política, obligó a los historiadores de la Academia Nacional de la Historia, a pronunciarse. La Academia desmintió el carácter “patriótico” de

este “alzamiento” en un dictamen de abril de 1966. Se basaba para ello en Les Iles Malouines (1910), primer ensayo de los derechos argentinos en el archipiélago, del francés Paul Groussac, historiador conservador y literato que integró la generación de 1880. En su tratado, Groussac citaba las referencias del naturalista y viajero Fitz Roy, quien tras su paso por las islas, describió la rebelión de Rivero como un mero asesinato, y a los gauchos como “bandidos” y “bárbaros feroces” (...).

Los riveristas, que criticaban a la Academia Nacional de Historia y al mismo Groussac por basarse en fuentes británicas, sostenían que la rebeldía de Rivero venía de su conciencia de enajenación económica por la ocupación británica, la traición de los colonos de Vernet y de la indiferencia del Estado de Buenos Aires. Sin embargo, admitían carecer de evidencia suficiente sobre el final de Rivero. Para ellos, este desenlace era plausible: “sin lugar a dudas, la presencia y muerte de Antonio Rivero en ese combate hubiera sido un hecho lógico en la trama de su dramático destino (...): la defensa de la soberanía argentina».

El 28 de septiembre de 1966, y bajo el gobierno dictatorial de Onganía, un grupo de civiles con fuertes creencias nacionalistas, comandados por Dardo Cabo y Cristina Verrier, secuestran un avión de Aerolíneas Argentinas que tenía como destino a la ciudad santacruceña de Río Gallego y obligan al piloto a aterrizar en las islas Malvinas.

6 El Operativo Cóndor

DECLARACIÓN DE «LOS CÓNDORES» (8/10/1966) EN: GUBER, R., ¿POR QUÉ MALVINAS? DE LA CAUSA NACIONAL A LA GUERRA ABSURDA, BS. AS., FCE, 2001.

«Una generación que asume sin titubeos la responsabilidad de mantener bien alto el pabellón azul y blanco de los argentinos, y que prefiere los “hechos a las palabras”.

La responsabilidad de nuestra soberanía nacional siempre fue soportada por nuestras FF.AA. Hoy consideramos le corresponde a los civiles en su condición de ex soldados de la nación demostrar que lo aprendido en su paso por la vida militar ha calado hondo en sus espíritus pues creemos en una patria justa, libre y soberana.

O concretamos nuestro futuro o moriremos con nuestro pasado.»

Cuando la Junta Militar tomó el control de Malvinas el 2 de abril de 1982, se disparó una polémica al interior de los exiliados políticos argentinos: apoyar la guerra en nombre del antiimperialismo más allá de quien la comande o hacer prevalecer la ilegitimidad de un gobierno que tenía un accionar terrorista. Algunos de los ribetes de esta polémica están recogidos en el libro de León Rozitchner, Malvinas. De la guerra «sucía» a la guerra «limpia». Ofrecemos aquí uno de los comunicados emitidos por los exiliados políticos argentinos en Madrid.

7 Los exiliados políticos y la guerra

COMUNICADO DEL CLUB PARA LA RECUPERACIÓN DEMOCRÁTICA ARGENTINA (ABRIL DE 1982)

Ante la ocupación de las islas Malvinas

1. Las islas Malvinas como posesión británica constituyen una rémora colonial. Es exigible a todo argentino, y lo ha sido siempre, que manifieste por acciones o de palabra, su deseo de recuperar ese territorio al patrimonio nacional por encima de cualquier interés partidario.
2. La Argentina padece una dictadura militar genocida jaqueada por levantamientos populares cada vez más fuertes e insistentes, el último de los cuales ocurrió el 30 de marzo en que miles de personas se lanzaron a la calle a exigir «paz, pan y trabajo» y fueron reprimidos brutalmente. Es en estos momentos que el gobierno militar decide ocupar las islas.
3. Las Malvinas están nuevamente bajo soberanía nacional. Pero no podemos dejar de advertir que esa acción en este momento constituye un intento por transferir al exterior las insostenibles contradicciones internas que ha generado el propio gobierno genocida, quien pretende exaltar el natural deseo de la integración nacional con el fin de desviar la atención del problema principal y perentorio, resumido en los siguientes puntos:
 - La aparición con vida de los detenidos-desaparecidos y la libertad de los presos políticos y gremiales.
 - El pleno imperio de la soberanía popular.
 - La instauración de una política económica de defensa del patrimonio nacional y de los intereses del pueblo, en contrario de la actual que ha significado hambre, entrega y miseria para el conjunto de la población.

Madrid, 3 de abril de 1982

ANTE LA OCUPACIÓN DE LAS ISLAS MALVINAS:

El 28 de septiembre de 1966, durante la dictadura militar del general Onganía, un grupo de militantes del Movimiento Peronista agrupados en lo que se denominó Comando Cóndor, se trasladó en avión hasta las islas y procedió a la ocupación de las mismas, haciendo coincidir la acción con la llegada a Buenos Aires del duque de Edimburgo.

Los ocupantes fueron apresados por tropas de las Fuerzas Armadas Argentinas, que los trasladaron a Ushuaia y poco después la justicia federal de nuestro país los condenó a varios años de cárcel.

Tres de los integrantes de ese grupo, años después, sufrirían en carne propia la política represiva del gobierno que hoy repite oficialmente la ocupación.

Uno de ellos era Dardo Cabo, quien después de estar detenido desde 1975 fue asesinado en las cercanías de La Plata al ser trasladado por fuerzas policiales. Con Cabo se inició una larga lista de muertos en «intentos de fuga» montados prolijamente por los militares argentinos.

Los otros dos nombres son Aldo Ramírez –desaparecido en septiembre de 1977– y un militante de apellido Salcedo, desaparecido poco después del golpe del 24 de marzo de 1976.

8 Monte Longdon

Muchos de los soldados argentinos destinados en Malvinas habitaron paisajes como el de esta fotografía, tomada en el año 2007. Cavaron sus posiciones en las laderas de los montes de las islas, entre las rocas, o en planicies de Darwin - Goose Green. Durante los días que duró la guerra, enfrentaron condiciones de vida durísimas, no sólo por las circunstancias ambientales sino también por problemas con los abastecimientos y los bombardeos británicos. A las lloviznas y lluvias casi constantes se sumó la humedad del suelo; a la escasez de comida y abrigo, la tensión producida por los avances británicos, y los bombardeos aéreos, navales y terrestres.

En el Monte Longdon, al Norte de Puerto Argentino, se produjeron algunos de los combates más encarnizados de la guerra.



propuestas

para trabajar en el aula

En este capítulo propusimos reflexionar sobre los sentidos de las islas Malvinas en el imaginario argentino previo a la guerra de 1982 como un modo de pensar las ideas de «nación» y de «pasado nacional». A continuación ofrecemos una serie de propuestas que pueden orientar estas reflexiones.



CONSIGNA DE INVESTIGACIÓN

Las fuentes citadas en este capítulo están marcadas por las discusiones políticas que se libraron en la Argentina durante el siglo XIX y XX. Sin el contexto de producción de esos discursos tal vez se vuelve difícil comprender su sentido. Se puede proponer un ejercicio de contextualización de algunas de las fuentes. Sugerimos elegir: el mitrismo; el revisionismo histórico conservador; y el revisionismo histórico nacional y popular.

- ¿Qué pasaba en el país cuando se produjeron esos discursos? ¿Quién gobernaba? ¿Qué modelo económico regía? ¿Qué tipo de luchas sociales había? ¿Qué relación se puede establecer entre el contexto y las ideas que sostienen las fuentes?
- En un segundo momento se puede proponer que se reconstruya lo que cada una de esas corrientes dice acerca de la historia y de la idea de nación. Conviene tener presente que se trata de discusiones historiográficas, esto es: debates sobre cómo se narra la historia, sobre cuál es la forma legítima de contar aquello que pasó. (¿Desde la voz de los protagonistas? ¿Instituyendo héroes? ¿Escuchando a los oprimidos? ¿Desde los documentos? ¿Desde la historia oral?).



CONSIGNA DE PRODUCCIÓN

Uno de los objetivos de este capítulo es pensar la idea de nación atendiendo a que en muchos casos pronunciarse sobre Malvinas fue un modo de pronunciarse sobre la nación. Se pueden elegir dos o tres de las fuentes con vistas a pensar qué idea de nación se desprende de ellas.

- Las preguntas de la introducción pueden ayudar en este sentido: ¿Cómo definen la idea de nación? ¿En función de un territorio, de un conjunto de derechos, de un pasado en común, de un proyecto de justicia a construir, de la posibilidad de apropiarse de las riquezas naturales y materiales? ¿Cómo gravita en la definición la relación con Gran Bretaña? ¿Qué palabras se eligen para hablar de los problemas nacionales: patria, colonia, nación, potencia? ¿Por qué se recurre a las islas Malvinas como una excusa para pensar la nación? ¿Qué claves se encuentran en la historia de ese territorio?



CONSIGNA DE INVESTIGACIÓN

- La figura del Gaucho Rivero tiene una dimensión mítica. Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre su significado y diferentes grupos políticos se la han apropiado desde su propia óptica (por ejemplo, los Cóndores rebautizando a Puerto Stanley como Puerto Rivero). Se puede sugerir leer la fuente sobre el Gaucho Rivero, buscar otros materiales y escribir un perfil sobre su figura.
- Sugerimos trabajar articulando las dos dimensiones, esto es: preguntar quién fue el Gaucho Rivero pero, a la vez, tener presente que cualquier respuesta a esa pregunta implicará una posición política frente a la historia.



CONSIGNA DE DISCUSIÓN

- Se puede armar un debate en torno al Operativo Cóndor, que un grupo se dedique a argumentar a favor de la acción y que otro grupo, por el contrario, se oponga. Para argumentar una u otra postura se pueden tomar elementos de las fuentes citadas en este capítulo.



CONSIGNA DE PRODUCCIÓN

- Se puede proponer que los estudiantes escriban un texto argumentativo en el que señalen la importancia del reclamo por la soberanía argentina sobre las islas. Para hacerlo deberán utilizar, ya sea para refutar o para apoyar su argumentación, algunas de las ópticas citadas en este capítulo (el mitrismo, el revisionismo conservador, el revisionismo nacional y popular).



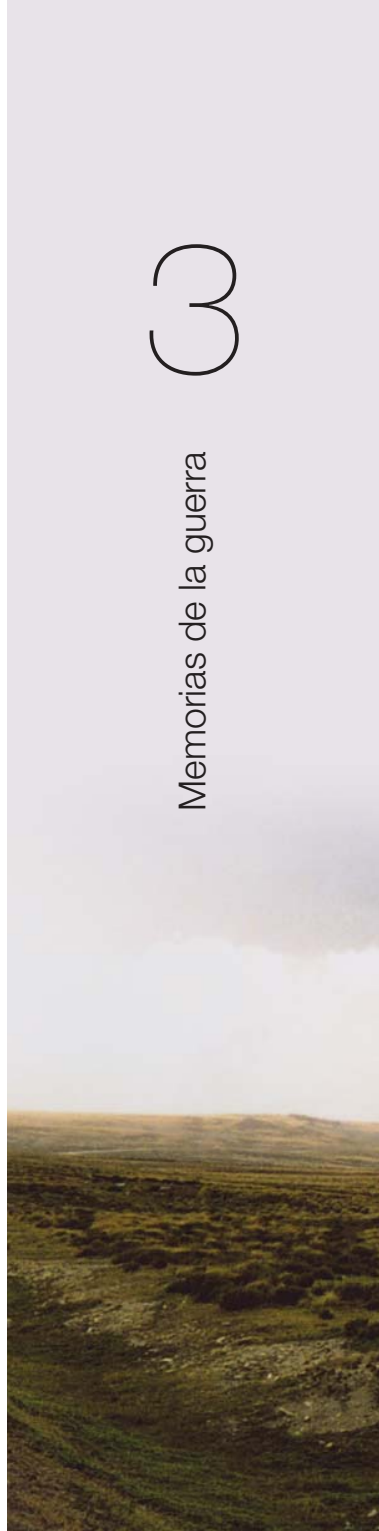
CONSIGNA PARA LA IMAGEN

Los lugares están cargados de historia y de memoria. Nuestra mirada sobre esos lugares está condicionada indefectiblemente por la información que tenemos acerca de lo que vemos. Existe una relación estrecha entre imágenes y palabras. John Berger, tal como se reseña en el capítulo quinto, dice que las fotografías públicas –a diferencia de las privadas sobre las que suele hablarnos algún pariente– en muchas ocasiones carecen de relatos que las cuenten y nos ayuden a comprenderlas.

- Con la foto de este capítulo se puede trabajar en torno a este problema: ¿Qué imaginamos acerca del territorio que vemos en la imagen? ¿Qué sabemos acerca de ese territorio? ¿Nos dice algo la foto sola? ¿Qué significados tiene? ¿De dónde provienen esos significados? ¿Qué lugar geográfico es el de la foto? ¿Qué otro lugar podría ser? ¿A qué otro paisaje de la Argentina remite? ¿Cómo nos cambia la mirada después de recibir información sobre ese territorio?

- En este capítulo hemos propuesto un recorrido por algunas de las palabras que diferentes actores de la historia nacional dijeron sobre Malvinas. Se puede elegir a algunos de esos actores e imaginar qué hubieran dicho sobre esta imagen: ¿Qué epígrafe hubieran escrito Mitre, el Gaucho Rivero, Scalabrini Ortiz, Julio y Rodolfo Irazusta, los responsables del Operativo Cóndor, entre otros?
- Otra posibilidad, después de haber trabajado con alguno de los problemas del capítulo, es discutir con los estudiantes acerca de la elección de esta fotografía: ¿por qué creen que elegimos esta imagen para este capítulo?

Memorias de la guerra



EL FILÓSOFO HÉCTOR SCHMUCLER dice que la historia argentina reciente se ha sostenido en dos intenciones de olvido: los desaparecidos y la derrota en Malvinas. «No es la verdad histórica lo que intenta olvidarse –escribe en la revista *Confines*–, sino la responsabilidad de preguntarse por qué el crimen se hizo posible. No lo que ocurrió, sino cómo ocurrió». En este capítulo ofrecemos una serie de fuentes que permiten pensar en la construcción de las memorias de la guerra de Malvinas. Desde distintos lugares y con distintas entonaciones, diversas voces se preguntan una y otra vez cómo reflexionar sobre esta causa nacional, cómo procesar la guerra y cómo establecer puentes entre el pasado, el presente y el futuro.

La memoria, a diferencia de la historia, no intenta recuperar procesos totales ni instituir héroes sino que constituye relatos –muchas veces fragmentarios y marcados por matices– que dejan en evidencia los sentidos en pugna que caracterizan al pasado reciente. La diversidad de memorias sobre la guerra de Malvinas obliga a realizar un recorte, en este capítulo se lo ha hecho en función de destacar los problemas nodales de la posguerra. El capítulo está organizado en tres tramos:

LA DERROTA

¿Qué discursos circularon después de la derrota? ¿Qué dijeron los responsables directos de la guerra? ¿Qué otros discursos surgieron al interior de las propias Fuerzas Armadas? ¿Qué opinó «la calle»? ¿Qué sentidos inéditos pueden aportar las voces de un grupo de niños entrevistados en 1983?

LOS AÑOS OCHENTA

¿Cuáles fueron los discursos que se instituyeron en la década del ochenta? ¿Qué palabras pronunció la naciente democracia, a través de la figura del Presidente Raúl Alfonsín, sobre Malvinas y la guerra? ¿Por qué se abrió y qué fue el proceso de «desmalvinización»?

¿Cómo aparecieron en escena los ex combatientes? ¿Qué discursos construyeron sobre su experiencia en la guerra? ¿Cómo se vincularon con la historia nacional, cómo se apropiaron del legado de las luchas por la emancipación?

LOS MONUMENTOS Y LA MEMORIA COLECTIVA

¿Qué nos dicen de la memoria colectiva los monumentos que se esparcen por todo el territorio nacional para recordar la causa Malvinas y a los caídos? ¿Qué disputas aparecen en ellos sobre las formas del recuerdo? ¿Quién construye esos sitios de memoria, el Estado, los familiares, los sobrevivientes, los propios pueblos?

La derrota

«¿Qué guerra terminó en las islas Malvinas, el 14 de junio de 1982? ¿Qué guerras empezaron ese mismo día?», pregunta Federico Lorenz en su libro *Las guerras por Malvinas*. Revisar las guerras que empezaron cuando termi-



Calcomanías repartidas por algunas agrupaciones de ex combatientes en la vía pública (década del noventa).

nó el conflicto armado obliga, en principio, a detenerse en los modos en que se procesó la derrota.

Los responsables de las Fuerzas Armadas, promotores de la guerra, fueron los mismos que hicieron esfuerzos importantes por denegar el episodio y sus consecuencias trágicas a través del ocultamiento de quienes habían vuelto de las islas. En diferentes guarniciones se obligó a los soldados a firmar un documento en el que se los conminaba a mantener el silencio, lo que en muchos casos implicaba callar los malos tratos recibidos de sus propios jefes.

El intento por borrar las huellas de la guerra se emparentaba con la metodología que los responsables del terrorismo de Estado habían aplicado contra una enorme cantidad de militantes de organizaciones populares desde mediados de la década del setenta. La diferencia radicaba en que ahora la estrategia se aplicaba sobre quienes habían atravesado la experiencia límite de la guerra: no se los desaparecía pero se los ocultaba por considerarlos símbolos vergonzantes.

Los militares argentinos creían que de este modo era posible evadir la responsabilidad que habían tenido en el planeamiento, la ejecución, el desarrollo y el desenlace de la guerra. Sin embargo, esto no fue posible, entre otras cosas por las conclusiones del llamado Informe Rattenbach. Este documento fue elaborado en diciembre de 1982, durante el gobierno de Reynaldo Bignone, por una comisión creada por la propia dictadura como un último intento de recuperar la legitimidad perdida. El Informe califica a la guerra de «aventura militar» y es contundente a la hora de probar que primó la improvisación. Dice en uno de sus tramos: «Los procedimientos adoptados por la Junta Militar condujeron a la Nación a la guerra sin una adecuada preparación, contradiciendo normas esenciales de planificación y engendrando así errores y omisiones fundamentales que afectaron la orientación estratégica

militar y la coherencia de la planificación contribuyente. Todo ello constituyó una causa decisiva de la derrota».

Los argumentos del Informe Rattenbach eran irrefutables pero no podían por sí solos paliar ni los daños sociales ni las heridas de los ex combatientes. Por otro lado, como nunca fue publicado oficialmente, su difusión se vio limitada, lo que favoreció a quienes cuestionaban sus conclusiones por considerarlas negativas para la reconstrucción de la imagen de las Fuerzas Armadas.

Para trabajar en estos problemas sugerimos como fuente un extracto del libro *Gesta e Incompetencia* del Teniente General Martín Balza. Allí se retoman las conclusiones del Informe Rattenbach y, sin obviar los comportamientos heroicos que existieron en las islas, se subrayan las severas falencias que existieron en la conducción de la guerra.

Asimismo, proponemos indagar en las responsabilidades sociales. ¿Cómo reaccionó frente a la derrota una sociedad que había apoyado –con matices pero con firmeza– el intento de recuperación de las islas Malvinas? Sugerimos como fuente una serie de encuestas callejeras realizadas por la revista *El Porteño* en agosto de 1982 para una nota titulada «El ánimo de los argentinos». A la hora de expresar el sentimiento ante el fracaso en Malvinas hay una palabra que se repite: «defraudado». «Me siento defraudado», dicen hombres y mujeres de diversas edades. Un señor mayor sintetiza esta actitud social con una metáfora: «nos sentimos peor que si nos hubiera agarrado sarpullido».

Estas voces invitan a un debate sobre aquellos años que aún no ha sido saldado: ¿Cómo indagar en la responsabilidad social cuando esa misma sociedad fue, a su vez, víctima del terrorismo de Estado? ¿Cómo posicionarse frente a este problema sin caer en simplificaciones y pensar en términos de «víctimas inocentes», por un lado, y «cómplices» por el otro? ¿Cómo detectar

las pequeñas desobediencias que la sociedad desarrolló para oponerse a la dictadura sin eludir la pregunta por las responsabilidades colectivas?

Por otro lado, ofrecemos las opiniones de un grupo de niños, que fueron entrevistados por Hugo Paredero en 1983. Ellos exhiben con asombro, humor e inocencia las contradicciones que acarrea Malvinas y que las voces adultas muchas veces reprimen o minimizan. Un niño propone organizar un campeonato deportivo para ver quién se queda con las islas; una nena dice temerle más a los militares argentinos que a Margaret Thatcher; un tercero cuenta que en la escuela le dijeron que el muerto argentino vale más que el inglés; otro opina que los argentinos se tendrían que haber dado cuenta que la guerra no era tan fácil como el mundial. Y María Guillermina Mac Donald de 9 años afirma: «Todos son malos, los ingleses y los militares argentinos. Así que no se sabe a qué lado tengan ganas de pertenecer las Malvinas».

Los años ochenta

Buena parte de las dificultades para procesar la guerra de Malvinas e inscribirla en la historia nacional estuvieron vinculadas a los dilemas que debió afrontar la naciente democracia. ¿Cómo sostener en 1983 un discurso nacionalista sin quedar asociado al terrorismo de Estado? ¿Cómo disputarle a las fuerzas más reaccionarias de la sociedad el sentido de palabras como «patria» o «soberanía»? ¿Cómo impedir que los responsables del terrorismo de Estado se legitimen arguyendo que fueron ellos los que lucharon por la soberanía nacional? ¿Cómo escribir en el pizarrón escolar «Las Malvinas son argentinas» sin sentir el agobio de la guerra?

Raúl Alfonsín, el presidente radical electo en 1983, tuvo que afrontar estas tensiones. Algunas de ellas se explicitan en un discurso que pronunció en abril de 1984, cuando se cumplía el segundo aniversario de la guerra de Malvinas y el primero en democracia. Sus palabras convocaban al ejército y



Acto de las agrupaciones de ex combatientes en el Cabildo de Buenos Aires, 1986.

a la sociedad a recuperar el concepto de ciudadanía enfatizando que la defensa del territorio y el ejercicio de la soberanía debían quedar supeditados al mandato de las instituciones democráticas legitimadas por el voto popular. Su astucia política le permitió encontrar un concepto para nombrar a los soldados y a los militares priorizando la institucionalidad democrática, en esa oportunidad los llamó «ciudadanos de uniforme».

Se sugiere trabajar con este discurso de Alfonsín, ya que incluye algunas ideas claves para entender qué pasó con Malvinas en los primeros años de la posguerra. Para enriquecer el sentido de ese discurso traemos un fragmento de una entrevista al politólogo francés Alain Rouquié, que en ese entonces era consultor de Alfonsín. En marzo de 1983 decía en la revista

Acto de los ex combatientes frente a la Torre de los Ingleses, ciudad de Buenos Aires, 1983.



Humor: «Ahora, con este error, esta debacle, esta utilización incalificable de la tropa y el material, puede que se desacralicen las Fuerzas Armadas. Con una condición –que los militares no aceptarán fácilmente– que es ésta: «quienes no quieren que las Fuerzas Armadas vuelvan al poder, tienen que dedicarse a “desmalvinizar” la vida argentina. Esto es muy importante: desmalvinizar. Porque para los militares las Malvinas serán siempre la oportuni-

dad de recordar su existencia, su función, y un día de rehabilitarse intentarán hacer olvidar la “guerra sucia” contra la subversión y harán saber que ellos tuvieron una función evidente y manifiesta que es la defensa de la soberanía nacional. Por eso toda la diplomacia argentina está hoy dedicada a revalorizar Malvinas. Por supuesto que es una reivindicación histórica respetable, pero no es solamente eso; y malvinizar la política argentina agregará otra bomba de tiempo en la Casa Rosada».

En Semana Santa de 1987, Alfonsín se enfrentó con una de esas bombas de tiempo que señalaban los límites de la institucionalidad democrática. Un grupo de militares se amotinó en Campo de Mayo exigiendo la suspensión de los juicios a los militares comprometidos con la represión. Ante las presiones de los carapintadas, el Presidente se vio obligado a negociar lo que en el futuro sería la ley de Obediencia Debida. En el famoso discurso que pronunció en Plaza de Mayo ante una multitud que había salido a la calle a defender la democracia, empezó diciendo: «Compatriotas, felices pascuas. Los hombres amotinados han depuesto su actitud». Y durante el desarrollo de su argumentación, en lugar de centrarse en la revalorización de las instituciones democráticas y republicanas como había hecho en 1984, optó casi por exculpar el motín argumentando que muchos de los carapintadas eran «héroes de Malvinas». Dijo: «Se trata de un conjunto de hombres, algunos héroes de la guerra de Malvinas, que tomaron esta posición equivocada y que reiteraron que su intención no era provocar un golpe de Estado. Para evitar derramamiento de sangre he dado instrucciones a los mandos del Ejército para que no se procediera a la represión y hoy podemos todos dar gracias a Dios, la casa está en orden y no hay sangre en la Argentina».

La antropóloga Rosana Guber analiza en su libro *¿Por qué Malvinas?* estas intervenciones de Alfonsín, el viraje que va de los «ciudadanos de uniforme» a los «héroes de Malvinas». Escribe: «¿Cómo convertir, repentinamente, a esos militares en héroes justamente cuando el punto de conflicto eran

crímenes de lesa humanidad? Por eso, las palabras de Alfonsín encerraban dos dilemas de difícil superación: uno era cómo someter a juicio por tortura, desaparición y muerte de otros argentinos a estos héroes de la Nación; el otro era calificar de “héroes” a los rebeldes uniformados, sin aludir a los civiles que también habían participado en el teatro de operaciones y que ahora respaldaban la democracia: los ex combatientes»³.

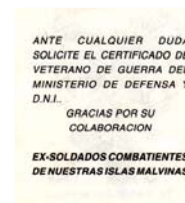
Los ex combatientes protagonizaron las más destacadas «batallas simbólicas» de la posguerra. En principio, debieron disputar su lugar social con una serie de discursos que los fijaban en tres representaciones cerradas. Se los veía como protagonistas no entrenados del evento bélico, como el retrato del patriotismo de los argentinos o como víctimas del autoritarismo del régimen. Ninguna de estas miradas coincide del todo con sus propias vivencias de la guerra y la posguerra, atravesadas por dilemas y paradojas. Los testimonios citados en este capítulo, extractados del libro *Partes de guerra*, lo evidencian con claridad, sobre todo porque la mayoría de ellos critican lo que sucedió en Malvinas pero no se privan de afirmar: «volvería a hacerlo».

Por otro lado, hay que destacar la elaboración política que realizaron muchas organizaciones de ex combatientes, centrada en articular la guerra con viejas luchas políticas argentinas y despegarla de la dictadura. Las fuentes elegidas para documentar este tramo exhiben con claridad este esfuerzo: el volante que convoca a una marcha impugna a la dictadura por todas sus acciones y exige «juicio y castigo a los responsables del genocidio, la entrega económica y la traición de Malvinas»; el documento explica que convocar a un acto frente al Cabildo es un modo de enlazarse con quienes en otro tiem-

po histórico pelearon por la «liberación nacional»; y el artículo de la revista *Entre Todos* no duda en levantar la bandera del anti-imperialismo.

En este sentido puede ser interpretado el acto ocurrido el 2 de abril de 1983 en la Plaza de los Ingleses, cuando algunos grupos de ex combatientes, acompañados por las juventudes políticas de los partidos más importantes, conmemoraron el primer aniversario del desembarco argentino en las islas. Allí se corearon consignas contra la dictadura, se quemaron imágenes con los rostros de Videla y Martínez de Hoz, y se arrojó al Río de la Plata el monumento de George Canning (el canciller inglés responsable de promover en la Argentina las políticas de expansión imperialistas de Gran Bretaña). De este modo, los ex combatientes buscaban instalarse en la escena pública no como víctimas de una operación de manipulación decidida por la Junta Militar, sino como protagonistas activos de la vida política. Los que habían sido capaces de arriesgar su vida por la nación –y no la cúpula militar– tenían razones de sobra para proclamarse legítimos herederos de las tradiciones políticas emancipadoras.

Sin embargo, este discurso anti-imperialista colisionará, en los primeros años ochenta, con un sentido común –presente, sobre todo, en los grandes centros urbanos del país– que consideraba que todo aquel que evocase la simbología patria quedaba inmediatamente asociado a la última dictadura militar. Los analistas Mirta Amati y Alejandro Grimson han demostrado que en ese período se instaló con fuerza la idea de que la «nación» se escribía con «Z», esto es, que todo aquel que se declarase nacionalista resultaba sospechoso de simpatizar con el «nazismo»⁴. Los ex combatientes de



3. GUBER, R., ¿Por qué Malvinas?: de la causa nacional a la guerra absurda, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

4. AMATI, M. y GRIMSON, A., «Sociogénesis de la escisión entre democracia y nación. La vida social del ritual del 25 de Mayo» en: Nun, José (comp.), Debates de Mayo, Buenos Aires, Gedisa, 2005.



Malvinas percibieron este proceso y lo bautizaron con el nombre de «des-malvinización».

Los monumentos y la memoria colectiva

La prueba más certera de que Malvinas pervive en las memorias populares la entregan los innumerables monumentos dedicados a Malvinas que se esparcen por todo el territorio nacional, al decir de Federico Lorenz «como las cuentas de un collar al que se le ha cortado el hilo». Están en las grandes ciudades y en las más chicas; los hay desmesurados y humildes; algunos fueron levantados por el Estado y otros por los familiares y amigos de los caídos. Son sitios de memoria que recuerdan el impacto de la guerra y el sentido de las islas en la historia argentina.

En algunas ciudades, esos monumentos constituyen una forma de vincular el propio territorio con la historia nacional. Así pueden interpretarse los homenajes que reciben los caídos y los ex combatientes en muchos puntos de las provincias, donde cada 2 de abril se convierte, además, en la oportunidad de recordar cómo la misma localidad vivió los días aciagos de la guerra.

En otras ocasiones, los monumentos se convierten en punto de reunión de grupos que pretenden reactivar el viejo relato épico nacional que colocaba al ejército en un lugar protagónico. En algunas ocasiones, estas reuniones reivindican también el accionar de las Fuerzas Armadas durante el terrorismo de Estado.

Para quienes combatieron y para los familiares y amigos de los caídos, la instalación de un monumento en el lugar del conflicto se convirtió en una instancia necesaria de duelo porque, tal como dice el escritor Roberto Herrscher en *Los viajes de Penélope* «volver es, también, pulverizar y enterrar los recuerdos». La Comisión de familiares de caídos en Malvinas y el Atlántico

Sur demandó durante varios años la construcción de un cementerio en Darwin y de un cenotafio que recordara a los caídos. El proyecto pudo finalizarse en el año 2004. En la actualidad hay allí 237 tumbas de soldados y oficiales argentinos muertos en combate, sólo 101 de esas víctimas están identificadas, el resto permanece bajo la inscripción de «Soldado argentino sólo conocido por Dios».

Por último, y más recientemente, algunos de estos monumentos fueron elegidos como lugar de denuncia. En distintas localidades del país grupos de ex combatientes y familiares condenaron los estaqueos y otros vejámenes sufridos por los soldados durante la guerra. En estas ocasiones, las consignas de los organismos de derechos humanos, vinculadas a la memoria, la verdad y la justicia, pudieron dialogar con las consignas asociadas a Malvinas y la soberanía nacional.

Las tres fotos, incluidas como fuentes, ayudan a visualizar las memorias de Malvinas: ¿Cómo se muestra la guerra en los monumentos elegidos? ¿Están los soldados o sólo la silueta de las islas? ¿Quiénes los construyeron? ¿En qué lugar de la ciudad están? ¿Por qué algunos monumentos son humildes y otros, en cambio, presuntuosos? ¿Qué usos se hace de ese monumento?

Las cuentas de este collar esparcido de significaciones sociales que evocan las islas Malvinas después de la guerra, aluden a ese mapa fragmentado que es hoy la Argentina. Repensar esos significados, saberlos inscribir en un relato que pueda articular conceptos tan valiosos como el de democracia, soberanía y nación, constituye un objetivo político capaz de insertar las memorias de Malvinas al interior de nuestras preocupaciones presentes. La escuela, en tanto instancia que articula el lazo social y que contribuye a producir nación, democracia y soberanía, tiene un rol protagónico en esta iniciativa.

fuentes

El Tte. Gral. Martín Balza tiene una larga trayectoria en las Fuerzas Armadas de la Argentina. Entre 1992 y 1999 fue Jefe del Ejército. Desde ese lugar expuso una autocrítica pública sobre el accionar de esa fuerza durante el período del terrorismo de Estado. En la guerra de Malvinas fue Jefe del Grupo de Artillería 3 y Coordinador de Apoyo de fuego de la Agrupación del Ejército Puerto Argentino. Su libro Malvinas, gesta e incompetencia, editado en el 2003, habla de los comportamientos heroicos que existieron en las islas pero, sobre todo, de las severas falencias que existieron en la conducción de la guerra.

1 Malvinas, Gesta e incompetencia. Martín Balza.

«* El planeamiento estratégico –en lo político y lo militar– no se basó seriamente en lo que el Reino Unido se hallaba en capacidad de hacer como respuesta a la ocupación en las islas. En ningún documento se encontraron “los supuestos” para encarar la confección de un plan o una directiva. Sin embargo, resulta claro que la Junta Militar aceptó, erróneamente, dos suposiciones que afectaron todo tipo de decisiones posteriores al 2 de abril. Estas fueron:

- El Reino Unido sólo reaccionaría por la vía diplomática ante la ocupación de las islas. En caso de recurrir al uso de su poder militar, lo haría en forma disuasiva, sin llegar a su empleo real;
- Los Estados Unidos ayudarían a la Argentina o serían neutrales. Nunca permitirían una escalada militar del conflicto y obligarían a las partes a negociar.

El proceder de la Junta marginó las más elementales normas de planificación contenidas en los reglamentos para el trabajo de los Estados Mayores; ello se puso en evidencia antes, durante y después del

conflicto, y fue condicionante para que los Comandos subordinados confeccionaran planes superficiales, incompletos y, más aún, incumplibles.

No se previó ni se planificó qué hacer ante la reacción británica de emplear su potencial militar recibiendo apoyo de otros países, muy especialmente de Estados Unidos, y se pasó del “ocupar para negociar” al “reforzar e ir a la guerra”. Sustancial diferencia y máxima insensatez, al descartar lo posible buscando lo inalcanzable. (...)

* La Inteligencia Estratégica –nacional y militar– careció de solidez, pues desde décadas anteriores, y particularmente a partir de la década de los 70, estuvo orientada al “caso Chile” en lo externo y, prioritariamente, a la subversión en el marco interno. Los jefes de inteligencia de las Fuerzas Armadas sólo tomaron conocimiento de la Operación Rosario cuando ésta se inició. (...)

* La organización para el combate de la Guarnición Militar Malvinas –a órdenes del general Menéndez– evidenció dispersión de esfuerzos, unidades asignadas en forma no proporcional, poco correcto aprovechamiento del terreno, superposición del mando e inadecuada acción conjunta de las Fuerzas. De los 9 regimientos de infantería disponibles en las islas, sólo cuatro combatieron en forma efectiva (RI 4, RI 7, RI 12, BIM 5) y parcialmente sólo dos (RI 6 y RI 25); se desaprovechó la capacidad de los últimos regimientos citados y no participaron en las acciones el RI 3, RI 5 y RI 8 (los dos últimos en la Gran Malvina). Esto favoreció a los británicos a aplicar su táctica metódica y doctrinaria: “concentración del ataque en el punto más débil”, aprovechando su mayor poder de combate, movilidad y libertad de acción.

* Los miembros de la Junta Militar y otros altos mandos que visitaron las islas y se fotografiaron en ellas antes de que se iniciara la guerra se “borraron” cuando comenzó el ruido de combate y silbó la metralla. No asumieron su

responsabilidad ante la derrota, iniciaron un proceso de “desmalvinización” y no rescataron los valores de la gesta. Buscaron chivos expiatorios entre los jefes que combatieron; muchos generales olvidaron que no podían justificar y eludir sus responsabilidades por la batalla perdida, e invocaron estériles argumentos, como decir que, contrariamente a su voluntad, tuvieron que “cumplir órdenes” de Galtieri. En ese caso, les quedaba el camino de la “desobediencia debida” que no se produjo. (...)

* ¿Constituimos un Ejército en Malvinas? En mi opinión no, en el estricto sentido conceptual. En la realidad constituimos un agrupamiento de unidades y de entusiastas hombres armados, sin haber tenido la oportunidad de adiestrarnos previamente en conjunto, con las otras Fuerzas Armadas. Numéricamente se empleó menos del 10 por ciento de la capacidad operativa que tenía el Ejército. Algunas unidades poseían un bajo nivel de instrucción; aún así, no se dudó en enfrentar a un enemigo experimentado, que puso en práctica un axioma del mariscal ruso Suvorov, que en el siglo XVII expresó: “Adiestramiento duro, combate fácil”».

La revista El Porteño publicó en su número 8 una entrevista al General Galtieri realizada por la periodista Oriana Falacci. El reportaje –realizado por la italiana para la revista Cambio 16 y publicado en exclusividad por El Porteño– se transformó en uno de los más famosos de la posguerra. En ese número, además, la revista publicaba una serie de notas analizando el impacto social de la derrota en Malvinas. Aquí reproducimos una de esas notas, centradas en la «opinión de la calle».

2 Opina la calle. El Porteño, año 1, N° 8, agosto de 1982

EL ÁNIMO DE LOS ARGENTINOS

Después de la caída de las Malvinas, el estupor y el desaliento cundieron entre la población. Bruscamente, los días de triunfo ilusorio cedieron paso a una sensación de derrota que no se limita solamente a los avatares de una guerra. Un país con sus instituciones en desorden y en su provenir incierto se apresta a reactivar la lucha política. Se verá qué análisis y qué soluciones (aparte de las consignas partidarias) deparará el deshielo a los argentinos, devastados por la inutilidad y la duda.

Roxana Morduchowicz indagó, en las calles del centro de Buenos Aires a la gente que pasaba. Cuando les preguntaba: «¿Qué siente a raíz de la situación actual?» más de la mitad se resistió a opinar.

- «Uno no sabe qué fue lo que realmente pasó. Lo único que nos quedan ahora son interrogantes: ¿Por qué pasó todo esto justo ahora? ¿Qué pasó realmente? ¿Cuántos argentinos murieron? ¿Qué va a pasar? ¿Para qué sirvió todo esto si en el fondo no se llegó a anda?».
- «Yo quiero decir que el problema reside en que no convivimos en libertad. Desde hace muchos años tenemos un gobierno gigante, un Estado de una dimensión monstruosa, de un costo abrumador, omnipotente».
- «Nos sentimos tristes, no tanto por la pérdida de las Malvinas sino por las pérdidas humanas. Además, la situación política es caótica y no sé de qué manera podemos salir de esta situación. Pero de todas formas ¿para qué voy a opinar si nadie nos tiene en cuenta?».
- «Con toda esta situación, todos los argentinos de verdad, nos sentimos amargados y tristes. No sólo por el problema de las Malvinas; yo soy un hombre que trabaja en la calle y veo que todo el mundo comenta siempre lo mismo: la falta de trabajo y la carestía de la vida. Entonces un argentino se tiene que sentir automáticamente desanimado con todo lo que pasa».



- «Después de este contratiempo los argentinos nos sentimos peor que si nos hubiera agarrado sarpullido. Como argentino, además, me llama poderosamente la atención la falta de homenaje a toda la muchachada que ha vuelto del Sur, casi no se le ha rendido el menor de los respetos a ellos y a quienes no han podido regresar».

- «Yo creo que sobre todo nos han estafado. Nos hacían ver una realidad ficticia y las consecuencias se detectan ahora en un pueblo desanimado. Igualmente espero que podamos salir de este pozo en el que nos han metido. Porque nosotros no quisimos esto, ni siquiera fuimos preguntados al respecto. Ahora lo que necesitamos es que nos den pie para pensar en un futuro».

- «Me siento totalmente defraudado. Creo que yo comparto el estado de ánimo de la gente. El noventa por ciento se siente deprimido, porque no ve ninguna perspectiva futura en el país».

- «Más que nada me siento defraudada. ¿Qué perspectiva veo?: Incertidumbre total».

- «Lo que más me duele es la pérdida de tanta sangre nuestra y es precisamente por esas vidas que debíamos seguir adelante...».

- «Este tipo de problema a mí no me interesa nada, nada».

- «Toda la información que recibimos fue mentira. No tenía nada que ver con la realidad. Y esto no es nuevo, porque nunca tuvimos información de nada. Nos mienten constantemente».

- «Me siento defraudado, deprimido, las perspectivas futuras me parecen terribles. En realidad no las veo. Me siento desilusionado y sin ninguna esperanza».

- «Lamentablemente la situación del país es bastante molesta. Pienso que no habrá ninguna mejora con el cambio de presidente. Veremos qué sucede con la salida política. La desazón de la gente es tremenda. Su depresión ha llegado al punto de que el Mundial de Fútbol ha pasado prácticamente inadvertido para todos. Nadie sabe qué hacer...».

En 1983, Hugo Paredero entrevistó a más de cien chicos de todo el país y de variadas clases sociales para hablar de la dictadura. Tuvieron que pasar más de veinte años para que esas entrevistas se editaran en forma de libro, con el título No sabría decir cómo es un recuerdo. Los chicos y la dictadura. Las fuentes que a continuación presentamos, corresponden al capítulo IV de ese libro, editado por del Zorzal en el año 2006, que está dedicado a Malvinas. Allí, los chicos hablan con total desenvoltura de la guerra y no es difícil percibir, en todas sus versiones, los temas, los dilemas y las dificultades que estaban a la orden del día en los primeros años de la democracia.

3 Hablan los niños

GUIDO DIEGO GONZÁLEZ (12): Era seguro que íbamos a perder, porque era una potencia mundial que es Inglaterra aliada con otra potencia que es Estados Unidos, y nosotros con bombas que no explotaban, latas que estaban congeladas y no podían abrirse, calentadorcitos a pilas que no calentaban... murieron un montón de chicos, se gastó un montón de plata y todas las armas que se compraron están ahora ahí, guardadas, no se usaron. Todas las chatarras compramos. Los pucará tienen hélice todavía, los aviones de guerra ya no vienen así. Ya para la guerra usan los supersónicos, para que no los detecten los radares. Los chicos que mandaron lucharon lo mejor que pudieron porque estuvieron muy cerca de empatarles, pero no de ganar, como decía los comunicados que pasaban por televisión y eran todos una farsa.

DANIEL ALEJANDRO PENDZIK (12): Aparte pasó una cosa: que dos días antes, la gente en Plaza de Mayo gritaba «Viva Galtieri». Después de haber perdido tantos chicos inocentes, que no tenían opción de ir o no ir a la guerra. Después de haber pasado lo de Malvinas, un pueblo sin rumbo y sin timón pensó, sintió, y después se dio cuenta de que no le sirvió porque esos hombres de gorra no hicieron bien las cosas. La guerra sirve para perder gente, para perder plata, para perder armas, para perder territorios... o ganarlos, pero en este caso ya no sirven.

SANTIAGO DAVID SÁNCHEZ (6): Yo cuando sea grande voy a ser soldado, porque hay algunos que roban, vio, por eso puedo ser soldado para vigilar todos los días. En una foto chiquitita así, mi primo está con una ametralladora con todos los soldados, y yo quiero salir en la foto como él sale, con una escopeta. A mí me gusta la guerra, yo la veo a veces en la tele y no me da miedo.

MARÍA GUILLERMINA MAC DONALD (9): Todos son malos, los ingleses y los militares argentinos. Así que no se sabe a qué lado tengan ganas de pertenecer las Malvinas.

DIEGO ORDÓÑEZ (11): En realidad a nuestros chicos no los mataban los ingleses sino los propios señores con gorra de acá, porque esa guerra estuvo arreglada. En mi opinión, los únicos que tenían armas que servían, eran los de sargento para arriba. Los soldados iban y no tenían con qué defenderse. También Inglaterra usaba armas prohibidas por el convenio. Por ejemplo, unas gafas que eran para ver en la noche. También tenían como salvavidas rojos que los mantenían calientes, eso no estaba permitido. Entre los

propios señores con gorra, que tenían más poder, estaba arreglada la guerra entre los dos países. Alguna ganancia habrán sacado ellos de todo eso.

FEDERICO DIEGO VERZURA (11): Yo no entiendo cómo a Galtieri se le metía en la cabeza que iba a poder triunfar con la cuarta o tercera potencia del mundo, y la mejor flota, no a nivel barco sino a nivel estratégico, porque Inglaterra es una isla y nosotros peleamos en una isla. Pero Galtieri y todo el Estado Mayor conjunto nunca decían la verdad. Salía el comunicado 2500, y decían: «Derribamos ocho Sea Harrier y nos derribaron un Mirage». Y a veces yo escuchaba Radio Colonia, y las versiones eran totalmente distintas, hasta el punto que eran al revés: «Derribamos un Sea Harrier, nos derribaron ocho Mirages».

SILVANA NOEMÍ COSTILLA (9): Hemos ganado nosotros, los argentinos. Los ingleses han perdido, porque nosotros hemos volteado más aviones, barcos y otras cosas de ellos, lo dijeron por la tele.

MARÍA NOEL FERNÁNDEZ (9): Algunos chicos dicen que la Thatcher empezó la pelea pero ella no fue, fueron los militares argentinos. Yo también digo que ella es mala, pero más malos son estos militares, porque la Thatcher nunca secuestró a nadie, habrá castigado, pero nunca secuestró ni mató. Si a mí me hubieran secuestrado prefiero morir antes, porque en vez de sufrir todo lo que les hacen a los desaparecidos, preferiría que me maten con una pistola antes que me peguen con un látigo, porque si no me dejan con todas las marcas y me va a arder y voy a sufrir mucho. Prefiero antes pegarme un tiro, que eso no me va a doler, nada más me voy a morir. Prefiero morirme antes que sufrir tanto, porque a mí nunca me gustó sufrir. Si a mi mamá le pasara algo, yo me quedo con mi abuela. Y aparte, si mi mamá tendría que ir al hospital soy capaz de quedarme todo el día con ella en el hospital, al lado, dándole la mano [...].

RODRIGO MILCIÁDES ORTIZ (12): En vez de pelear los argentinos con los ingleses, se puede llegar a un acuerdo. Que se haga un campeonato olímpico cada año, que se haga participar a la gente deportista mejor de cada país, y el que cada vez va ganando se llevará las Malvinas por un año. Entre argentinos e ingleses nomás.

RODOLFO ADRIÁN PUENTE (12): Yo tuve un compañero de mi familia que estaba aturrido de tantas bombas. Él vino, no murió. Vino y nos contó cómo era, dice que todo era terrible, que cuando llegó acá, a Monte Caseros, recién le empezó a doler la cabeza de tantos bombardeos que hubo en la guerra. Eso nos contó y luego no escuché más porque me fui al fondo de casa, a jugar, por ir nomás, porque no era prohibido escuchar lo que él contaba, pero es feo y muy doloroso escuchar eso de la guerra, con contarle uno ya se imagina cómo es.

IVÁN ALEXIS JEGGER (10): Los argentinos odian a los ingleses, los ingleses odian a los argentinos, todos se odian, entonces no pueden discutir y así empezó la guerra. Tendrían que vivir, una parte argentinos y una parte ingleses, en las islas Malvinas, así son de los dos países y chau odio.

RAMÓN EDGARDO VALLEJO (7): Yo vi que una señora estaba esperando, y un señor no le quería decir quién se había muerto. Y ella dice así: «¿Y el Carlos dónde está?»... Y el muchacho no le quería decir que el Carlos se había muerto en la guerra y que lo dejaron muerto allá. Y la señora dele preguntar «¿El Carlos dónde está?»

FEDERICO GUILLERMO BÁEZ (10): Yo no pude vivir porque no estaba en el país, estuve en México, fui exiliado dos años, del 80 al 82... A mi papá lo metieron... lo mataron, desapareció en el 75, no en el 76, y a mi mamá la metieron presa en el 75. Salió en el 80 y le dieron opción, y como mi abuelo tenía familia en Austria, teníamos opciones de irnos allá y nos fuimos a

Austria. No como dicen, que fuimos para tener los sellos dorados de la guita loca que tenían allá, sino que estábamos allá porque no podíamos hacer otra cosa, no teníamos otro lugar adonde ir. [...] Mis abuelos y mi tía asesinados en el 75, o 76, no me acuerdo muy bien, eran los papás de mi papá y la hermana. Yo con los que estuve viviendo fue con los abuelos de parte de mi mamá. Parece que a los padres de mi papá los fueron a buscar para ver si querían decir dónde estaba mi papá y mis abuelos no dijeron nada, y mi tía tampoco. Y entonces los mataron. Se los encontró, creo, que en menos de un mes a los cuerpos, cerca de Mar del Plata.

EDUARDO MATEO CRESPO (11): Acá en la colimba los militares son todos unos machitos tremendos pegándoles a los pibes, haciéndoles aplaudir los cardos y los cuerpos a tierra. Y en la guerra, los que iban a pelear, y dar la cara por la Argentina eran los pibes, mientras ellos estaban en los mejores hoteles del sur, con sus esposas, sus amantes, o las dos. Y otros militares de alto rango estaban en las Malvinas pero jugando a las cartas en los arsenales, mientras los del frente peleaban con los gurras.

NÉSTOR EDUARDO CHÁVEZ (12): Un muerto argentino vale más que un muerto inglés, para mí. En el colegio que voy yo siempre nos dicen que es más bueno el muerto argentino que el inglés.

JUAN MANUEL TORREZ (10): Yo por la guerra siento pánico solamente, pero si tuviera que ir a pelear por la patria, voy.

FABIÁN ARIEL GÓMEZ (9): La guerra es fea porque mueren hermanos, mi hermano también ha muerto en la guerra... un barco había ido, y ahí iban mi hermano y mi primo, y ahí estaban los ingleses escondidos con un cañón. No sé, él se ha ido allá, a su pieza, y alguien tiró. Y cuando mi hermano quiso salir, se le habían atrancado unas cositas y no podía abrir la puerta. Habían pegado justo el tiro donde estaba la pieza de él. Después, otros

se habían salvado. Uno que conoce mi mamá, que le había dicho a mi hermano que salga, dijo que saltaron muchos, como él. Él iba nadando y lo encontraron en un bote con soldados, y lo han llevado. De tanto caminar por la nieve, tenía los pies muy fríos y de los ojos le salían lágrimas. Tenía lentes. Después él había venido cuando estaba jugando con mi hermanito. Era cordobés. Y cuando fue mi tía, que había ido a ver a mi primo Oscar, se han ido a un bar y han comido y después se han venido porque tenían que ir a ver a mi primo Quelito, él va a una escuela diferencial. Entonce él nunca se ha sacado los lentes y me ha contado muchas cosas que no me gustaría acordarme más de la guerra.

ERNESTO RAÚL DEUTSCH (8): A mí me parece que las Malvinas quedan mucho más cerca de la Argentina que de Inglaterra. ¿Por qué los ingleses usan otro mapa?

MIGUEL ANÍBAL BAILEZ (10): La misma gente que pensaba que esa guerra era justa, pensaba también que iba a ganar Argentina... pero la guerra no es tan fácil como el Mundial.

DEMIÁN WASSERMAN (5): Para mí la guerra es una batalla entre los que hablan distintos idiomas. En las Malvinas los buenos eran los que hablaban en castellano y los malos eran los que hablaban en inglés.

PATRICIA MÓNICA GERVASIO (11): Somos hermanos todos los del mundo, no tenemos por qué pelear, que cada uno pise la tierra de otro en paz. Nada de muerte, todo palabras.

GASTÓN LEYACK (10): Yo pienso que nuestros señores de gorra tendrían que haberlo hecho de forma pacífica, ir y decirles de frente: «Señores, estas islas están en nuestro poder desde que el 9 de julio de 1816 un señor llamado Urquiza firmó el decreto y se lo mostró a todo el mundo». Un decreto que

Acto de las agrupaciones de ex combatientes en el Cabildo de Buenos Aires, 1986. En la imagen hay representantes de la Capital Federal, Chaco y La Plata.



decía que la Argentina era un país libre y que no se podía dejar gobernar por otro poderío. Y ya está.

TRISTANA LUCÍA RETAMOSO (12): A mí los muertos argentinos me daban más lástima porque eran más chicos, y no sabían luchar. Pero los muertos ingleses también me daban lástima.

JUAN SEBASTIÁN LECUONA (11): Enviaron chicos de 18 años a la guerra, lo cual me parece que es una locura, porque se destruye todo lo que hizo Dios en el mundo. Se destruyó el ideal de Dios.

(Speranza, Graciela y Cittadini, Fernando,
Edhasa, Buenos Aires, 2005)

El libro Partes de guerra reconstruye a través de la organización coral de testimonios el antes, el durante y el después de la guerra de Malvinas.

Se centra, especialmente, en los relatos de soldados y oficiales del Ejército Argentino destinados a la zona de Darwin-Goose Green, una zona alejada del epicentro de las operaciones y que protagonizó algunas de las batallas más cruentas. En este capítulo, citamos un extracto del epílogo, donde los testimonios hablan sobre la primera posguerra.

4 Partes de guerra

OSCAR POLTRONIERI (SOLDADO CLASE 62, NACIDO EN MERCEDES. FUE EL ÚNICO SOLDADO RASO QUE RECIBIÓ LA «CRUZ DE LA NACIÓN ARGENTINA AL HEROICO VALOR EN COMBATE». DESPUÉS DE LA GUERRA VIVIÓ EN LA POBREZA. TRABAJÓ EN UNA EMPRESA LECHERA, VENDIÓ PERIÓDICOS Y CALCOMANÍAS DE LA CASA DEL VETERANO. ESTÁ CASADO Y TIENE CUATRO HIJOS)

- Después estuve enfermo como dos meses, de noche temblaba. Fue mi vieja al cuartel y les dijo que yo estaba enfermo. Me fueron a buscar, me atendieron y me llevaron remedios. Era el frío, de noche temblaba de frío. Era raro porque en Malvinas nunca tuve frío. Después me hice poner esa inyección en la espalda y me la puse todos los años y hasta ahora, nunca más me enfermé. Para mí, cuando recién llegué, fue muy doloroso porque a los pocos días que llegamos, fuimos a la casa de un compañero nuestro, de Mercedes, y el pibe no le quería contar al padre que había estado en las Malvinas. El padre nos había invitado a comer, había hecho un asado para nosotros y cuando estábamos hablando, el padre del muchacho quería saber si el hijo había estado en las Malvinas o no y qué había hecho. Y él no le quería contar. Y entonces, tanto lo obligó delante de mí, éramos cuatro que estábamos ahí, que yo le dije que le tenía que contar, porque si no el padre se iba a volver loco. Pero él no podía. «Lo único que yo quiero –me decía el viejo– es que me diga si mi hijo estuvo en las Malvinas.» «Sí, estuvo –le dije–, estuvo conmigo. Su hijo fue uno de los más grandes compañeros que tuve en la guerra de las Malvinas.» Y entonces le conté todo lo que habíamos hecho. Lloraba, y cuando me quise acordar, se quedó. Primero vino, nos saludó a todos uno por uno, nos agradeció por todo lo que habíamos hecho. «Estoy orgulloso de ustedes, de que ustedes hayan estado en las Malvinas.» Y se murió, se murió de alegría. Pero igual a mí me gusta contar las cosas que hice y que al principio no valorizaba. Después de un tiempo empecé a valorizar lo que yo había hecho y lo que vale mi medalla. Porque apenas vine me usaron en la televisión, con los reportajes, con las revistas, con todo. Si yo en ese momento hubiera valorizado todo lo que hice, no habría estado vendiendo golosinas en la calle o arriba de los trenes. Porque hasta hace poquito, yo anduve arriba de los trenes en Constitución vendiendo calcomanías, diarios, con mis compañeros. La mayoría de los muchachos anda sin trabajo porque a nosotros nos prometieron vivienda, trabajo, becas, de todo y no nos dieron nada. A nosotros nos pegaron una puñalada en la espalda. El pueblo nos dio la espalda, porque no solamente el gobierno estaba a favor de nosotros para que fuéramos a Malvinas, la gente de acá, de Buenos Aires y del Gran Buenos Aires, nos apoyaba para que fuéramos, pero cuando

volvimos nos dimos cuenta que nos dieron la espalda. No todos. Porque a pesar de lo que estamos pasando con el país, que hay poco trabajo y todo, igual hay cantidad de gente que colabora con nosotros comprando el diario. En cambio, cuando vamos a pedir trabajo tenemos problemas. El otro día me vino a ver un compañero que lo despidieron del trabajo porque se enteraron de que era veterano de guerra. Después de doce años de trabajar en esa empresa, lo despidieron. Yo después de la guerra entré en La Serenísima a trabajar y trabajé doce años, y después me fui porque se iba a dividir la fábrica y ahora estoy trabajando en el Estado Mayor del Ejército. Además cobro la pensión, que son 190 pesos. Me dijeron que como a mí me condecoraron con la Cruz de Valor en Combate, me van a pagar un sueldo equivalente a un teniente coronel, y ahora lo estoy esperando. Yo pensé que era para todos igual, pero es para mí solo, por la medalla que tengo. Porque yo, de todos los que fueron a las Malvinas, soy el único que tiene la distinción más alta del Ejército, soy el único condecorado con la Cruz de Valor en Combate, siendo soldado. Son seis oficiales y suboficiales y un soldado, el único soldado fui yo. Hay un colegio que lleva mi nombre acá en Capital, inauguré un colegio que está cerca del Mercado de Abasto que abarca de calle a calle que es colegio, comedor y jardín. En los desfiles yo soy el abanderado de la Casa del Veterano de Guerra y tengo que ir a todos lados. Mi mujer a veces se queja, pero ella sabe que lo que yo tengo vale mucho, la medalla que yo tengo, así que tengo que estar sí o sí. Tengo tres pibes, dos varoncitos de cinco y de uno y una nena de dos. Cuando le digo a mi mujer de un desfile, el más grande ya está parando la oreja y quiere venir conmigo. Y yo lo llevo porque le gusta mucho y para mí es una cosa muy importante, porque el día de mañana mis hijos también van a saber lo que hizo su padre. Y si yo tuviera que ir a Malvinas a pelear de vuelta, iría. La mayoría de los veteranos iría. Porque ya tenemos experiencia y los que están acá no saben nada. Porque cuando nosotros recién fuimos no sabíamos lo que era una guerra, pero ahora sabemos cómo es y sabemos cómo es el terreno y todo. Entonces preferimos ir nosotros antes de que vayan otros

pibes que no saben lo que es una guerra. Nosotros ya sabemos todo, lo malo y lo bueno. Y con todo, nosotros volveríamos. Y eso es lo que yo le dije al soldado inglés en Francia. Porque después que vine nos juntaron a un soldado inglés y a un soldado argentino en Francia, después de dos años de la guerra de Malvinas. Para mí fue un orgullo muy grande. Y yo me reía porque el inglés decía que nosotros usábamos chaleco antibalas y que éramos pagos, pero cuando yo le dije que nosotros no éramos pagos y que íbamos por amor a la patria, no lo querría creer. E inclusive tenía una alegría muy grande porque los tipos mundialmente los admiraban a los pilotos argentinos, les tenían miedo porque ellos pensaban que nosotros éramos inútiles. Porque ellos a la Argentina la llaman América Latina y nos llaman latinos a nosotros. Él decía que no sabía que acá en América Latina había pilotos tan buenos, que a ellos los volvían locos porque los nuestros volaban al ras del agua y los radares de los barcos no los captaban. Él es menor que yo, tiene treinta y dos años y yo tengo treinta y cuatro, pero él ya tenía un cargo, tenía diecisiete años pero ya tenía un cargo. Nosotros, con el inglés este, íbamos a hacer una película en Francia pero al final no la hicimos porque no había plata. Entonces nos fuimos a pasear con el inglés. Anduvimos por el río Sena paseando en yate y después nos fuimos a ver la pintura más famosa que hay en Francia, la Mona Lisa, y después fuimos a ver el boxeo. Fuimos con custodia, con uno de esos autos grandotes, una limusina, y yo le puse la bandera argentina en la punta. Fuimos a ver la pelea de Santos Laciari, cuando ganó en el tercer round y me hicieron subir al ring. Y dijeron: «Hoy se juntan dos argentinos en París, uno por el título mundial de boxeo y el otro, que tiene la Cruz de Valor en Combate por la guerra de las Malvinas». Y nos abrazamos los dos, con la bandera argentina, nos abrazamos en el ring. Eso no me lo olvido más. Después el inglés me regaló una boina verde y yo le di un casquete, de esos que nosotros usamos acá. Quería que le diera la medalla, pero yo le dije «No, la medalla no». Yo así no me vendo. Si me quiere dar la boina, que me la dé, y yo le doy una gorra a él y quedamos amigos. Él me manda cartas a mí y yo a veces le mando cartas

a él. Hablé mucho con el inglés. Lo que pasa es que yo hablando me desahogo y me siento bien. En cambio, si yo no cuento nada, a mí me hace mal, porque me lo guardo todo y lo llevo adentro y no lo largo y me comen los nervios. Entonces, si uno todo lo que hizo lo cuenta como si fuera una película, es diferente. Porque te desahogás, lo contás, como si lo hubieras visto en una película, entonces no se te juntan los nervios. Porque si vos te guardás todo eso que hiciste, las venas que tenés adentro de la cabeza te revientan. Entonces yo lo cuento como una película y es la única manera de andar bien. Porque hay muchos que no se lo contaron a los padres o a un compañero y están muy mal. Por eso a mí no me da miedo de soñar a la noche o de pegar esos saltos en la cama, como a muchos les pasa. Porque muchos no largaron lo que tienen adentro y saltan en la cama, hacen de todo y les agarra la locura. A mí hasta me gusta ver películas de guerra. Y cuando las veo pienso: «Pensar que yo estuve en eso y sé lo que es». Pero no es como en las películas. Es peor, para mí es peor.

DANIEL TERZANO (SOLDADO CLASE 55, PORTEÑO. POR PRÓRROGA HIZO EL SERVICIO MILITAR JUNTO CON LA CLASE 62. ES PSICÓLOGO, PUBLICÓ EL LIBRO 5000 ADIOSSES. ES CASADO Y TIENE UNA HIJA)

- Durante bastante tiempo conservé ciertos reflejos, diría, en nuestra jerga, paranoides. Tenía una sensibilidad muy grande a los ruidos, un estado de alerta. Iba en el tránsito por ejemplo, escuchaba la puerta de un auto que se cerraba y mi velocidad y la magnitud de mi reacción eran exageradas. No me gustaba la noche. Después todo eso fue pasando. Yo siempre he sido bastante obsesivo en muchas cuestiones, pero después de la guerra eso se agudizó, me empecé a obsesionar con el tema de la organización. Un día me puse a pensar si esto no tenía que ver con el hecho de haber visto los efectos de tanta desorganización. Yo vi morir gente por la desorganización y eso en algo tiene que haberme marcado. Probablemente me convertí en un eficientita, no por pasión neoliberal, sino con la certeza de que por falta de

eficiencia fatalmente alguien muere. Si es en una guerra ocurre muy rápido, si es en otra circunstancia, tarde o temprano, alguien muere también. Supongo que todos habrán tenido este tipo de reacciones a la vuelta. Pero como profesional, desde el principio, traté de apartarme del tema deliberadamente. Como todos los veteranos, volví con una cuota considerable de resentimiento. Porque mientras nosotros escuchábamos por radio los relatos de Muñoz del Mundial de España en un pozo de zorro, con el agua helada hasta la cintura y las bombas cayendo a nuestro alrededor, sabíamos que, en ese mismo momento, el resto de los argentinos lo estaba viendo por televisión, cómodamente sentados en sus casas. Y algo similar me ocurrió en lo profesional. Varias veces me pidieron colaboración para asistir a los veteranos de guerra y me negué. Al principio, por supuesto, se me planteó un problema ético, pero después me di cuenta de que con Malvinas yo ya había hecho lo que tenía que hacer: estar allá. Porque si en la Argentina había treinta mil psicólogos, mientras yo estaba en Malvinas, había veintinueve mil novecientos noventa y nueve que estaban calentitos en sus casas leyendo a Lacan: que se ocuparan ellos. Había buenas razones teórico- técnicas que podrían haberme justificado, pero no eran esos los verdaderos motivos. Yo estaba resentido. Tuve una vinculación muy esporádica con un muchacho que vino a verme al hospital, colaboré en alguna derivación, pero cuando me hicieron propuestas más orgánicas no acepté, porque además me parecía que significaba colaborar con una argentinada clásica que yo no estaba dispuesto a respaldar. Porque en lugar de desarrollar un sistema integral de asistencia al veterano de guerra, se intentaba tapar agujeros apelando a la buena voluntad o manejando la culpa respecto de tus compañeros. De hecho, a mis compañeros no volví a verlos porque la mayoría eran de La Plata y sé que entre ellos casi no se ven tampoco. Y creo que los grupos que quedaron muy unidos, quedaron unidos de una mala manera, muy pegados a la experiencia. Lo que pasó con Malvinas es lo que tantas veces ocurre en la dinámica de los grupos: un conjunto de personas tremendamente unidas por una circunstancia muy



LA PATRIA NO HACE AL SOLDADO PARA QUE LA DESHONRE CON SUS CRÍMENES, NI LE DA ARMAS PARA QUE COMETA LA BAJEZA DE ABUSAR DE ESTAS VENTAJAS OFENDIENDO A LOS CIUDADANOS CON CUYOS SACRIFICIOS SE SUSTIENE.

SAN MARTÍN

MALVINAS VOLVEREMOS LIBERACION O DEPENDENCIA

especial, muy fuerte, peligrosa o placentera, no suele persistir mucho después. Mientras estamos convocados somos hermanos, pero cuando eso se termina nos damos cuenta de que somos personas con enormes diferencias, cada uno con su vida. Yo, personalmente, ya me había recibido de psicólogo con la prórroga, así que me dediqué a mi trabajo, al poco tiempo me casé y empecé a escribir el libro. Yo ya escribía antes de

Malvinas, justamente por aquellos años había leído mucho a la generación beat, a Henry Millar y al surrealismo, y tenía la convicción de que la literatura era una máquina imparable, una locomotora donde los puntos y las comas ya eran un obstáculo. Así que cuando volví, dejé que fluyera el recuerdo, empecé escribiendo cosas sueltas que después se fueron armando con el tiempo. Lo que quería, aunque no sabía si lo iba a conseguir, era reproducir el clima de guerra. Cuando se publicó *5.000 adioses* se le hizo bastante prensa, hablé del tema en radio, en televisión y después, por un tiempo, me aparté de todo eso. Pero hay historias que vuelven, sobre todo una que durante mucho tiempo traté de escribir y nunca pude. Cuando todo terminó, recibí una carta fechada en Guleguay de la familia de Carlos, mi compañero de posición que había muerto cuando nos atacó la aviación inglesa. Me invitaban a un homenaje que iban a hacerle en la plaza de la ciudad, descubriendo una placa en su memoria. Era una situación terrible para mí porque él había muerto casi al lado mío, yo había sobrevivido, y entonces la familia me pedía que les contara cómo habían sido sus últimos días. Finalmente decidí no ir pero me quedé muy mal. Me acuerdo que también me escribió la novia, preguntándome por él, y eso me llevó a pensar en esa chica: ¿qué sería de su vida? Porque, ¿qué era? Había perdido un novio, un amor, pero no por un abandono, ni por una separación, ni siquiera por una muerte normal. Ni siquiera era una viuda. Había quedado en el aire, como suspendida en el tiempo. Así la veía yo. Entonces yo trataba de imaginarme llegando a un pueblo, imaginaba un personaje llegando a ese pueblo la noche anterior al homenaje, sin que nadie lo supiera, merodeando por ese pueblo con todas las imágenes de Malvinas que volvían en una noche helada. Y después, el momento en que tiene que resolver el conflicto entre una obligación moral de ir al encuentro de esa gente para hablar de lo que ya no quería hablar nunca más, y su deseo de irse de ahí. Finalmente se va, de algún modo los traiciona, porque ha estado allí esa noche, muy cerca de ellos, casi espiándolos sin que ellos lo supieran, y al final se va, sin hablar y sin ser visto. Y no sé por qué, pero siempre me imaginé como fondo de esa

escena esa marcha, *La avenida de las camelias*, la misma que tocaba aquella banda, bajo una luz casi inútil, en medio del descampado de Campo de Mayo, cuando llegamos de la guerra. Una marcha melancólica, como todas las nuestras, escritas con tonos menores, sin el triunfalismo de circo de las marchas norteamericanas. Siempre imaginé que tras esas escenas se escuchaba esa música, pero además ralentada, hasta casi detenerse a veces. No sé cómo seguiría esa historia. Tampoco sé cómo seguirá la vida verdadera de esa chica en esa ciudad, con la placa del novio muerto en la plaza para siempre. Cuando una guerra toca una vida todo se da vuelta. Pero yo, no sé por qué, siempre tuve la certeza de que una guerra se iba a cruzar en mi vida. Y pasó algo como lo que dice Borges en la *Biografía de Tadeo Isidoro Cruz*: cualquier destino por largo y complicado que sea consta en realidad de un solo momento, el momento en que un hombre sabe para siempre quién es. A mí Malvinas me enfrentó con algo de eso y me hizo bien. No por eso tan superficial de que la colimba le viene bien a uno. Antes yo tenía la sensación de que podía ser muy miedoso, una sensación, nunca lo había probado. Desgraciadamente, fue una guerra lo que me probó que no era tan así. Y eso me apareció muy claro en el momento del repliegue. Volvíamos en grupos de soldados solos, sin los jefes, ya no había mando, era un caos. Yo esto lo veía venir desde hacía algunos días y había empezado a pertrecharme. Había cargado municiones donde podía, me había conseguido un par de granadas y algunas latas de comida, porque tenía la sensación de que iba a terminar en algún lugar de la isla, solo, de que en algún momento iba a necesitar esconderme en algún lugar hasta que todo terminara. Pero a la vez tenía una sensación de que al hacerlo, iba a tener que pelear. Tenía dos sensaciones que pueden parecer contradictorias: por un lado pensaba que si tenía que llegar a algún enfrentamiento, así, solo, la probabilidad de que me mataran era altísima, pero al a vez pensaba que les iba a oponer toda la resistencia que pudiera. Lo más probable era que me mataran rápido, pero si podía herir a uno lo iba a herir y si podía matar a cien los iba a matar. Hasta donde pudiera, mucho o poco, iba a tratar de

atravesar lo que se me pusiera adelante. Era como asumir la condición de un guerrero, «vender cara la derrota» o algo así, pero muy profundamente. No era por patriotismo ni por defender la bandera, era yo el que me quedaba ahí, como una máquina de vivir todo lo que pudiera. Y había algo de la identidad masculina puesta en juego en eso. No en el sentido más banal, el del heroísmo hollywoodense que convierte a un tipo en un ser superior, indestructible, sino una sensación muy profunda: haber visto que como varón podía ser un héroe, simplemente porque no iba a claudicar tan fácil. Y es que la guerra plantea esa paradoja. Hay algo terrible y también algo de grandeza ahí, y son aspectos que ni siquiera pueden deslindarse, se superponen, son la misma cosa. ¿Cuánto hay de locura en el heroísmo? ¿Cuánto de heroísmo y cuánto de bajeza hay en la guerra? Quien no ha vivido la guerra es más simplista, la justifica o la demoniza. En cambio, quien ha pasado por esa experiencia sabe que es mucho más compleja, tan compleja que a veces uno no sabe qué decir. Es un lío la guerra. Dios nos libre de las patrias que necesitan guerras, pero para entender la complejidad de las pasiones extremas que puede desatar la guerra hay que vivirla. Siempre recuerdo esa escena de Patton en la que aquel general ve un campo arrasado, con tanques incendiados, con cientos de hombres muertos colgando de camiones y jeeps, y dice: «Que Dios me perdone, pero amo todo esto». ¿Cómo explicar algo así?

El 2 de abril de 1984, el Presidente Raúl Alfonsín recordó a los caídos en Malvinas con un discurso en el que buscó la forma de referirse a esos muertos no sólo como aquellos que lucharon por los valores patrios sino también que lo hicieron como parte de un ejercicio de los derechos cívicos. La democracia naciente exigía pensar Malvinas desde el ideario republicano, de ahí que Alfonsín se refiera a los soldados como «ciudadanos de uniforme».

5 Discurso del Presidente Raúl Alfonsín, 1984.

Hoy 2 de abril vengo aquí a evocar con ustedes, delante de este monumento, a nuestros caídos en batalla, a esos valientes argentinos que ofrendaron su vida o que generosamente la expusieron en esa porción austral de la patria. Si bien es cierto que el gobierno que usó la fuerza no reflexionó sobre las tremendas y trágicas consecuencias de su acción, no es menos cierto que el ideal que alentó a nuestros soldados fue, es y será el ideal de todas las generaciones de argentinos: la recuperación definitiva de las islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur (...) Cuántos ciudadanos de uniforme habrán deseado dejar sus cuerpos sin vida entre las piedras, la turba y la nieve, después de haber peleado con esfuerzo y osadía. Pero Dios vio a los virtuosos y de entre ellos los valientes y los animados, de entre los dolidos y los apesadumbrados eligió a sus héroes. Eligió a estos que hoy memoramos. Urgidos por el infortunio, sin los laureles de la victoria, estos muertos que hoy honramos son una lección viva de sacrificio en la senda del cumplimiento del deber (...) Estas trágicas muertes refuerzan aún más la convicción que tenemos sobre la justicia de nuestros derechos.

Reproducimos tres fuentes que ayudan a visualizar qué pensaban las organizaciones de ex combatientes en los primeros años de la democracia.

a- Un volante que convoca a una movilización en La Plata a finales de 1983 en cuyo texto queda evidenciado como los reclamos específicos sobre Malvinas se articulaban con otros reclamos políticos de la escena posdictatorial.

b- Un extracto de un documento escrito por el Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas, publicado en Documentos de Post Guerra N° 1.

c- Un fragmento de una nota publicada en la revista Entre todos en diciembre de 1986 con el título «Nos ofrecemos a una causa no a una Junta». Allí se explica por qué la marcha del 2 de abril de 1986 se realiza frente al Cabildo y se deja en claro las diferencias que tienen con las Fuerzas Armadas.

6 Las organizaciones de ex combatientes

A- VOLANTE

Por el desmantelamiento del aparato represivo.

Contra la escalada de atentados, intimidaciones y secuestros.

Por la aparición con vida de los detenidos – desaparecidos.

Libertad a los presos políticos.

Restitución de los niños secuestrados y nacidos en cautiverio a sus legítimas familias.

Justicia civil sin jueces del Proceso.

Comisión bicameral investigadora.

Pleno empleo, salario digno, salud, vivienda y educación para todos.

Por las garantías de los activistas sindicales y políticos. Contra toda discriminación.

Comisión bicameral investigadora de las actuaciones de los militares traidores de Malvinas. Por la reafirmación de la soberanía en el Atlántico Sur. Por la reivindicación de los compañeros caídos en Malvinas.

Por el juicio y castigo a los responsables del genocidio, la entrega económica y la traición de Malvinas.

Solidaridad con los pueblos latinoamericanos que luchan por su liberación. Contra el imperialismo y toda forma de dependencia.

B- DOCUMENTO

La idea de realizar una movilización al Cabildo surgió de la necesidad de acercar la causa de Malvinas a las causas que, por la Liberación Nacional, que embanderan cotidianamente a nuestro pueblo. Cuando la reacción y la oligarquía quieren hablar, golpean las puertas de los cuarteles; cuando es el pueblo el que quiere expresarse, golpea las puertas de la historia. En muchas oportunidades nos critican por levantar consignas que algunos “demócratas” tildan de políticas. Bien saben que nuestra organización lucha por los problemas que, desde la culminación de la guerra de las Malvinas, padecemos los ex combatientes. Pero se olvidan –y lo anunciamos sin soberbia– que nuestra generación ha derramado sangre por la recuperación de nuestras islas y que eso nos otorga un derecho moral [...] Durante la guerra de Malvinas se expresó una nueva generación de argentinos que, después de la guerra, conoció las atrocidades que había cometido la dictadura. Nosotros no usamos el uniforme para reivindicar ese flagelo que sólo es

Movilización de ex
combatientes platenses
en vísperas de la Semana
Santa de 1987.



posible realizar cuando no se tiene dignidad. Nosotros usamos el uniforme porque somos testimonio vivo de una generación que se lo puso para defender la patria y no para torturar, reprimir y asesinar.

C- ARTÍCULO REVISTA *ENTRE TODOS*

Luego de tres años de vida, el Movimiento Nacional de Ex Combatientes, con una génesis esencialmente patriótica y antiimperialista —a pesar de

que ciertos sectores hasta nos acusen de «fascistas»— con una trayectoria de lucha humilde, pero combativa, habiendo estado al frente de los que realmente nos opusimos a la desmalvinización, luchando y reivindicando los derechos de postergados de nuestros compañeros; aprendiendo y conociendo que no somos los únicos marginados, llegamos a los umbrales de 1986 con una necesidad y un desafío: nuestro testimonio amargo, pero valioso, nuestras banderas populares e históricas, pero no asumidas, no son ni tienen que ser un patrimonio exclusivo de 9000 ex combatientes.

En estos años de lucha nos encontramos con la indiferencia de ciertos demócratas, y el ataque de la reacción, pero también –y es lo más importante– con madres, hombres y particularmente jóvenes. No sólo solidarios sino que además habían sentido lo mismo, a pesar de no haberlo vivido, gente que no olvida. Y nos dimos cuenta de que los ex combatientes no somos los «inválidos» a los que el pueblo debe venir a dar una donación, somos sí los que nos enfrentamos no con discursos, sino con las armas al imperialismo; pero que formamos parte de una juventud, una generación a la que el hecho más importante que la marcó fue –sí todavía le caben dudas a alguien– Malvinas.

Cuánto habrá soñado la «generación del Cordobazo» con tener una bandera de lucha, en que nuestros enemigos se sacaran la máscara. Pero la verdad es que luego de la negra noche de la dictadura en que «ellos» mataron a lo más lindo, lo más combativo de nuestra Patria, llegamos a la democracia en crisis y confusión y no nos damos cuenta de que tenemos por ejemplo, tres ejes, banderas, tan imprescindibles si algún día queremos materializar la tan mentada Liberación Nacional. Me refiero a Malvinas, Nicaragua y la deuda externa.

En la oportunidad que tuvimos varios compañeros del Centro de Ex Soldados Combatientes en Malvinas de visitar la hermana Nicaragua nos dimos cuenta de lo siguiente: el FSLN no inyectó el antiimperialismo en su pueblo diciéndole que los yanquis no son sólo enemigos porque invadieron Vietnam, ni porque someten a otros pueblos; sino también rescatando a Sandino de la oscuridad. Fundamentalmente porque los «gringos» los invadieron dos veces y porque ellos mataron a su general de hombres libres. Gracias a Dios, Galtieri no se parece a Sandino, pero hubo una juventud que armaba paquetes y encomiendas, un pueblo que se ofreció –no a la Junta Militar– sino a una causa, muchachitos que no dudaron en morir frente a dos enemigos: el imperialismo anglo-yanqui y los «oficiales» hijos de la oligarquía. Esa juventud de Malvinas es por suerte el testimonio vivo de esa página escrita

con sangre, y está vigente. Existe una juventud marginal que está en las villas, los heavy metal que crecieron a la sombra de la dictadura, pero que hoy no están representados. A esos «patoteros» nos debemos, fundamentalmente porque somos parte y porque después de la peor tormenta sale el sol. Cuando los ex combatientes con nuestros reclamos y postergaciones, cuando las Madres de Plaza de Mayo con su dolor y sed de justicia, cuando los marginales con su rebeldía aunemos la lucha, empezaremos a recorrer el camino tantas veces declamado. Con este planteo es que los 21 Centros de Ex Soldados del país nos preparamos para el II Encuentro Nacional de Ex Combatientes en mayo del 86. Nuestro aporte sigue siendo el mismo pero mejorado: nuestra realidad es dura y a veces complicada, pero la esperanza tiene un motor indestructible; todos los patriotas que a lo largo de la historia entregaron su vida, y particularmente nuestros compañeros, que son los hermanos de la juventud y los hijos de un pueblo, esperan que volvamos a Malvinas el día que liberemos toda la Argentina.



1

7 Monumentos

1. El monumento de Puerto Madryn está apostado junto al mar, como mirando a las islas. La ciudad chubutense –recordada por recibir con afecto a los soldados que volvían de la guerra– mantiene la memoria de Malvinas con una imagen que representa la solidaridad: un soldado acoge el cuerpo de otro que ha caído y se lo ofrenda al mar.
2. El cenotafio, conocido como «Monumento a los Caídos en la Guerra de Malvinas e islas del Atlántico Sur», está ubicado en la ciudad de Buenos Aires, en la Plaza San Martín. Para recordar a los caídos se escribieron sus nombres sobre unas placas de mármol negro, todos en igual tamaño, obviando las jerarquías y equiparando en la muerte a los soldados y los militares de carrera.

La instalación de este monumento, aprobada en 1989, generó cantidad de discusiones. Algunos se oponían al lugar de su emplazamiento argumentando que no era conveniente ubicarlo en un lugar céntrico y turístico y que sería mejor buscar un lugar tranquilo, «más propicio para la meditación». Otros decían que no era constructivo que estuviera en frente de la Torre de los Ingleses si lo que se buscaba era la reanudación de las relaciones con Gran Bretaña. Y otros consideraban que lo inadmisible era poner los nombres de los soldados, la mayoría conscriptos, con el de los militares, muchos de ellos implicados directamente con el terrorismo de Estado.

3. El «Monumento a la Gesta de Malvinas» está en la ciudad de Necochea. Es una obra del escultor Andrés Mirwald, que tiene más de 34 metros de altura y está orientado hacia la ubicación geográfica de las islas.
4. El Monumento a los Caídos en Malvinas, una iniciativa de la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas. Está emplazado en el cementerio argentino de Darwin, en la Isla Soledad, desde el año 2004.



2



4



3

8 Movilización

Buenos Aires, abril de 1984. Marcha convocada por las primeras agrupaciones de ex combatientes, con el apoyo de diferentes juventudes políticas. En el clima de movilización permanente de los primeros años de la democracia, las organizaciones de ex soldados ocuparon un lugar destacado. El reclamo principal era que Malvinas, en tanto causa nacional, no quedara en el olvido. Además pedían una serie de reparaciones materiales, amparo legislativo y el reconocimiento a los soldados muertos en la guerra.



propuestas

para trabajar en el aula

En este capítulo propusimos indagar en las memorias de la guerra de Malvinas y sus diversos sentidos, qué se recuerda y cómo se recuerda. Para esto organizamos tres ejes: la derrota, la década del ochenta y la memoria colectiva. A continuación ofrecemos algunas sugerencias para el abordaje de estas temáticas.



CONSIGNA DE REFLEXIÓN

- La idea de memorias atraviesa todo el capítulo. Antes de empezar a pensar específicamente en las memorias de la guerra de Malvinas, se puede proponer trabajar sobre el concepto mismo:

- ¿Qué sentido tiene la palabra «memoria» en la vida cotidiana? ¿Es el mismo que se le da en este capítulo? ¿Por qué se habla de memorias en plural y no en singular? ¿A qué nos referimos cuando hablamos de memorias? ¿Qué diferencias hay entre las memorias y la historia?



CONSIGNA DE REFLEXIÓN

Se puede trabajar sobre la cuestión de las responsabilidades ante la derrota. Por un lado, sobre las responsabilidades de las Fuerzas Armadas y, por el otro, sobre las responsabilidades sociales.

- ¿Cómo analiza Martín Balza las responsabilidades de las Fuerzas Armadas en su texto *Gesta e Incompetencia*? Tener presente para este análisis el fragmento del Informe Rattenbach citado en la introducción.
- ¿Qué idea de responsabilidad social aparece en las entrevistas callejeras de la revista *El Porteño* y en las voces de los niños? ¿Dicen lo mismo? ¿En qué se diferencian? ¿Por qué creen que los adultos insisten con la frase «me siento defraudado»?



CONSIGNA DE PRODUCCIÓN

- Se puede proponer leer los testimonios de los ex combatientes del libro *Partes de guerra* y a partir de eso elaborar un cuestionario para entrevistar a ex combatientes de la propia ciudad. Tener en cuenta las paradojas y los dilemas que aparecen en estas voces. Para elaborar el cuestionario también se pueden utilizar las fuentes donde los ex combatientes brindan su visión política (el volante y la nota de la revista).



CONSIGNA DE REFLEXIÓN

En este capítulo se han consignado algunas de las batallas que se libraron después de 1982 por el sentido de Malvinas y de la propia guerra. Se han elegido diferentes fuentes, poniendo especial énfasis en lo que sucedió durante los primeros años de la década del ochenta.

- Se puede proponer reconstruir el debate que se establece en torno al concepto de «desmalvinización». ¿Qué entienden Raúl Alfonsín y su asesor Alain Rouquié acerca de esa idea? ¿Cómo la entienden los ex combatientes? ¿Por qué creen que la comprenden de diferente forma? ¿Qué entiende cada uno por la idea de nación?



CONSIGNA DE PRODUCCIÓN E INVESTIGACIÓN

Se puede realizar una salida por la ciudad para realizar un relevamiento de las huellas que existen de la guerra de Malvinas.

- En principio trabajar sobre los monumentos analizándolos a partir de las preguntas propuestas en la introducción de este capítulo: ¿Cómo se muestra la guerra en los monumentos elegidos? ¿Están los soldados o sólo la silueta de las islas? ¿Quién los construyó? ¿En qué lugar de la ciudad están? ¿Por qué algunos monumentos son humildes y otros, en cambio, presuntuosos? ¿Qué usos se hace de ese monumento?.
- También se puede realizar un relevamiento de otras marcas visibles. ¿Hay calles o barrios que lleven nombres asociados a este hecho del pasado reciente? ¿Dónde están ubicados? ¿Quién decidió ponerles ese nombre? ¿Hay negocios que tengan nombres asociados a Malvinas? ¿Por qué se les puso así? ¿Hay pintadas vinculadas a Malvinas?



CONSIGNA PARA LA IMAGEN

- Muchas veces las fotografías tienen la capacidad de representar una época o de dar cuenta de un momento histórico. Sin reponer previamente la información se puede preguntar: ¿qué observan en esta fotografía? ¿Qué les llama la atención y por qué? ¿Cuándo creen que fue tomada y por qué? ¿Qué elementos de esta imagen nos dan elementos para conocer el momento en el que fue tomada?
- En la imagen del primer capítulo hicimos foco en los protagonistas de la guerra, los soldados. En esta otra imagen también proponemos detenernos en los soldados pero un tiempo después. Se puede establecer un diálogo entre ambas imágenes: ¿Quiénes son los que aparecen en esta fotografía? ¿Podrían ser aquellos que vimos en la imagen del primer capítulo o son otros muchachos? Si son los mismos ¿en qué cambiaron y por qué? Para comparar ambas imágenes se pueden proponer una serie de variables: la postura corporal, la expresión de la cara, la vestimenta, el vínculo entre las personas que aparecen en cada imagen, los lugares donde están, etc.
- Otra alternativa es detenerse en las inscripciones de las banderas (las consignas, los nombres de lugares, los nombres de agrupaciones) y pensar qué diálogos establecen con algunas de las fuentes citadas en este capítulo. Una posibilidad es ver qué debates se entablan entre esas consignas y la idea de «desmalvinización». Otra propuesta puede ser leer las fuentes escritas por los propios ex combatientes —el volante, el documento y la nota del diario *Entre Todos*— e imaginar qué otras banderas y qué otras consignas podrían escribirse a partir de lo planteado en esos textos.



«**LA PRIMERA VEZ QUE EL NOMBRE DE LAS ISLAS MALVINAS** impactó en mí fue aquella mañana de abril cuando estaba en la escuela y sonó la sirena del diario *El Liberal*. La preceptora fue corriendo al patio y entre gritos y llantos dijo que Argentina entraba en guerra con Inglaterra y que un comunicado del Gobierno decía que se habían recuperado las islas Malvinas. A partir de ahí todos los días cantábamos la marcha a las Malvinas y los profesores explicaban porqué las islas nos pertenecían».

«No fui a la guerra pensando en Galtieri sino en San Martín». Ambos testimonios, uno de un profesor y otro de un ex combatiente, fueron recogidos durante la experiencia realizada por el equipo «Entre el pasado y el futuro» en los años 2006 y 2007. Son dos voces, entre tantas otras, que permiten vislumbrar el lugar destacado que Malvinas ocupó en las aulas argentinas y que invitan a preguntar por ese lugar en el presente.

¿Cómo fue la relación entre la cultura escolar y Malvinas? ¿Cuándo se originó y por qué? ¿Qué proceso de traducción realizó la escuela para inscribir en su propia gramática esta causa nacional? ¿Qué peso tuvieron las disciplinas escolares en el proceso de transmisión? ¿Cuánto las efemérides y los rituales patrios? ¿Qué experiencia escolar se conformó en torno a Malvinas? ¿Cómo se fue modificando el imperativo «Las Malvinas son argentinas» según los contextos históricos y políticos?

Este capítulo se propone indagar en estos interrogantes a través del análisis de testimonios de alumnos y profesores, circulares oficiales, páginas de manuales y, fundamentalmente, las prácticas escolares privilegiadas en la

transmisión de Malvinas. A diferencia de los abordajes políticos y sociales que pensaron en Malvinas como un tema diplomático, legislativo, militar, etc., la cultura escolar lo inscribió, al menos, en dos registros: por un lado, en un registro disciplinar, principalmente en el cruce de la enseñanza de las asignaturas Historia y Geografía; y, por otro, en una serie de rituales (efemérides, canciones patrias, actos, etc.) que proponían representar la patria en el marco de la escuela.

Enseñar a amar la patria

A lo largo de la historia, la escuela argentina ha sido el escenario de múltiples conflictos político-culturales. Desde su conformación, hacia la década de 1880, libró contiendas sobre los más diversos asuntos: contenidos laicos o religiosos; escuelas mixtas o separadas por género; escuela única o escuelas rurales y urbanas. Asimismo, los debates en torno a las «cuestiones nacionales» hallaron en la escuela un receptáculo privilegiado.

Frente a las dificultades y desafíos de integración que planteaba el modelo de *pais aluvional*, las clases dirigentes confiaban en que la escuela fuese capaz, no sólo de homogeneizar las diferencias culturales de origen, sino también de enseñar a las camadas de inmigrantes a amar la nueva patria como si fuera propia. Imaginaban que esta institución, avalada por un fuerte consenso social, sería capaz de modelar futuros a través de la filiación de aquellos sujetos con un pasado nacional en común.



La escuela constituyó un dispositivo social fuertemente orientado a la construcción de ciudadanía, en detrimento de otras funciones sociales, por ejemplo la económica. La escuela primaria, en particular, no dudó en inscribir su discurso civilizatorio en sintonía con las grandes causas nacionales. La enseñanza de la lengua nacional, la formación de una conciencia histórica común y la inclusión en una serie de rituales patrios fueron elementos privilegiados de la táctica adoptada por el normalismo argentino.

Si una misión distinguía a la tarea docente era enseñar a los alumnos el amor por la patria. Para ello, se disponía de una diversidad de artefactos: las efemérides, las biografías de los héroes militares, los libros de lectura y las marchas patrióticas, por citar algunos. Malvinas, como símbolo, constituyó un elemento clave para el cultivo del sentimiento nacionalista llegando, incluso, a abonar una prédica antiimperialista como parte de la conducta esperable de todo buen patriota.

Conocer y entender este proceso no debe, sin embargo, conducirnos a sobredimensionar la importancia que tuvo la escuela como agente de nacionalización de Malvinas. Su papel formó parte de un desarrollo más amplio, donde se destacaron otras instituciones –por ejemplo, el ejército– y cantidad de prácticas de la cultura popular y política.

Lo que sí podemos afirmar es que la escuela hizo de Malvinas uno de los temas privilegiados para pensar la Nación. Pero no lo hizo como un mero reflejo de las discusiones políticas o como una «caja de resonancia» de algo que sucedía «afuera» sino a través de los complejos procesos de intermediación que constituyen la cultura escolar. Sólo mediante esos procesos pudo producir y estabilizar una serie de sentidos en torno a lo que las islas debían representar para los alumnos.

Historia y Geografía: dos disciplinas que construyeron Malvinas

La función política de la escuela como constructora de ciudadanía no estaba exenta de debates. Incluso la expansión material del sistema –algo que para algunas posiciones constituía en sí misma el proceso de nacionalización– era puesta en cuestión. «Con sólo fundar escuelas tras escuelas, salíamos sin duda de la barbarie, pero no entrábamos por eso en la civilización», escribía Ricardo Rojas en *La restauración nacionalista*.

Hacia 1910, Rojas –consustanciado con un clima de época que buscaba realizar un balance del programa político de las elites vencedoras en las batallas de la organización nacional– señalaba la necesidad de revisar algunos de los modos en que la escuela construía ciudadanía. Para ello desplegó un conjunto de argumentos en torno a la importancia de revitalizar las «humanidades modernas», en particular, la Historia y la Geografía. Y puso el énfasis en cómo se dictaban estas disciplinas a la hora de formar a los futuros docentes.

Es posible rastrear las relaciones entre Historia y Geografía desde el *Facundo* de Sarmiento en adelante. Pero es en *La Restauración Nacionalista* de Rojas donde este tema se toca con un alto grado de especificidad, tanto que a partir de su circulación se elevó un informe al Ministerio de Instrucción Pública donde se sugería reformar la enseñanza de la Historia. Al momento de su publicación, la propuesta despertó un alto nivel de polémica.

Rojas estaba preocupado por la forma en que se enseñaba Historia. En primer lugar, sostenía que las cátedras de los Colegios Nacionales estaban tildadas de «fáciles» porque a sus postulantes no se les exigía una preparación especial. Por otro lado, decía, cuando la cátedra estaba a cargo de un profesor capaz su acción pedagógica se veía neutralizada por la «anarquía científica» de los programas.

Otro de los problemas era la procedencia de muchos de los libros de Historia que se usaban en la escuela, en muchos de los casos se trataba de traducciones de libros extranjeros. Rojas agregaba que, además, toda la instrucción estaba impregnada del espíritu de la «educación medieval». Esta rémora era un escollo para enfrentar el punto más preocupante: el cosmopolitismo reinante hacia principios de siglo que atentaba contra la formación de buenos patriotas. «Nuestro país ya posee dentro de sí un gran número de extranjeros que tratan de perpetuar sus tradiciones y hasta su credo político entre sus hijos, con peligro para nuestras instituciones y para el elemento nativo», escribía.

Para Rojas era fundamental que la enseñanza de la Historia, basada en contenidos nacionales, se nutriera de la Geografía y que ésta, a su vez, fuera auxiliada por la cartografía. Si la Nación argentina estaba formada por diferentes culturas y variados idiomas, para crear «buenos patriotas» había que reafirmar lo que teníamos en común: el territorio.

La Geografía era un saber que permitía producir visiones de la sociedad a partir de analizar las organizaciones espaciales. Según Rojas ya no era posible que la disciplina fuera «por mucho más tiempo una inútil y fastidiosa repetición de nombres de pueblos, regiones, accidentes, posiciones y productos, sino una combinación de leyes físicas y sociales capaces de ilustrar al niño sobre las causas de los hechos relatados por la Historia»⁵.

Si nos extendemos en esta introducción es porque consideramos que estas discusiones marcaron la inscripción de Malvinas en la matriz escolar. El ingreso de este tema en la currícula se produjo recién en 1941 a través de una reforma escolar. El momento de la incorporación nos permite distinguir

5. ROJAS, R., *La Restauración nacionalista*, Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1971.



otra de sus marcas fundamentales: los discursos antiimperialistas de los años treinta surgidos, sobre todo, a partir de la experiencia de la FORJA, Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina, (un movimiento político de orientación nacionalista, inspirado en el radicalismo yrigoyenista) y la recuperación del pensamiento de Manuel Ugarte y Raúl Haya de la Torre (*ver capítulo 2*).

A partir de entonces la cuestión Malvinas aparece mencionada en la mayoría de los libros y manuales escolares de Historia y Geografía con un tono que remarca el carácter persistente e inacabado del conflicto. Es decir que se subraya la imagen de la Nación desgarrada e incompleta.

Los criterios territoriales para pensar la Nación tuvieron muy buena recepción en la escuela. Un docente de Santiago del Estero recordaba que «nos enseñaban que las islas Malvinas eran argentinas pues las heredamos del reino de España cuando nos liberamos de nuestra condición colonial. Estando como gobernador Luis Vernet, en 1833, los ingleses tomaron por la fuerza las islas. Desde entonces, reclamamos su devolución. Otro argumento a favor de nuestra soberanía es que están en la plataforma marítima argentina. En la escuela estudiábamos el relieve, la fauna, la flora de las islas y sus productos».

El testimonio pone de manifiesto los elementos claves del relato escolar sobre Malvinas. Por un lado, la historia entendida como una historia militar, organizada en torno a las gestas entendidas como acciones patrióticas y en el odio a los enemigos de la Nación. Por otro lado, la geografía enriqueciendo la narración a través de la representación territorial de esa Nación. Es probable que la enseñanza a la que remite el testimonio santiagueño también esté cruzada por la difusión de la obra de Paul Groussac *Las Islas Malvinas*, un texto que el diputado socialista Alfredo Palacios propuso en 1934, desde su bancada de Diputado Nacional, compendiar y repartir a través de la

Comisión Protectora de Bibliotecas Populares en todos los institutos de enseñanza de país.

Según el historiador Luis Alberto Romero los textos escolares sostenían que las islas eran argentinas sobre cuatro argumentos: «la preeminencia del criterio territorial; la confusión entre las funciones de los derechos territoriales en los estados dinásticos y patrimoniales y en los modernos estados nacionales; la incongruencia entre el relato de los acontecimientos anteriores a 1810 y los derechos incontrastables que España tendría sobre las islas; y finalmente, la potencialidad autoritaria de los discursos de la reivindicación territorial que un verdadero argentino no puede discutir»⁶.

En el libro *La Argentina en la escuela. La idea de nación en los textos escolares*, el historiador revisa críticamente estas cuatro explicaciones y sostiene que no necesariamente una Nación debe pensarse desde estos criterios sino que también se lo puede hacer desde otras legitimidades como la cultura, la tradición o la ley.

Tal como hemos dicho en este libro, el artículo 92 de la Ley Nacional de Educación, en su inciso b) afirma que «formará parte de los contenidos curriculares comunes a todas las jurisdicciones la causa de la recuperación de nuestras islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur, de acuerdo con lo prescripto en la Disposición Transitoria Primera de la Constitución Nacional». La ley define la centralidad que se le debe otorgar a la enseñanza de este tema, pero las formas de transmitir esa experiencia seguirán marcadas por las tensiones que aún persisten entre la vieja propuesta de Rojas, el testimonio del maestro santiagueño y la crítica de Romero.

6. ROMERO, L., A., *La Argentina en la escuela. La idea de nación en los textos escolares*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

Rituales escolares: formas de actuar la pertenencia nacional

Malvinas no sólo repercutió en el salón de clases, sino que se entró en la vida cotidiana de la escuela. Las memorias escolares convocan un conjunto de rituales donde se destacan las marchas, las canciones patrias, las oraciones, los actos, los monumentos.

«A la entrada y la salida de la escuela nos hacían rezar y cuando nos retirábamos a nuestros hogares lo hacíamos al compás de la “Marcha de Malvinas”, algunas maestras lloraban, otras con cara de tristeza nos acompañaban al portón principal recordándonos que debíamos escribir cartas a los soldados y mandar alguna comida (picadillos, galletas, etc.); y nosotros, como niños responsables, al día siguiente, con ayuda de nuestra mamá, traíamos lo que nuestro maestro había solicitado», recuerda un profesor tucumano.

La escuela argentina reconoce, desde sus orígenes, una matriz vinculada con prácticas rituales con una fuerte dimensión religiosa y militar. Estas prácticas conformaban una suerte de programa relacionado con las funciones de conducción, dirección y gobierno de la enseñanza. Mientras que las disciplinas escolares estaban emparentadas con «pensar de una determinada manera», los rituales instaban a actuar esas «verdades», a sentirlas. Los símbolos patrios y los rituales escolares son necesarios, según Adriana Puiggrós, en tanto «engarces de la sociedad, lugares donde se produce la vinculación entre la gente, operaciones discursivas de construcción de lo colectivo».⁷ Para que tengan sentido deben ser actuados y esa actuación debe ser respetuosa, estar pautada por normas y prohibiciones: tomar distancia, pararse firmes, mirar a la bandera, cantar el himno de pie, etc.

7. PUIGGRÓS, A., Sujeto, disciplina y curriculum (1885-1916), Buenos Aires, Galerna, 1991.

Los efectos de los rituales no deben pensarse como congelados, sino como fases de un proceso de la cultura escolar. De allí su complejidad, en la medida en que captar el «sentido» del ritual no pasa exclusivamente por centrarse en sus efectos, sino que invita a recorrer la distancia que hay respecto de sus intenciones primeras. Muchas veces –y esto se vive a diario cuando los alumnos, por ejemplo, no cantan el Himno– la distancia entre las intenciones y los efectos son bien evidentes y es esa distancia la que permite indagar en la eficacia o ineficacia de los rituales en el presente.

Revisar la relación entre las Malvinas y la escuela nos permite también repensar los rituales escolares. ¿Es posible imaginar otros usos de los rituales tradicionales atendiendo a las nuevas generaciones? ¿Cómo actúan los rituales cuando hacen mención a hechos conflictivos de nuestro pasado reciente como la guerra de Malvinas? ¿Qué patria debemos enseñar a amar desde la escuela después de la experiencia del terrorismo de Estado? ¿Cómo pensar la patria después de la guerra de Malvinas? ¿Cómo reinventar el ritual como espacio de intervención para reencontrar el pasado de un modo democrático, abierto, plural?

No puede diseñarse una única operación pedagógica para enseñar Malvinas, del mismo modo en que no hay tampoco una propuesta definitiva para trabajar en torno a la experiencia del terrorismo de Estado. En este capítulo ensayamos algunas ideas respecto al lugar que la escuela argentina le asignó a Malvinas en tanto metáfora de la cuestión nacional. Uno de los puntos centrales para volver a pensar y elaborar junto con los docentes y alumnos reside en aceptar las diferentes acepciones –territoriales, ideológicas, generacionales, de clase– que contiene el vocablo «Malvinas». Si la escuela pública argentina, al menos discursivamente, se constituyó como uno de los principales lugares para producir un discurso sobre «lo común», bien puede ser la escuela el lugar apropiado para pensar las acepciones que tuvo y tiene el vocablo «Malvinas».

fuentes

La siguiente circular está fechada el 26 de agosto de 1964 y fue dirigida a los Rectores y Directores de las instituciones educativas.

1 Circular escolar de 1964

Tengo el agrado de dirigirme a ese Rectorado/Dirección recordándole que el próximo 8 de septiembre, en la “Reunión de los 24”, será considerado el futuro de nuestras islas Malvinas.

Los Representantes de las potencias extranjeras llevan, en ese acto, el propósito de considerar los problemas inherentes al colonialismo y a la autodeterminación de los pueblos y, en ese temario, ha de incluirse a las islas Malvinas, entre las colonias británicas. Esta decisión, la República Argentina, no la puede ni debe consentir, por cuanto se trata de un pedazo de su territorio arrebatado en acto de fuerza [...]

Los derechos argentinos están basados en razones geográficas e históricas y en la soberanía y ocupación efectiva que ejercía la Argentina sobre las islas al tiempo de la usurpación británica, derivados de su carácter de sucesora de España luego de su independencia como provincia de ultramar.

Nuestro país no debe escatimar esfuerzos para impedir el referido propósito y para que logre alcanzarse la recuperación definitiva de sus islas. Para ello, además de todo cuanto nuestro Gobierno realiza en pos de tal logro, se estima de positivo valor, por la fuerza psicológica que ello trasunta, que se exalte ante los



alumnos de los establecimientos educacionales del país, el momento que vive la patria, ante el temor de lo que podría resultar la pérdida definitiva de un pedazo de su suelo.

Por ello, todo el profesorado de esa casa de estudios –sea cual fuere la asignatura a su cargo– comentará diariamente, en cada división, toda noticia que –al respecto– sea dada por la prensa escrita, oral o televisiva, o mediante el material que a tales efectos sea enviado al establecimiento. Sin perjuicio de esto, los profesores de Historia, Geografía, Instrucción Cívica y Educación Democrática, dedicarán 10 minutos de sus respectivas clases [...] para insistir ante los alumnos sobre las irrenunciables derechos que nos asisten sobre las islas Malvinas y hacer que también ellos se sientan consustanciados con la situación y lleven a sus respectivos hogares ese mismo sentimiento, que debe abarcar a toda la población de la República.

La siguiente circular está fechada el día posterior a la rendición de la guerra de Malvinas, el 15 de junio 1982, y firmada por el Ministro de Educación Cayetano Licciardo. El texto muestra los intentos de la dictadura por relativizar la derrota y sostiene que es necesario «orientar en las actuales circunstancias la reflexión de los alumnos en torno de objetivos claros y formativos». Luego de definir cómo deben ser comunicados los hechos a los alumnos, propone una serie de temas para profundizar con ellos:

2 Circular escolar de la posguerra, junio de 1982

- El heroísmo es un valor superior a la Victoria.
- La ocupación del 2 de abril fue un acto de recuperación, como afirmación de derechos y no de provocación o agresión.
- Afirmación de la unidad latinoamericana.
- No buscamos la guerra sino la afirmación del derecho y la justicia.
- No hemos buscado ayudas ajenas a nuestra identidad nacional.
- La Argentina reserva moral y cultural de occidente.
- Es más difícil la entereza ante la adversidad que la celebración ante el triunfo.
- El sacrificio y el dolor nunca son estériles.
- No obstante Vilcapugio, Ayohuma, Huaqui y Cancha Rayada, la emancipación de las Provincias Unidas del Río de la Plata fue una realidad hecha de heroísmo y de coraje.
- La historia señala muchas noches aciagas precursoras de días venturosos y sus héroes no fueron únicamente los vencedores de batallas.
- La síntesis final es la unidad demostrada en la convivencia de juventudes, que superando todas las diferencias se redescubrieron en el verdadero sentir argentino.
- La recuperación de las Malvinas es sello de una profunda unión nacional. Esto es realidad demostrada y no euforia transitoria.

Los siguientes testimonios fueron recogidos durante los años 2006 y 2007 en diferentes provincias argentinas por integrantes del programa «Educación y Memoria» en el marco del proyecto «Entre el pasado y el futuro».

3 Testimonios docentes sobre Malvinas y la escuela

ANTES DE LA GUERRA

«En el año 1975 cursaba el 5° grado. En ese entonces los directores visitaban las aulas a menudo y muy especialmente en los días previos a los actos patrios celebratorios o conmemorativos. Don Rulo como curiosamente solíamos llamarle, nos contó sobre las islas Malvinas. Aún siento el frío, la reacción de mis sentidos ante tan perfecta descripción. Magnificada, además, por las riquezas económicas del lugar más austral del país. Luego inesperadamente preguntó: “Niños ¿cómo será el olor de un amanecer en ese pedacito de suelo argentino? Levanté la mano izquierda para responder y dije: “seguramente hay olor a silencio”».

«Recuerdo claramente como si fuera una fotografía grabada a fuego en mi memoria, los primeros textos de la escuela primaria. Esos libros con lecturas sobre nuestra historia incluían la imagen del archipiélago de Malvinas y nos relataban sobre su geografía, sus vientos, el frío. Seguramente la figura de la maestra tan importante para mí hacía cercano ese lugar, tan distinto a mi Santiago, pero tan argentino como el suelo conocido. Esa mezcla de sensaciones entre imágenes y el mensaje enseñado por la docente que se internalizaban en mí, por sentimiento, por respeto y por esa visión de niña que entendía que la escuela era la que captaba el verdadero espíritu del ser y sentir argentino».

«La primera vez que supe de la existencia de las islas Malvinas fue en el año 1954, cuando cursaba cuarto grado de la escuela primaria, figuraba en la parte de geografía del Manual Estrada que usábamos en esa época. Debo confesar que en la primaria fue la primera y única vez que lo escuché.

Recuerdo después de graduado y como inquietud personal, que comencé a leer bibliografía que no tenía que ver con lo técnico de mi profesión, y uno de los tramos que me pareció interesante fue conocer los orígenes de la patria pero no desde los textos de Historia, sino desde aquellos que tomaban aspectos históricos geográficos en un tono más coloquial. Hay un autor santiagueño, Don Juan José Larni Hernández, que tiene un escrito (un pequeño libro) que relaciona las Malvinas con Santiago del Estero y después de leerlo despertó mi interés en saber más sobre el tema, así que traté de indagar todo lo relativo a las islas, indagación que aún continúa».

«La primera vez que escuché hablar de Malvinas fue en la escuela cuando realizábamos croquis de las islas en el recordado simulcop y en láminas preparadas por una madre docente. También recordamos las razones por las que las Malvinas son argentinas:

- históricas, por herencia de España,
- geográficas, porque están sobre la plataforma submarina argentina,
- legales, por los reclamos realizados ante organismos internacionales.

Estas razones eran enseñadas por las maestras en la escuela. Además recuerdo los actos escolares, la canción de las Malvinas, la poesía de Pedroni».

LA GUERRA

«Tengo la certeza de que en la primaria aprendí algo de las Malvinas junto con el catecismo y el bordado. Recuerdo el 2 de abril del 82, era el día de mi cumpleaños. Vivía en el centro de Santiago. Iba caminando a la Normal y por la 25 de Mayo pensaba que justo ese día “sucedió” la guerra. Mi desolación, mi dolor, mi angustia pasaban por mí, por mis 13 años, por mi pobreza urbana, por mis faltas materiales y porque nadie se acordaría de mí sino de la guerra».

«Varios de los relatos que obtuve pertenecen a mi familia donde hay muchos miembros del Ejército y la Fuerza Aérea. Otras historias son las que escuché sobre desertores que saltaban de los trenes y eran refugiados por los vecinos».

«Mi primer recuerdo de la palabra Malvinas es al comienzo de la secundaria, el nombre de mi amiga, María Malvina, y mi curiosidad me llevaron a pre-

guntarle por qué ese nombre poco común; me respondió “nací en 1982, en plena guerra y de allí mis padres decidieron ponérmelo”».

«Mi primer recuerdo de Malvinas se dio en mi familia. Mi hermano hacía el servicio militar obligatorio en Neuquén. Esta noticia cubrió de tristeza mi casa. En cambio para mí, que tenía 15 años, era un orgullo tener un hermano que era un héroe. No tenía conciencia de lo que era una guerra».

«El primer conocimiento que tuve acerca de las Malvinas fue en 1982 cuando cursaba el tercer grado de la escuela primaria. De esos momentos recuerdo que la maestra daba la clase y como actividad hicimos una maqueta en telgopor de las islas, colocando en ellas aviones de papel y soldaditos de juguete. Recuerdo que la hicimos en una siesta todo el grado en el domicilio particular de ella. De aquel entonces (yo tenía 8 años) recuerdo que le escribimos carta a los combatientes y compramos chocolates, y otras donaciones, hasta que un día nos dijeron que no debíamos llevar más cosas porque cuando a ellos les entregaban donaciones, eran identificados por los ingleses, y por ende podrían matarlos. Es todo lo que recuerdo de mi primer conocimiento acerca de las islas».

«Cuando estaba en el jardín de infantes recuerdo que todos los días nos hacían cantar la marcha de Malvinas en la hora de música. Vagamente recuerdo que las maestras nos hablaron sobre lo que estaba sucediendo: que muchos hombres estaban luchando por nuestro país y que teníamos que ayudarlos. Se me viene a la mente una imagen de todos mis compañeros de sala armando cajas con mercadería y mientras las hacíamos cantábamos la marcha. Después de ese momento no recuerdo que alguna maestra nos haya contado o dicho algo sobre lo sucedido refiriéndose a Malvinas como un lugar en donde muchos hombres dieron su vida por defender algo nuestro».

«Vivía cerca del Regimiento, a tan sólo una cuadra, junto a mi hermana y amigos nos gustaba ver pasar los soldados en su instrucción por las calles y veredas del barrio, juntábamos los cartuchos que en el piso quedaban. Lo lindo de la escuela primaria era cantar la marcha de Malvinas y el salir desfilando rumbo a la casa, hoy casi ni la cantan. Pero mi recuerdo más vivo fue salir a la calle todos juntos de la Escuela Secundaria “Centenario” cuando allá en el 82 tocaron la sirena de El Liberal y del Regimiento; nos estremecía la piel, cantar y cantar una y otra vez la marcha. Fue allí que profesores sobre todo de Historia y Geografía nos hablaron de las islas como algo nuestro, desde la cátedra Formación Educativa y Cívica. El valor que había que darle y en las Iglesias el juntar y juntar cosas para enviar a las islas. También me asustaba el ver tanto despliegue en el Regimiento y el solo hecho de pensar en un bombardeo, pero era más el amor por las islas y el patriotismo que nos inculcaban que todo temor desaparecía. Incluso en música era obligación saber la marcha de memoria».

POSGUERRA

«Mis recuerdos personales acerca de la guerra de Malvinas son muy escasos y muy pobres en contenido. De la escuela primaria tengo un solo recuerdo que era una estatua de un soldado en el frente de la escuela que solía mirar al ingresar a la misma, y cuando preguntábamos quién era, nos decían “es un soldado que combatió en Malvinas”».

«La primera vez que escuché hablar de Malvinas fue en la escuela y en mi pueblo ya que un vecino fue a la guerra. En la escuela nos daban una breve reseña de la historia de las Malvinas y en los actos siempre se invitaba a este señor. En ese entonces no entendía lo que significaba la presencia de mi vecino, para mí era un acto más».

«Hablar de Malvinas causa dolor. Sé que muchos a lo mejor no entienden lo que quiero expresar porque soy uno de los tantos argentinos que sufrimos en carne propia esa paradoja de lo que significaba “la construcción del ser nacional”, ese sentimiento que nos lleva a definir en nosotros qué es “la patria” durante la década del 70. Y digo en carne propia porque fui formada en un sistema escolar en donde se nos instaló la idea de “los héroes de la patria” a fuerza de símbolos, signos virtuales en donde la idea de las “Las Malvinas son Argentinas” ingresó a mi vida desde el primer grado. Todavía está en mi memoria la señorita Rosa contándonos la historia a modo de cuento sobre el Gaucho Rivero, la marcha a los actos recordatorios en el pasaje a dicho nombre, al “centro malvinense” el cual formamos a medida que transcurrimos la primaria. Y luego la desazón de “la pérdida de la guerra”. Pasamos del imperialismo vigoroso del 2 de abril al dolor de la entrega de la guerra, que deja una marcha cuando uno es adolescente y considera “que las causas justas” deben triunfar como los cuentos infantiles. Y luego el silencio».

El libro de lectura para segundo grado de la editorial Kapelusz, publicado en Buenos Aires, en 1953, elaboraba un discurso simple pero contundente sobre las islas.



4 Manual escolar

Las Malvinas son argentinas

Las Malvinas son argentinas. Lo fueron siempre. Forman parte de nuestro territorio. Por debajo del mar se continúan naturalmente con nuestro suelo. Cuando nuestro país declaró su libertad, heredó todos los derechos que España tenía sobre las islas. En varios casos envió expediciones y designó un gobernador en ellas.

En 1833, sin embargo, tropas inglesas se instalaron por la fuerza en esa parte de nuestro territorio. Los pocos soldados argentinos que había en las Malvinas no pudieron impedir ese atropello.

Pero la Patria jamás renunció ni renunciará a sus derechos.

Hoy y siempre, los niños de la Nueva Argentina deben decir: ¡Las Malvinas son nuestras!

¡Y será un día de júbilo para todos cuando la bandera azul y blanca vuelva a ondear en ellas!

5 Saludo a la bandera

La educación pública fue uno de los pilares de la consolidación del Estado argentino, apoyado económicamente en el desarrollo del modelo agroexportador. Las escuelas y los cuarteles marcaron la presencia estatal en los territorios nacionales, hoy provincias, como las de Patagonia o el Nordeste. Esta fotografía tomada en 1910 condensa muchos de los procesos en los que la educación cumplió ese papel relevante. Se trata de una escena escolar en la que el maestro y el pabellón nacional conviven con un escudo en galés en uno de dichos territorios nacionales, y, en el año del Centenario, un mapa del territorio argentino con al distribución de sus recursos agrícolas y ganaderos.



propuestas

para trabajar en el aula

En este capítulo propusimos pensar la relación que existe entre la cultura escolar y Malvinas, básicamente a través de dos ejes: las disciplinas que hablaron de las islas (la Geografía y la Historia) y los rituales escolares que acompañaron el proceso de construcción de la nacionalidad. Aquí brindamos algunas ideas para trabajar estos ejes.



CONSIGNA DE INVESTIGACIÓN:

Según el texto introductorio de este capítulo, la escuela habló de Malvinas desde dos de sus disciplinas clásicas, la Geografía y la Historia. El manual Kapelusz citado entre las fuentes es un ejemplo de este recorte (la explicación de suelo como continuidad de la plataforma marina; y el argumento del territorio heredado de España).

- Se puede proponer revisar los manuales de la actualidad –por ejemplo los que estén en la biblioteca de la propia institución– y analizar qué se dice sobre Malvinas y desde qué disciplinas se habla de Malvinas. ¿Qué diferencias hay con aquellos discursos analizados en este capítulo? ¿Hay alguna mención a la guerra? ¿Cuál?



CONSIGNA DE REFLEXIÓN Y PRODUCCIÓN:

Se puede leer y comparar los testimonios que dan cuenta de cómo la escuela habló sobre Malvinas. ¿Cuáles son las diferencias principales entre quienes fueron a la escuela antes de la guerra, los que fueron durante la guerra y lo que fueron con posterioridad a la guerra?



CONSIGNA DE REFLEXIÓN Y PRODUCCIÓN

En las circulares escolares se sugiere una forma de enseñar Malvinas vinculada a un modo determinado de entender la patria. Se puede proponer rastrear cuáles son las nociones de patria presentes en esas circulares escolares (por ejemplo, en la primera de 1964, la idea está asociada al anticolonialismo y la autodeterminación de los pueblos; en la segunda, fechada en 1982 después de la derrota, se intentan sostener algunas de esas mismas palabras pero en un contexto marcado por el terrorismo de Estado y el desastre de la guerra de Malvinas).

- Para completar esta actividad se sugiere realizar una pequeña encuesta en la comunidad educativa a partir de la siguiente pregunta: «¿Qué es la patria?».

- Una vez hecha la comparación, se puede proponer que cada uno escriba un relato a partir de la siguiente pregunta: ¿Cuál es mi primer recuerdo escolar sobre Malvinas?



CONSIGNA DE PRODUCCIÓN:

Describir cómo es hoy un acto del 2 de abril en una escuela (qué se canta, qué palabras se dicen, cómo se enuncia la fecha, se habla de la guerra o no, se invita a alguien). Según se explica en la presentación de este capítulo «los rituales escolares tienen una fuerte dimensión militar y religiosa» ¿Sigue presente esa dimensión? ¿De qué manera?

- Una segunda parte de la actividad puede consistir en imaginar cómo organizarían los alumnos un acto escolar para la fecha del 2 de abril. Las preguntas enunciadas en el texto introductorio pueden servir como guía.



CONSIGNA PARA LA IMAGEN

- Proponemos, después de la lectura del capítulo, observar detenidamente la foto y guiar esa mirada a través de una serie de preguntas:
- ¿Qué vemos allí? ¿Quiénes son los que están en esa imagen? ¿Quiénes son los «galeses» que vemos en la foto y desde cuándo están en la Patagonia? ¿Qué están haciendo? ¿Por qué izan la bandera? ¿Cuál creen que era el sentido de ese ritual? ¿Por qué hay un mapa en la imagen? ¿Qué representa ese mapa? ¿Qué lugar ocupaba la enseñanza de la geografía, cuál el de la historia? El maestro ¿les hablaría de Malvinas? Y si lo hacía ¿qué les diría?
- Otra posibilidad es leer con detenimiento los testimonios de profesores que se citan en las fuentes y proponerle a los estudiantes que elijan tres de ellos que consideren que por algún motivo dialogan con la imagen (que están de acuerdo con lo que la imagen muestra, que establecen una distancia, que la problematizan, etc.)
- La imagen logra sintetizar, de alguna manera, una de las ideas rectoras de la historia de la escuela argentina: construir la idea de Nación. Se puede invitar a los estudiantes a que produzcan una imagen que represente la actualidad de la escuela. ¿Sería una imagen de la bandera? ¿Sería una imagen con estudiantes, de profesores, del edificio, de otras inscripciones que hay en las aulas? ¿Habría mapas, estarían las Malvinas? ¿Qué imagen habría que construir para mostrar a la escuela del presente?



¿QUÉ IMÁGENES TENEMOS de la guerra y de las islas? ¿Qué representaciones fueron elaboradas a partir de la derrota de 1982? ¿Qué memorias del conflicto se condensaron en la literatura, la fotografía y el cine? ¿Qué clase de «documentos» son estos, cómo leerlos para enriquecer nuestra mirada sobre Malvinas?

La transición democrática argentina encontró en el testimonio un punto de partida para la reconstrucción de los pilares fundamentales de la institucionalidad. Los relatos de quienes combatieron en la guerra y de quienes sobrevivieron a los campos de concentración apuntalaron el proceso de transición. Por un lado, porque los testimonios judiciales permitieron –y permiten– condenar a los responsables del terrorismo estatal y, por otro lado, porque las voces de quienes fueron a la guerra ayudaron –aunque con dificultad– a reconstruir la idea de Nación, una idea que entró en crisis por los crímenes de Estado y la derrota en las islas.

Los testimonios vinculados a Malvinas circularon de variadas y conflictivas maneras en la cultura política argentina. A su vez, las experiencias de la guerra también fueron interrogadas por distintos soportes estéticos. Como se ha visto a lo largo del libro, cada vez que se pronuncia el nombre del archipiélago entran en tensión diversos sentidos. Queremos puntualizar aquí cómo la literatura, el cine y la fotografía lograron condensar de un modo privilegiado muchas de esas tensiones, gracias a que tienen lenguajes específicos distanciados de los fines estrictamente comunicativos y a que mantienen una autonomía relativa respecto de la política y de la experiencia vivida.

Narrativas de posguerra

El peruano José Carlos Mariátegui escribió en 1928 en el séptimo de sus *Siete ensayos* que «el florecimiento de las literaturas nacionales coincide, en la historia de Occidente, con la afirmación política de la idea nacional». Las naciones, al formalizar sus lenguas, encontraron en la literatura un lugar para imaginarse a sí mismas. En el espacio literario –tanto en la novela moderna como en su antecesor, el relato épico– construyeron pertenencias, lealtades, ilusiones y mitos de origen.

Las «comunidades imaginadas» –como llama Benedict Anderson a las naciones modernas– hallaron en las novelas un espacio donde representar sus fronteras y su simbología. La literatura española, por nombrar un caso cercano, encontró en la historia del Cid una imagen con la que sellar la unificación de España frente al pueblo moro. La épica afirma valores de pertenencia y lazos identitarios, tanto en su forma clásica –en la *Iliada*– como en sus transformaciones a través de los siglos.

En nuestro país, la literatura también nació junto con la necesidad política de afirmar la idea de Nación. Como muchos críticos han señalado, la literatura argentina del siglo XIX estuvo obsesionada con las fronteras: *La Cautiva* (la frontera con el indio); *El matadero* (la frontera violenta entre proyectos políticos); *Facundo* (la frontera entre la civilización y la barbarie) y *Una excursión a los indios Ranqueles* (la posibilidad de cruzar el límite y dialogar con el otro).

La «cuestión Malvinas», desde 1833 en adelante, tal como hemos visto en el capítulo 2, se convirtió en un objeto de disputa entre distintas tendencias políticas. Funcionó, para decirlo con una figura retórica, como una *sinécdoque*: a través de la parte (las islas), se hablaba del todo (la Nación). La obsesión por las fronteras del siglo XIX halló en Malvinas un nuevo objeto, pero esta vez las fronteras no se trazaban frente al indio sino frente al Imperio Británico.

El terrorismo de Estado trastocó la trama de los símbolos nacionales. Si hasta 1982 el espejo de Malvinas le devolvía a la sociedad la ilusión de una comunidad unificada, después de la guerra el espejo se fragmentó y empezó a devolver imágenes diversas: en algunos puntos del territorio nacional la idea de nación se quebró; y en otros, por el contrario, se reforzó como el último recurso disponible ante la desintegración.

La narrativa contemporánea ayuda a visualizar y pensar en estas imágenes. Nos concentraremos, fundamentalmente, en tres de ellas: la farsa, el drama y la guerra en presente.

LA GUERRA COMO FARSA

La literatura que se escribió durante la transición a la democracia intentó, de una u otra manera, dar cuenta de los horrores que se habían vivido en la Argentina durante el terrorismo de Estado y se preguntó por las causas que habían llevado a la violencia política. Novelas como *Respiración artificial* de Ricardo Piglia o *Glosa* de Juan José Saer, tal como señaló Beatriz Sarlo, toman como objeto la historia argentina y la convierten en un enigma a resolver.

En este marco, aparece la primera novela sobre la guerra de Malvinas, *Los Pichiciegos*, escrita por Rodolfo Fogwill en junio de 1982 a la par de la guerra misma. En sus páginas sigue vigente la centralidad de la historia argentina pero ya no aparece con claridad la pregunta por el enigma a resolver.

Los *pichis* son unos soldados que deciden abandonar la batalla y refugiarse en un pozo, al que llaman «la pichicera». Desde allí abajo escuchan las bombas, pero permanecen ajenos, no al miedo sino a la lógica de la guerra. Los pichis intercambian productos con los ingleses en un mercado negro y llevan y traen información según les convenga. Están ajenos a cualquier bandera, les da lo mismo quién gane y quién pierda: sólo quieren sobrevivir. Así, en la primera novela sobre la guerra de Malvinas, los protagonistas no son héroes sino desertores.

Esta novela inaugura un modo de contar el conflicto que nada tiene que ver con la épica ni con los valores nacionales. La crítica literaria argentina ha señalado su lugar fundante en tanto narración de la guerra alejada de la épica. El crítico Julio Schwartzman ubicó a esta obra en la tradición de la picaresca: «*Los pichiciegos* elige la perspectiva y la lengua de una picaresca de guerra, de la corrosión de los límites entre los bandos, de la negativa cínica a hablar en serio de los valores involucrados»⁸.

«Zafar y no vencer es la impronta en la novela», sostuvo el escritor Martín Kohan. La narración –dijo– se construye como una farsa más que como una épica. Los valores que sostienen la guerra, «la gloria y las hazañas, el mandato de matar o morir, el deber de la recuperación de las hermanitas perdidas, o el mérito de caer por la patria», son desacreditados en las ficciones que abordan la guerra de Malvinas.⁹

Durante los años 80 y principios de los 90 se publicaron varios libros en esta misma línea: la novela *A sus plantas rendido un león* (Osvaldo Soriano, 1982)

8. SCHWARTZMAN, J., Microcrítica. Lecturas argentinas (cuestiones de detalle), *Bueno Aires, Biblos*, 1996.

9. KOHAN, M., «El fin de una épica» en *Punto de vista* N° 64, 1999.

y los cuentos «El amor de Inglaterra» e «Impresiones de un natural nacionalista» (Daniel Guebel, 1992), «La soberanía nacional» y «El aprendiz de brujo» (Rodrigo Fresán, 1991), «La Marca del ganado» (Pablo de Santis, 2007) y «Memorándum Almazán» (Juan Forn, 1991), entre otros.

Todos estos casos siguieron el camino de la anti-épica abierto por la novela de Fogwill. Algunos, incluso, fueron más allá y construyeron figuras de la guerra en clave de farsa, donde nada está en su lugar ni es lo que parece. Los valores de la épica no sólo pierden importancia, sino que también son profanados: un diplomático argentino olvidado en Bongwutsi –un país africano inventado– se entera de la recuperación de las islas y decide hacerse cargo por su cuenta de la defensa del orgullo y la dignidad de su patria plantando una bandera argentina frente a la embajada británica, pero en el momento no se le ocurre ninguna frase memorable para decir, ni consigue un buen traje para ir a festejar al bar del Sheraton (Soriano, 1982); un chileno simula ser un ex combatiente para hacer una carrera diplomática exitosa (Forn, 1991); un joven se presenta como voluntario para que los ingleses lo tomen prisionero, lo lleven a Inglaterra y esto le permita conocer a los Rolling Stones (Fresán, 1991); una ciudad que recuerda a Buenos Aires es atacada y cercada en el invierno de 1982 (Guebel, 1992).

En la tradición literaria, la risa tiene el efecto de desacralizar para que los asuntos difíciles se vuelvan escuchables. En los ejemplos citados, los autores acuden a ese recurso para hablar de las causas de la guerra, del lugar de los ex combatientes, del valor de la patria y de la soberanía nacional.

Este modo de tratar temas tan delicados permite, además, entrever un clima de época donde los grandes relatos han comenzado a derrumbarse: si los discursos serios ya no pueden dotar de sentido a la historia, entonces se apela a modalidades de la risa. A su vez, hay que decir que son relatos vinculados a las lógicas de los grandes centros urbanos. El tratamiento

en clave de farsa no contempla, por ejemplo, algunas de las motivaciones patrióticas que siguen latiendo en muchos rincones de la Argentina, y que fueron las que impulsaron a muchos ex combatientes a ir a la guerra y a no pocos argentinos a apoyar la recuperación de las islas.

LA GUERRA COMO DRAMA

Durante los años posteriores a Malvinas se publicaron varias recopilaciones de testimonios, muchas de ellas utilizadas como fuentes a lo largo de este libro. Quienes habían combatido en las islas narraban su experiencia extrema en primera persona. No interesa aquí hacer un registro riguroso de todas esas publicaciones sino detenernos a pensar por qué en ellas, como sostiene Kohan, no hay farsa sino drama.

El primero de esos libros fue *Los chicos de la guerra* de Daniel Kon, editado en 1982 y utilizado como base para la película del mismo nombre. Cada uno de sus capítulos incluye una entrevista con un soldado que narra su historia. Simultáneamente, fueron varios los militares que publicaron sus propias memorias de la guerra.

En 1997, Graciela Speranza y Fernando Cittadini, compilaron *Partes de guerra*, un libro que realiza un montaje de los testimonios de soldados y oficiales que estuvieron destinados a la zona de Darwin-Goose Green, donde se libraron algunas de las batallas más sangrientas. La novedad de este material es que organiza una narración coral: el entramado de las voces va contando lo que sucedió realizando los contrastes entre unas y otras.

Si bien hay diferencias entre los testimonios de los soldados y los de los militares –los primeros se centran en el frío, el miedo, la incertidumbre, y los segundos enfatizan el profesionalismo, la descripción de las batallas y las conductas heroicas–, entre ellos también hay puntos de contacto porque

al estar basados en la experiencia personal, en el drama de la guerra, no pueden sino tomarse en serio lo que narran.

En una importante cantidad de testimonios sobresale una suerte de épica de la adversidad, que se sostiene en resaltar cómo la «bravura criolla» pudo superar la pobreza material y la improvisación en la planificación de la guerra.

Los testimonios de quienes pelearon en Malvinas están cerca de la épica y de los valores que la sostienen. En parte porque muchos de ellos fueron educados en esos valores. La escuela y también la cultura popular y la mass-mediática –por ejemplo a través de las historietas– sostenían que dar la vida por la causa nacional tenía sentido.

Las dos formas en que se narró la guerra parecen correr por carriles distintos. La literatura desmonta los valores patrióticos por medio de los distintos mecanismos de la farsa: la reducción al absurdo, la ridiculización, la puesta fuera de contexto o la inversión. El testimonio, en cambio, no termina de abandonar el discurso patriótico, pese a la derrota y el terrorismo de Estado.

¿Por qué estas dos maneras de narrar la guerra no se escucharon entre sí? ¿Por qué la experiencia, respetuosa de la guerra, quedó del lado del testimonio y la distancia crítica del lado de la literatura? ¿Por qué el drama y la farsa no pudieron, en esos primeros años de la posguerra, desplegarse en una misma representación? ¿Por qué no pudieron construir una memoria conjunta?

LA GUERRA EN PRESENTE

Las variaciones en las representaciones de la guerra de Malvinas siguieron una trayectoria similar a la que tuvo la figura del detenido desaparecido de la última dictadura militar. En ambos casos, esos derroteros estuvieron mar-

cados por los tiempos sociales, es decir, por aquello que la sociedad pudo escuchar, pudo nombrar y pudo asumir como responsabilidad propia.

En una primera instancia, los desaparecidos fueron representados como «víctimas inocentes», tiempo después se los empezó a pensar desde su condición militante dejando en evidencia que esas representaciones, lejos de ser estáticas, se desplazan a la par de las disputas sociales por el sentido. En estas contiendas, la ficción ocupa un lugar preferencial porque, si bien es el resultado de un proceso histórico, tiene la fuerza de generar sentidos nuevos que modifican los ya instituidos.

La figura del ex combatiente sufrió variaciones similares al momento de ser representada. En los primeros años de la década del ochenta –tal como desarrollamos en el capítulo 3– surgieron imágenes que podrían filiarse con lo que se llamó «desmalvinización».

En el cuento ya citado «Memorándum Almazán», donde un chileno se disfraza de soldado y consigue así hacer una carrera diplomática, se puede visualizar uno de los problemas de aquellos años: no saber con claridad quiénes habían combatido en las islas y, por lo tanto, desconocer quiénes eran dignos de honores y de la reparación económica. A través de giros farsescos –el disfraz, la falsa apariencia, las suposiciones equivocadas– el cuento también pone en escena cierta culpa social que empezó a sentirse ante los ex combatientes.

En el cuento «La soberanía nacional», donde Rodrigo Fresán imagina al combatiente que se presenta como voluntario para ser capturado y poder conocer a los Rolling Stones, se destaca otro modo de representar al ex combatiente, se lo describe como un «chico», como un púber pícaro cuya única patria es un consumo cultural, la música. En ambas representaciones –a diferencia de los documentos que hemos analizado en el capítulo 3, escri-

tos por agrupaciones de ex combatientes– aparece borrado todo indicio de subjetividad política.

En 1998, Carlos Gamerro publica *Las islas*, una novela que pone en juego y exaspera todas las representaciones sobre Malvinas. El protagonista de la historia es Felipe Félix, un ex combatiente devenido en hacker, que trabaja para Tamerlán, un extraño multimillonario. Su trabajo consiste en ayudarlo a encubrir un asesinato cometido por su hijo. Para eso, debe infiltrarse en el edificio de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE) y obtener los nombres de los veinte testigos que presenciaron el crimen. Así comienza un relato que transcurre en 1992 y que aparentemente no tiene nada que ver con Malvinas. Pero a partir de allí, todos los caminos conducirán a las islas. Para cumplir con su trabajo, Félix necesitará de la ayuda de sus ex compañeros, cada uno de los cuales sigue a su manera anclado en la guerra. El protagonista, que en un principio parece ajeno a su propio pasado, volverá una y otra vez a una guerra que pareciera no terminar nunca.

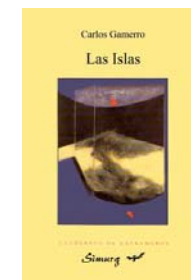
En *Las islas*, la guerra es un hecho del presente, en este sentido la novela reactualiza el tratamiento de la cuestión Malvinas y lo ubica en la década del noventa. Para entrar a la SIDE, Félix necesita congraciarse con un militar que trabaja allí y antes participó del conflicto. Para eso le construye un videojuego de la guerra de Malvinas. Lo arma recortando y pegando fragmentos de otros juegos de guerra y recurriendo a uno de sus ex compañeros que desde hace años está construyendo una maqueta de las islas recuperando lo que guardó en su memoria. El videojuego y la maqueta, entre tantos otros elementos, funcionan como simulacros: se parecen a la guerra pero no son la guerra. Lo que se pone en escena en *Las islas*, más que en cualquier otra novela sobre el tema, es la posibilidad de los ex combatientes –y de la sociedad en general– de apropiarse del pasado traumático y sus consecuencias. La figura del simulacro se distingue, entonces, de los giros puramente farsescos.

El objetivo original de la maqueta de Malvinas es reproducir el ataque inglés del 1° de mayo. Ignacio, el encargado de construirla, se obsesiona con ella y pretende que la representación sea cada vez más detallista, lo que implica no terminarla nunca.

«La nueva tarea era mucho más desmesurada: quería reproducir con exactitud cada piedra, cada ventana, cada cerco caído y cada participante individual; lograr como una fotografía de satélite captar cada detalle de esa mañana de abril cuando la guerra era todavía una posibilidad remota, y erigir la perfección de su modelo en amuleto contra su llegada. Ignacio había descubierto, de manera puramente intuitiva, que el espacio es infinitamente divisible y que mientras uno profundice en esta división puede obligar a mantenerse inmóvil al tiempo. Siempre habría algún detalle que agregar a la cada vez más perfecta reproducción de ese maravilloso 30 de abril, y mientras tanto, hasta que éste alcanzara su plenitud, el 1° de mayo tendría que esperar».¹⁰

Las islas no construye un simulacro absoluto, vacío de referente. Por el contrario, debajo del absurdo, de la risa, de la burla y hasta del delirio, subyace el recuerdo doloroso, el drama de la experiencia material de la lucha y las subjetividades políticas que se conforman a partir de ella. El drama y la farsa que hasta *Las islas* aparecían divorciados, aquí se imbrican y crean una nueva zona de verdad, más compleja y fértil para el debate.

Durante su investigación, Félix se encuentra con extraños personajes. Uno de ellos es Gloria, de quien se enamora. Gloria tiene dos hijas «mogólicas» que se llaman Malvina y Soledad. La primera vez que ve a Gloria desnuda, Félix descubre que tiene en su cuerpo marcas de tortura, ahí se entera de



10. GAMERRO, C., *Las islas*, Buenos Aires, Simurg, 1998.



que las mellizas son el resultado de la relación de Gloria con su torturador. Así, la novela establece un vínculo directo entre el terrorismo de Estado y las islas.

Esta relación ya aparecía en *Los pichiciegos*, en aquel tramo donde los pichis discuten sobre la existencia de los desaparecidos.

- «-¿Cuántos somos aquí? -quería calcular Pipo.
 -Dicen que diez mil.
 -Diez mil... ¡no pueden matarnos a todos!
 -No, a todos no, ¡a la mayoría! -dijo Rubione.
 -Videla dicen que mató a quince mil -dijo uno, el puntano.
 -Quince mil... ¡no puede ser!
 -¿Cómo, Videla? -preguntó el Turco, dudaba.
 -Sí, Videla hizo fusilar a diez mil -dijo otro.
 -Salí, ¡estás en pedo vos...! -dijo Pipo.
 -¡Qué pedo! ¡Está escrito! -hablaba el puntano-. Yo lo vi escrito en un libro, en la parroquia de San Luis está. ¡Quince mil!
 -¡Estás mamado!
 -Qué mamado, están los nombres de todos, uno por uno, los que mandó fusilar Videla.
 -No pueden haber sido tantos -dijo el Turco»¹¹.

Pero en *Las islas* esta relación aparece con más nitidez, a través del padre de Malvina y Soledad que fue también combatiente en Malvinas. En la relación que Félix entabla con las mellizas, hijas al mismo tiempo de la guerra y de la represión; en el amor que siente hacia Gloria; y en la ilusión de su compañero de detener el tiempo el 30 de abril se esconde la posibilidad

de que, en el presente, se modifique el pasado, como aquello que no es ni estático ni lejano.

El pasado –sugiere *Las islas*– está aquí entre nosotros y por lo tanto debe ser interrogado de forma radical. La desmesura como recurso de la ficción habilita temas de difícil enunciación social, por ejemplo, qué hacer ante los militares que pelearon en «dos guerras», contra la «subversión» y en Malvinas. La novela de Gamerro, en este sentido, puede ser leída como un acto de memoria, que construye puentes entre el pasado y el presente, y que se anima a preguntar por qué pudo pasar lo que pasó.

La guerra en celuloide

El cine nacional, una vez reinstalada la institucionalidad democrática, volvió rápidamente sobre lo acontecido durante la última dictadura militar. Tres films paradigmáticos tuvieron un fuerte impacto en la opinión pública y construyeron los primeros grandes relatos sobre los crímenes de Estado, permitiendo así su difusión: *Los chicos de la guerra* (Bebe Kamin, 1984), *La historia oficial* (Luis Puenzo, 1985) y *La noche de los lápices* (Héctor Olivera, 1986).

La historia oficial muestra a una sociedad aturdida por lo que descubre al término de la dictadura, en clara consonancia con las investigaciones realizadas por la Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas (CONADEP), las exhumaciones de las fosas comunes y la circulación del relato de los sobrevivientes de los Centros Clandestinos de Detención. Los otros dos casos se imbrican con el modo de contar el pasado reciente que marcó a la década del ochenta: representar a los jóvenes como víctimas eclipsando sus subjetividades políticas (en el caso de Malvinas, son víctimas de los oficiales, y en el caso de *La noche de los lápices*, donde se cuenta el secuestro y desaparición forzada de un grupo de estudiantes secundarios de la ciudad de La Plata, de un Grupo de Tareas liderado por el General Ramón Camps).

11. FOGWILL, R. E., *Los pichiciegos*, Buenos Aires, Interzona, 2006.

Los chicos de la guerra, realizada a partir del libro homónimo publicado por Daniel Kon en 1982, y *La noche de los lápices* construían la imagen de unos jóvenes a los que se les había sustraído un futuro promisorio. El carácter inocente de estas víctimas menores de 20 años era la imagen que amplios sectores sociales elegían para mirarse a sí mismos en los albores de la reapertura democrática. Estos films fueron necesarios para la difusión de los crímenes del Estado terrorista, pero al mismo tiempo apuntalaron la «demonización» de los responsables —desarrollada, entre otros discursos emblemáticos, en el prólogo al informe de la CONADEP— borrando toda otra referencia a las responsabilidades que le cabían a la sociedad civil.

Dice al respecto el filósofo cordobés Héctor Schmucler:

«Cuando se habla de demonios —exista o no la teoría— hay un grave problema, que tal vez no sea el problema más destacado por parte de los defensores de los derechos humanos, con todo el derecho que tienen y con toda la justa indignación que eso puede producir. El problema de la demonización no reside en comparar a los guerrilleros, por ejemplo, con las fuerzas represivas. No es ese el problema de los demonios. Tampoco que hayan sido sólo las fuerzas represivas los demonios. El problema es que si fueron demonios los estaríamos inocentando. Los demonios no pueden ser más que demonios. Es decir, no son, en ese sentido, responsables de ser demonios. Si somos responsables, si cada uno de nosotros somos responsables de nuestros actos, si la violencia que nos envolvió durante años, hace treinta o cuarenta años, es signifi-

cativa, es porque son seres humanos los que la hicieron y por eso son condenables»¹².

Las «víctimas puras» de Malvinas y de la dictadura aparecían representadas sin sus convicciones políticas, tanto en los films como en buena parte de los discursos sociales. Esto era así porque la sociedad misma, que había abrigado esas convicciones, no podía sostenerlas después de la experiencia del terror. Los «ideales revolucionarios», la «Patria Socialista», la «Argentina Potencia», la «Patria», las «Malvinas argentinas» habían sido fuertes identificadores sociales que, una vez comenzada la democracia, se desdibujaron —muchos de ellos fueron derrotados o deslegitimados frente a la vocación refundacional de la primavera democrática. Convenía «olvidarlos» para poder enjuiciar a los responsables de los campos de concentración y de la guerra de Malvinas

En septiembre de 1984 el Centro de Ex Soldados combatientes en Malvinas publicó en la revista *Combatiendo. De Malvinas hacia una nueva Argentina*, un artículo donde criticaba el apelativo «chicos» que tanto el libro como la película habían elegido, con gran repercusión social, para nombrarlos.

«Reafirmamos que “los chicos de la guerra” cuando pisamos Malvinas dejamos de ser chicos para ser hombres. Los hacedores de esta película manifiestan un cipayismo que puede ejemplificarse en la escena donde se muestran los métodos militares en la conducción escolar, pero se cuida de mostrar (...) el carácter colonialista de los planes de estudio desde las épocas de Mitre y Sarmiento (...) La película es un fresco demasiado superficial.

12. SCHUMUCLER, H., Conferencia «¿Para qué recordar?», en Seminario 2006. Entre el pasado y el futuro, los jóvenes y la transmisión de la experiencia argentina reciente, publicación del Ministerio de Educación de la Nación realizada por el Equipo «A 30 años», 2007.



Con respecto a la guerra descubre una vez más la cobardía intelectual que impera sobre vastos sectores del pensamiento argentino, más predispuestos a defender una “democracia” en abstracto que a defender la bandera de Malvinas como estandarte de la redención nacional»¹³.

Para contrarrestar la victimización que enfatizaba su juventud, los ex combatientes produjeron variadas respuestas. Así y todo, al promediar los ochenta, tanto su posición política frente a la guerra como el uso de los uniformes y la retórica militar, atascaron la circulación de sus relatos en una Argentina que prefería borrarles su politicidad, «desmalvinizar» y ubicarlos en el margen, tal como hemos visto en el capítulo 3.

Desde la restauración democrática hasta la actualidad, han sido estrenadas muchas películas que tematizan el terrorismo de Estado. No sucede lo mismo con la guerra de Malvinas, sobre la cual existe una filmografía más escasa. *Los chicos de la guerra* puede dialogar con algunas pocas películas de ficción: *El visitante* (Javier Olivera, 1999); *Fuckland* (José Luis Márques, 2000); *Vamos ganando* (Ramiro Longo, 2001) *Iluminados por el fuego* (Tristán Bauer, 2005); *1982, Estuvimos ahí* (César Turturro y Fernando Acuña, 2006); *Los últimos* (Miguel Mirra, 2007) y *Cartas a Malvinas* (Rodrigo Fernández, 2009).

En el campo del documental existe una cantidad de trabajos que también es menos si se la compara con el prolífico campo de documentales sobre la década del setenta. Entre ellos se destacan: *Malvinas, historia de traiciones* (Jorge Denti, 1984); *Hundan al Belgrano* (Federico Urioste, 1996); *Malvinas, historia de dos islas* (Diego Alhadeff, 1999); *El refugio del olvido* (mediometraje, 40 minutos, Diego Alhadeff, 2002); *Operación Algeciras* (Jesús Mora,

2003), *Malvinas: lo que quedó de la guerra* (cortometraje, Hernán Caballero, Ignacio Cossar, Alexis Menna y Emiliano Stur, 2004); *No tan nuestras* (Ramiro Longo, 2005); *Locos de la bandera* (Comisión de Familiares de Caídos en la Guerra de Malvinas, dirigida por Julio Cardoso, 2005); *Malvinas, la lucha continúa* (Fernando Cola, 2007).

Para confrontar con la representación de *Los chicos de la guerra*, hemos elegido otras tres películas, dos ficcionales y otra documental: *El Visitante* (1999), *Iluminados por el fuego* (2005) y *Locos de la bandera* (2005). Cada una, a su manera, avanza en nuevas representaciones sobre los ex combatientes, la experiencia de la guerra, la posguerra, la causa Malvinas.

La película *El Visitante* se filmó durante 1998 y se estrenó en 1999. La historia se centra en la vida de Pedro, un ex combatiente quien, además de perder una de sus manos durante la guerra, perdió a uno de sus grandes amigos. El protagonista, interpretado por Julio Chávez, tiene 36 años, trabaja de taxista y vive acosado por los fantasmas del pasado. Raúl, su compañero muerto en combate, es el «visitante», quien anuncia su aparición a través de un objeto que lo identifica –un cortaplumas– para después aparecer él mismo, vestido de soldado y eternamente joven. Viene a formularle a Pedro un extraño pedido: su cuerpo. ¿Para qué? Para tener una experiencia sexual debido a que en las islas murió virgen.

Durante el film, Pedro no logra articular palabras para expresar su experiencia, habla solo o con fantasmas, por medio de monosílabos: *El visitante* pone en primer plano la experiencia de los ex combatientes en la posguerra y sus enormes dificultades para articular un discurso que tenga impacto social.

El filósofo Sigfried Kracauer decía que las películas no representan alegóricamente la historia literal sino las obsesiones profundas, turbias e inconscientes

13. LORENZ, F., Las guerras por Malvinas, Buenos Aires, Edhasa, 2006.

del deseo y la paranoia nacional. *El Visitante* se mete con el tema Malvinas pero no de un modo literal o alegórico. No es una película sobre la soberanía nacional ni un film que denuncie a las juntas militares por haber librado una guerra absurda, sino que se atreve con algunas de las obsesiones profundas, turbias e inconscientes del deseo y la paranoia nacional: *El Visitante* es una película de fantasmas. Sus protagonistas no están ni vivos ni muertos, actúan como zombis. Pedro, el ex combatiente devenido taxista, está vivo pero se comporta como un «alma en pena» y Raúl, el soldado que cayó en Malvinas, está muerto pero vuelve de visita para saldar deudas pendientes. Los demás personajes tampoco terminan de corporizarse debido a las dificultades que tienen para establecer lazos entre ellos y comunicarse.

Además de los fantasmas con nombre propio, la película sugiere que después de la derrota del 14 de junio de 1982, la propia cuestión Malvinas se transformó en un espectro debido a las incomodidades que sentimos al momento de pensarla y nombrarla.

A diferencia de *El Visitante*, que tuvo una escasa repercusión, en el 2005 se estrenó el film sobre Malvinas más exitoso después de *Los chicos de la guerra: Iluminados por el fuego* de Tristán Bauer. También está basada en un libro, *Iluminados por el fuego. Confesiones de un soldado que combatió en Malvinas*, escrito por Edgardo Esteban, un periodista que fue ex combatiente.

La película narra la experiencia de Esteban Leguizamón, un ex combatiente que cree tener resuelta su experiencia de guerra pero que, cuando un compañero de armas se suicida, se ve arrastrado por los recuerdos que hasta ese momento tenía guardados. No consigue dejar de evocar el combate, de manera que resuelve volver a Malvinas para darle un cierre a su historia.

Los veinte años transcurridos entre *Los chicos de la guerra* e *Iluminados por el fuego* fueron años de grandes avances en las técnicas cinematográficas, lo que colocó al film de Bauer en un marco distinto para la representación. Los recuerdos de Esteban son principalmente de batallas, el film las recrea con imágenes que no escatiman en efectos especiales. Esto redundó en un efecto realista profundamente conmovedor para el espectador.

Sin embargo, más allá de las innovaciones técnicas y sus efectos en la narración, el abordaje de *Iluminados por el fuego* sobre los problemas suscitados por la cuestión Malvinas no parece alejarse demasiado de *Los chicos de la guerra*. En ambos casos, la historia gira en torno a casos particulares. Son historias de individuos a los que el conflicto atrapó casualmente y convirtió en víctimas. Así, el recuerdo asume también una dimensión individual, contraria a la posibilidad de construir una memoria colectiva que admita las tensiones en vez de evadirlas.

Hay que destacar, sin embargo, que tanto *Los chicos de la guerra* como *Iluminados por el fuego* resultaron, cada una en su momento, disparadoras de debates en relación con Malvinas. Con posterioridad a sus estrenos, el conflicto del Atlántico Sur volvió a ser tema de discusión. Incluso, las respuestas de los ex combatientes, que se resistían a las versiones simplistas de sí mismos y de la guerra que veían en una u otra película, tuvieron con esos estrenos la posibilidad de entablar discusiones. Así, es posible pensar que el cine, pero también las demás representaciones de la guerra, constituyeron hitos importantes en el derrotero de la cuestión Malvinas, aún cuando ellas mismas no fueron especialmente conscientes de la complejidad del problema.

Locos de la bandera también se pregunta por las incomodidades de la cuestión Malvinas, pero a diferencia de las películas de Olivera y Bauer, encuentra palabras con las que articular un discurso y sale de la historia

individual para intentar construir un relato más amplio. Su nombre ya plantea una fuerte posición: «sí, somos locos –parecen decir– pero no de la guerra sino de la bandera».

La película cuenta la historia de los familiares de los caídos en Malvinas, quienes una vez concluido el conflicto, se encontraron con la imposibilidad de acercarse a sus muertos porque los cuerpos habían quedado en el cementerio de Darwin, en las islas, o porque nunca fueron identificados. El film recorre las provincias de Catamarca, Salta, Formosa, Misiones, Entre Ríos, Buenos Aires, Córdoba y Santa Cruz poniendo en primer plano el testimonio de los familiares. Hijos, esposas, madres, padres, hermanas y también ex combatientes hablan con diferentes tonadas sobre la cuestión Malvinas: el sentimiento nacional, la guerra, la posguerra, el olvido. En varios de sus tramos el film se traslada a las islas, se detiene en las marcas de la guerra que perduran en aquel territorio y concluye el itinerario en el cementerio argentino de Darwin.

Los diferentes modos de pensar Malvinas adquieren gravedad en un fragmento de la película, cuando el narrador –un joven de la misma edad que los soldados– camina por las islas, por aquel paisaje tan bello como desolado, se agacha, toma una roca del suelo y se pregunta: «¿es una piedra o es una ruina?».

El film reivindica el intento por recuperar la soberanía en las islas y va más lejos aún: se propone desligarlo de las acciones de la última dictadura militar vinculando ese intento con un imaginario nacional de larga data. Tal como hemos visto en el capítulo 2, el documental recupera el viejo interrogante sobre la nación. En un momento, a través de la voz de una de las entrevistadas, una mujer salteña, madre de un soldado caído en las islas, se sugiere una posible reformulación para el viejo anhelo: «no puede haber democracia sin patria».

Fotos de guerra

Las fotografías de conflictos bélicos tienen una larga tradición. Apenas quince años después de que Fox Talbot inventara la primera cámara fotográfica (1839), Roger Fenton cubrió la guerra de Crimea (1854-1856). Del mismo modo fue contada la guerra de Secesión en los Estados Unidos (1861-1865) y tiempo después, en Sudamérica, la guerra del Paraguay, conocida como la guerra de la «Triple Alianza» (1865-1870).

La ensayista norteamericana Susan Sontag publicó en 1975 el libro *Sobre la fotografía*. Allí elabora algunas ideas sobre la relación entre la guerra y la imagen:

«La guerra y la fotografía ahora parecen inseparables, y los desastres de aviación y otros accidentes aterradores siempre atraen gente con cámaras. Una sociedad que impone como norma la aspiración a no vivir nunca privaciones, fracasos, angustias, dolor, pánico, y donde la muerte misma se tiene no por algo natural e inevitable sino por una calamidad cruel e inmerecida, crea una tremenda curiosidad sobre estos acontecimientos; y la fotografía satisface parcialmente esa curiosidad. La sensación de estar a salvo de la calamidad estimula el interés en la contemplación de imágenes dolorosas, y esa contemplación supone y fortalece la sensación de estar a salvo. En parte porque se está “aquí”, no “allí” y en parte por el carácter inevitable que todo acontecimiento adquiere cuando se lo transmuta en imágenes»¹⁴.

La fotografía, dice Sontag, no es una mera representación de lo real, como podrían serlo la pintura o el dibujo, sino que «también es un vestigio, un ras-

14. SONTAG, S., *Sobre la fotografía*, Buenos Aires, Alfaguara, 2006.



Imagen 1



Imagen 2

tro directo de lo real, como una huella o una máscara mortuoria». La cámara captura la luz reflejada en los objetos de un instante vivido. De ahí, la honda preocupación de Sontag por el modo en que las sociedades occidentales transforman en mercancía a esas imágenes que sintetizan instantes trágicos y dolorosos.

En este apartado hemos elegido una serie de fotos vinculadas a Malvinas que ayudan a pensar en algunos de los problemas detectados por Sontag. ¿Por qué nos atraen las fotos de guerra: despiertan el morbo, nos tranquilizan, nos duelen? ¿Qué otras imágenes es necesario mostrar para entender el sentido de una guerra? ¿Quién tomó esas imágenes y con qué fin: dejar un testimonio, dar cuenta del horror, abonar el heroísmo, participar del mercado noticioso? ¿Cómo están construidas esas imágenes, desde dónde miran, qué recortan, qué realzan? ¿En qué medida las propias fotos son las que construyen los acontecimientos?

El 3 de abril el diario *Clarín* publicó una foto emblemática, la que mostraba al Gral. Galtieri el 2 de abril (*Imagen 1*) saludando a una plaza colmada desde el balcón de la casa rosada. Pocos días después circularon las primeras fotografías del desembarco y recuperación de las islas. Estas imágenes fueron tomadas por el fotógrafo Rafael Wollmann, quien había viajado para realizar un reportaje fotográfico sobre la vida en Malvinas y se encontró el 2 de abril con la noticia de su vida. Mientras cenaba un cordero en el comedor del hotel, donde se hospedaba, escuchó por radio que el gobernador Rex Hunt anunciaba el desembarco argentino. De inmediato pasó de ser un cronista de costumbres a un corresponsal de guerra.

Hubo una foto suya, la que aquí reproducimos, que recorrió el mundo. La imagen de los soldados ingleses acostados en el piso, rendidos a los pies de los argentinos, apareció en un lugar destacado en varios periódicos internacionales (*Imagen 2*). «Los franceses, por ejemplo, aprovecharon muy bien la situación, la eterna rivalidad que tienen con los ingleses, y la publicaron con titulares como “La Inglaterra humillada”». Hasta me dijeron que la guerra



Imagen 3

había empezado por esas fotos. Sería muy ridículo suponer que una guerra pueda empezar por una foto, pero es cierto que fue muy duro para ellos», recuerda Wollman en el libro *Partes de guerra*.

La revista *Gente* publicó unos días después, el 15 de abril, una foto a doble página (*Imagen 3*) para mostrar otro costado de la guerra, el apoyo social al intento de la recuperación. El título que acompañaba la imagen decía, «Esta vez la plaza fue de todos».

El problema con este tipo de imágenes —plantea Sontag— es que extraen una porción de realidad del continuo temporal, como si ese acontecimiento registrado quedara huérfano del proceso histórico. Roland Barthes dijo en relación con esto que frente a la fotografía la humanidad se encontró por primera vez en su historia con imágenes sin código. La fotografía proporciona información sin interpretarla. Para completar su sentido hay que recurrir a las narraciones que la acompañan, los epígrafes periodísticos y los textos que anclan un significado.

El título elegido por *Gente* para presentar esa imagen se completaba con un extenso epígrafe que decía: «No fueron necesarios comunicados ni varios días para organizarla. Sólo un llamado lanzado el día anterior que bastó para despertar el impulso latente. No fue la manifestación de un sector, no fue la marcha de unos contra otros. Pero sí fue —como tantas otras veces— para pedir algo, aunque algo para todos: que no se vuelva atrás, que la soberanía sea defendida. Este fue el testimonio de un pueblo que volvió a unirse después de mucho tiempo». La porción de realidad recortada por la revista podría contrastarse con otras narraciones que modificarían el sentido de la imagen y le devolverían su densidad histórica. El día de la foto algunos manifestantes cantaron consignas contra Galtieri y recordaron otras identidades políticas: «Y ya lo ve, y ya lo ve, vinimos el 30 y hoy también», «se siente, se siente Perón está presente», «Levadura, levadura, apoyamos las Malvinas pero no la dictadura», «Malvinas sí, proceso no», «Galtieri, Galtieri, presta mucha atención, Malvinas argentinas y el pueblo es de Perón».

Las fotos, más que suplir a la pintura como se supuso durante el siglo XIX, reemplazan parte de las funciones de la memoria. Pero a diferencia de la memoria, que siempre está vinculada a un recuerdo y a una narración, las fotografías no tienen significado propio. Como dice Susan Sontag «sólo lo que puede narrar, puede hacernos comprender».

A partir de esta máxima, el crítico inglés John Berger analiza las funciones de la fotografía y propone un uso alternativo de las mismas. Tradicionalmente, dice, hubo dos usos de la fotografía, el primero está asociado a la experiencia privada, al retrato de un familiar que tenemos colgado en el living y que sabemos quién es porque otro pariente nos cuenta su historia. El segundo uso es el de la fotografía pública, que nos muestra un hecho que no tiene que ver con nuestras vidas y que es ajena a nuestra experiencia. Si esa imagen no está contextualizada, es decir, acompañada de relatos que

nos ayuden a comprenderla, puede ser usada para los más diversos fines políticos e ideológicos.

En atención a este problema, Berger propone que las fotografías públicas sean tratadas como las privadas. Dice:

«Las fotografías son reliquias del pasado, huellas de lo que ha sucedido. Si los vivos asumieran el pasado, si éste se convirtiera en una parte integrante del proceso mediante el cual las personas van creando su propia historia, todas las fotografías volverían a adquirir entonces un contexto vivo, continuarían existiendo en el tiempo, en lugar de ser momentos separados. Es posible que la fotografía sea la profecía de una memoria social y política todavía por alcanzar. Una memoria así acogería cualquier imagen del pasado, por trágica, por culpable que fuera, en el seno de su propia continuidad. Se trascendería la distinción entre los usos privados y público de la fotografía. Y existiría la familia humana»¹⁵.

Para que las imágenes de Malvinas puedan transformarse en «parte integrante del proceso mediante el cual las personas van creando su propia historia», proponemos mirarlas sin inocencia y acompañarlas de relatos. Tal vez así se las pueda incorporar a la memoria social y política.

15. BERGER, J., «Usos de la fotografía», en *Mirar*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1998.

fuentes

Proponemos dos fuentes: un cuento y una foto. «La marca del ganado», escrito por Pablo De Santis, es un relato que narra, desde la ficción, el impacto de la guerra de Malvinas en una localidad pequeña de provincia. Lejos de los grandes relatos sobre el conflicto, ofrece una aproximación a las marcas individuales que la guerra produjo. La fotografía, por su parte, ofrece otra forma de encontrar las huellas de Malvinas en el paisaje y en la cultura.

Pablo De Santis nació en Buenos Aires en 1963. Su primera novela, El palacio de la noche, apareció en 1987. Luego publicó Desde el ojo del pez, La sombra del dinosaurio, Pesadilla para hackers, El último espía, Lucas Lenz y el Museo del Universo, Enciclopedia en la hoguera, Las plantas carnívoras y Páginas mezcladas, entre otros libros, en su mayoría destinados a adolescentes. También escribió las novelas Filosofía y Letras, El teatro de la memoria y El calígrafo de Voltaire. Fue guionista y jefe de redacción de la revista Fierro; las historietas que allí publicó, junto con el dibujante Max Cachimba, fueron reunidas en el volumen Rompecabezas. Ha publicado también libros de crítica sobre el cómic. En televisión, fue el autor de los textos de los programas El otro lado y El visitante, y guionista de la miniserie Bajamar, la costa del silencio.

1 La marca del ganado

El primer animal apareció en el campo de los Dosen y a nadie le hubiera llamado la atención de no haber estado tan cerca del camino y con la cabeza colgando. Fue a fines del 82 o principios del 83, me acuerdo porque hacía pocos meses que había terminado la guerra y todos hablábamos del hijo de Vidal, el veterinario, que había desaparecido en el mar. Para escapar del dolor, de esa ausencia tan absoluta que ni tumba había, Vidal se entregó al trabajo, y como no eran suficientes los animales enfermos para llenar sus horas, investigó cada una de las reses mutiladas que empezaron a aparecer desde entonces. En realidad nunca supimos con certeza si el de los Dosen fue el primer caso, porque sólo desde entonces nos preocuparon las señales: aquí nunca llamó la atención una vaca muerta.

Al principio los Dosen le echaron la culpa al Loco Spica, un viejo inofensivo que andaba cazando nutrias y gritando goles por el campo, con una radio portátil que había dejado de funcionar hacía un cuarto de siglo. A todos nos pareció una injusticia que los Dosen le echaran la culpa, porque el viejo podía matar algo para comer, pero nunca hubiera hecho algo así: la cabeza casi seccionada, tiras de cuero arrancadas en distintos puntos de una manera caótica y precisa a la vez, como si el animal se hubiera convertido en objeto de una investigación o de un ritual. Y quedó claro que el Loco Spica no había tenido nada que ver, porque en marzo del 83, durante la inundación, apareció flotando en el río diez kilómetros al sur, y las mutilaciones –esa fue la palabra que usó Vidal, el veterinario, la primera vez y que todos nosotros usamos desde entonces– continuaron.

No me acuerdo si siguió después aquel novillo en el campo de la viuda Sabella o el ternero que apareció atado al molino derrumbado, con la cabeza de otro en lugar de la suya. En cada caso nuestro comisario, Baus, fue a buscar al veterinario para que estudiara las marcas y tratara de encontrar alguna pista. El comisario parecía desconcertado: nunca en su vida había investigado nada, ya que en el campo, a diferencia de la ciudad, las cosas son o bien demasiado evidentes o completamente invisibles, y tanto en un caso como en otro la investigación es inútil.

A partir de entonces, el bar que heredé de mi padre y que apenas me permite sobrevivir, se convirtió en una especie de foro sobre las mutilaciones. A nadie le importaba una vaca de más o de menos, porque acá cuestan poco y nada, pero asustaba imaginar al culpable, solo, en la noche, derribando al animal

con un golpe en la cabeza, inventando formas distintas para cortarlo, a veces vivo todavía (así lo aseguraba el veterinario). Yañéz, el mecánico, decía que era una secta, y que sabía de casos parecidos en las afueras de Trenque Lauquen. Soria, el jefe de estación, hablaba de ovnis, él siempre estaba viendo luces en el cielo, sacaba fotografías, paseaba solo por el campo en espera del encuentro. Las mutilaciones eran para él experimentos; los extraterrestres analizaban las muestras de tejido. Como le dije que eso podría explicar los cortes pero no otras aberraciones (las cabezas trocadas, las langostas encerradas en las heridas, las flores emergiendo de las órbitas oscuras) Soria se defendía: era un experimento, sí, pero sobre nosotros: estudiaban nuestras reacciones ante lo malvado y lo desconocido.

Baus, el comisario, si tenía alguna teoría, la callaba. Investigó a los crotos que siempre andan por aquí y a fuerza de tantos interrogatorios terminó espantándolos, y hasta el día de hoy casi no ha vuelto a aparecer ninguno. Una noche, cuando le pregunté si realmente creía que eran ellos, me respondió tranquilo: es uno de nosotros.

¿Pero quién? Porque aquellas mutilaciones no traían ningún beneficio ni seguían un plan reconocible. Podían caer en el campo de cualquiera, y también poco dentro de su locura seguían un sistema determinado. Vidal anotaba todo en una libreta de tapas azules, pero salvo cierta abundancia de marcas en la cabeza, no había otra constante. Iba a todos lados con su libreta, y cuando a veces cenaba en mi establecimiento, siempre solo, leía en voz baja aquella lista monótona, como si se tratara de un rezo. Los animales muertos le servían de excusa para estar siempre en movimiento, en busca de nuevos ejemplares, día y noche, para huir de su casa desierta y de los portarretratos con las fotos de su hijo.

A la tarde, frente a los vasos de ginebra o de fernet, todos hablaban con una autoridad infinita en la materia, mientras jugaban al dominó y esperaban con

ansiedad que el próximo parroquiano irrumpiera con alguna nueva noticia. Ya no veíamos los animales muertos como pertenecientes a uno u otro dueño, sino como reses marcadas a través de las mutilaciones para señalar su pertenencia a un mismo rebaño fantasmal, que no cesaba de crecer.

Hubo casos más espectaculares que otros, y de una ejecución más arriesgada, como el ternero que apareció colgado en la finca de los Dorey, muy cerca de la casa. Los Dorey no oyeron nada, los perros apenas ladraron y se callaron enseguida y el matrimonio siguió durmiendo, que los perros ladran por cualquier cosa. A la mañana se encontraron con el ternero colgado, la rama casi quebrada por el peso; seguramente habían usado un coche o una camioneta para izarlo, pero las lluvias habían borrado las huellas.

Vinieron algunos periodistas, de la capital inclusive. Estuvieron unos días en el hotel Lavardén, y se los veía a la hora de la siesta de aquí para allá, por las calles vacías, sin saber qué hacer, esperando la hora del regreso. También vinieron policías enviados por la jefatura de la provincia, y el comisario se sintió un poco relegado. Interrogaron a todo el mundo, sacaron fotografías y recogieron muestras para el laboratorio, pero se fueron también al poco tiempo sin respuestas y sin demasiado interés por las respuestas que no habían encontrado.

Durante todo ese tiempo, aun mientras los otros policías invadían su lugar, el comisario siguió investigando. Nos interrogó a todos; ponía un viejo grabador encima de la mesa y nos hacía hablar, nos preguntaba por los vecinos, por las rarezas que podía tener alguno. Hasta al cura interrogó, convencido de que el culpable había ido a confesarse y que el padre Germán lo protegía debido al secreto de confesión. Las mutilaciones se convirtieron en una obsesión para él, fue su primera investigación y también la última. A veces lo veía, por las noches, en la comisaría, bajo los tubos fluorescentes, los mapas del campo extendidos en la mesa, con los sitios donde habían

aparecido los animales encerrados en círculos rojos. Trataba de encontrar en esas marcas dispersas una figura, intentaba adivinar el próximo caso. Hasta las cuatro o las cinco de la mañana se quedaba ahí, oyendo las cintas que había grabado, las conversaciones triviales, todos los secretos del pueblo, y esas voces, que nada sabían de las mutilaciones, parecían cautivarlo.

Ahí empezó a tener problemas con su esposa, porque iba poco para su casa, y cuando no estaba en la comisaría atravesaba los campos en su camioneta, con un faro buscahuellas, como un alucinado, hasta que se quedaba dormido en algún camino o, si le quedaban fuerzas, volvía para escuchar las cintas con las voces de todos. Nuestras voces lo atraparon y lo enloquecieron. Buscaba contradicciones y las encontraba una y otra vez, porque aquí nadie presta atención a nada y quien dice una cosa puede decir otra. El comisario parecía creer que todos sabían lo que pasaba, y que él era el único al que esa verdad le estaba vedada. Hasta tal punto llegó su desconfianza que cuando entraba en el bar todos callábamos y cambiábamos de tema, y pasábamos tímidamente al fútbol, a las inundaciones o a algún chisme local. El comisario se acostumbró a esa bienvenida que se le brindaba, hecha de silencio incómodo y lugares comunes.

El comisario sufría y se alejaba de todo, y por eso yo tuve la tentación de entrar de noche en la comisaría para apartar los mapas y las grabaciones y decirle la verdad. No hubiera servido de nada, porque él ya había hecho algo tan grande con aquellas vacas muertas, había construido con paciencia un misterio insondable que no encerraba sólo al culpable sino a todos, que nada lo hubiera dejado contento. La verdad le hubiera parecido insuficiente; y si yo hubiera hablado, pero no hablé, lo habría considerado un engaño, algo destinado a hacerlo caer en una trampa, a relevarlo de su insomnio y su desconfianza para dejarle libre el terreno al mal.

De todos en el pueblo quizás yo era el único que no tenía pero ninguna teoría. Todas me parecían verosímiles, inclusive la de los extraterrestres, y a la vez imposibles; si me hubieran hablado de una enfermedad inexplicable que golpeaba a las vacas con esos síntomas atroces lo hubiera creído también. Me parecía que la explicación estaba más cerca de una fuerza ciega, impersonal, que de un culpable minucioso y obstinado. Podían ser los hijos de Conde, que nacieron malvados, Greis, un cuidador de caballos que dormía abrazado a su escopeta, o la viuda de Sabella, o el veterinario Vidal o el mismo comisario.

Nunca hice ninguna conjetura firme, nunca investigué nada, y si llegué a la verdad y fui el primero, fue por casualidad. Volví, un poco entonado, de la casa de unos primos, a cuarenta y cinco kilómetros del pueblo. Se festejaba un cumpleaños y cuando se terminó la última botella me invitaron a dormir. No soporto camas ajenas y a pesar del sueño decidí volver. La noche estaba clara y desde lejos la vieja Ford de Vidal, detenida a un costado del camino, con los faros apagados. Pensé que se le había quedado el motor: Vidal iba seguido a verlo al mecánico por una cosa o por otra. Detuve el rastrojero y me bajé dispuesto a ayudarlo. Dije «Buenas noches, doctor», pero Vidal no me respondió.

Cuando me acerqué, vi con claridad al veterinario que, inclinado sobre la res abatida, practicaba los cortes con pulso firme. Yo estaba cansado y había tomado de más, pero al instante se me borraron las huellas del sueño y del alcohol.

Vidal sacó de su maletín un frasco de vidrio lleno de insectos muertos, muchas mariposas sobre todo, también escarabajos, que esperaban a ser sepultados en la herida. Empuñaba con firmeza el viejo bisturí alemán con sus iniciales en el mango, sin preocuparse por el testigo que seguía el procedimiento. Era tal su indiferencia que yo me sentí culpable por estar allí,

por invadir la ceremonia privada que nunca llegaría a comprender. Durante algunos segundos fui yo el culpable, y él un juez inalcanzable, tan remoto en su dignidad e investidura que ni siquiera llegaba a saber de la existencia del imputado.

No dormí esa noche, y abrí el bar más tarde de lo habitual, y cuando ya a las cuatro, cuando empezaban a llegar los muchachos, quise decirles la verdad, me di cuenta de que no había llegado el momento oportuno. Esperé que hablaran, que expusieran sus teorías, sus ovnis, sus sospechas; cuando el último terminara de hablar, yo, callado hasta ese entonces, diría la verdad y ellos me oírían en silencio. En un instante, en un nombre, entraba todo: después de esa revelación, nada, perdería el poder del secreto. Decidí dejarlo para el día siguiente.

Pero entonces tampoco me pareció que era el momento oportuno. Me gustaba escucharlos hablar, confrontar en silencio sus torpes deducciones con el secreto; y a causa de esa satisfacción, fui más amable que nunca, y serví medidas más generosas y la casa invitaba con cualquier excusa, con tal de que aquellas voces no callaran nunca. Mi secreto no me distanció, al contrario, me sentí más cerca de ellos, ahora que los veía inocentes, ingenuos, moviéndose a ciegas en un mundo cuyos mecanismos ignoraban por completo.

Pasaron tres semanas desde la noche en que vi la Ford de Vidal junto al camino hasta la mañana en que el veterinario entró a mi establecimiento para pedir una grappa. Después de tomarla de un trago me preguntó por qué no había hablado. Le dije que no era asunto de mi incumbencia y pareció aceptar mi respuesta como algo razonable; era evidente que él también pensaba que el asunto no era de la incumbencia de nadie más. Me costaba hablar con él, me daba cierto pudor, como si fuéramos cómplices de alguna

situación no sólo espantosa, sino también ridícula, pero al fin pregunté por qué, dije sólo por qué, incapaz de terminar la pregunta.

No esperaba respuesta, porque me parecía que todo lo que se podía decir estaba escrito ahí, en el idioma hecho de reses muertas y combinaciones abominables. Pero el veterinario dejó dos monedas en la mesa y respondió. Dijo que siempre había sido un buen veterinario, que había llegado a entender a los animales a través de señales invisibles para otros. Estudiaba el pelaje, pero también sus huellas, las marcas en el pasto, los árboles cercanos. Sentía que con cada animal enfermaba un pedazo del mundo, y que a él le tocaba la tarea de restaurar la armonía. Así lo había hecho por años y por eso los ganaderos de la zona confiaban en él. Después las cosas cambiaron. A su hijo le tocó primero la marina, luego una base naval en el sur, y finalmente la guerra. Él lo esperó sin optimismo y sin miedo hasta que una mañana un Falcon blanco de la marina con una banderita en la antena se detuvo frente a su casa. Él lo vio llegar desde la ventana. Del auto bajó un joven oficial que caminó con lentitud hacia la puerta, como esperando que en el camino le ocurriera algún incidente que lo hiciera desistir de su misión. Se notaba que nunca había hecho lo que ahora le tocaba hacer, y después de pronunciar un vago saludo le tendió con torpeza una carta con los colores patrios en una esquina, cruzados por una cinta negra. La mano del joven oficial temblaba al sostener la carta donde decía que el hijo del doctor Vidal había sido tragado por el mar, por el mar que nunca antes había visto.

Entonces el doctor Vidal descubrió algo que hasta ese entonces se le había ocultado: el mundo era maligno, y no podía pasar este hecho por alto. No podía seguir curando animales, ni creer que trabajaba para alguna armonía que los otros hombres eran incapaces de ver. No existía ninguna armonía ni ninguna verdadera curación posible. Sintió que la cura era una falta a la verdad.

Siguió sanando a los animales, porque era su trabajo y no sabía hacer otra cosa, pero decidió dejar en la noche y en los campos una marca, la señal que decía con claridad que él no había sido engañado, que a todos podían mentir, pero no a él, que sabía de qué se trataba la cosa. Entonces se dedicó a curar pero también a matar y a mutilar, a dejar en la noche las letras sangrientas de su mensaje. No dijo destinado a quién o qué.

Yo lo había escuchado en silencio, sin interrumpirlo ni hacerle ninguna otra pregunta, y no lo saludé ni me saludó cuando se fue. No sé si la explicación tuvo algo que ver, pero a partir de allí hubo menos casos, uno cada tres semanas, no más. Otras noticias nos distrajeron un poco y alargaron las partidas de dominó hasta que empezaba la noche. Beatriz, la esposa de Baus, el comisario, cansada de las ausencias, los ataques de ira y el misterio, lo dejó sin avisarle nada. Hizo las valijas y desapareció, y cuando el comisario llegó casi al amanecer a su casa, después de una expedición nocturna, se encontró con una grabación, hecha en la misma grabadora del comisario, donde la mujer decía que no soportaba más, que las cosas no podían seguir así, etcétera. La mujer había hecho una grabación porque decía que lo único que escuchaba su esposo eran aquellas cintas, y que si dejaba un papel escrito probablemente no le prestaría atención.

Diez días después, Baus miró por última vez los planos, las vacas de juguete en las que practicaba las incisiones, y salió para meterse en el terreno de Greis, aunque sabía que estaba loco, que dormía abrazado a la escopeta y disparaba a cualquier cosa que se moviera en la noche.

La muerte convirtió a Baus en un héroe para los muchachos del bar, que desde entonces contaron como hazañas algunos episodios menores de su actuación policial. Del capítulo final echaban la culpa a la esposa, y comentaban sin énfasis que el primo de un amigo de un conocido la había visto en un bar de La Plata, que se había cambiado de nombre y se hacía pagar las

copas. De vez en cuando yo intentaba, desde la sombra, llevar el tema hacia los animales mutilados, pero no lograba interesarlos, y más de uno a esa altura me respondía: a quién le importa. Nunca estuve tan cerca de decir la verdad, pero la había llevado tanto tiempo conmigo que ya no sabía cómo decirla.

Después vino, la sequía, y la avioneta que cayó en el campo de los Ruiz y otras distracciones, y ya nadie volvió a hablar de las vacas muertas. Vidal casi nunca venía al establecimiento, y no me animaba a ir a buscarlo para preguntarle por qué había terminado, si acaso creía que el mundo se había curado o que su mensaje había dejado de tener importancia. Una noche, cerca de fin de año, días después de que el nuevo comisario, un hombre joven, de apellido Lema, llegara al pueblo, Vidal se sentó junto a la ventana y se quedó ahí, mudo, con el vasito de grappa en la mano, hasta que no quedó nadie más. Actué sin pensar, como si hubiera tomado la decisión mucho tiempo antes, en espera del momento oportuno. Cuando el veterinario se levantó para ir al baño abrí su maletín y saqué el bisturí alemán. Después seguí acomodando las sillas boca abajo sobre las mesas.

Esa misma noche caminé y caminé sin rumbo, armado con una llave inglesa, y el bisturí en el bolsillo izquierdo de mi camisa, el filo envuelto en papel de diario. Cuando la vaca ya estaba caída y marcada, como una ofrenda a un dios malvado y hambriento, dejé caer el bisturí en la herida. Ese era mi mensaje para quien lo supiera entender.

El nuevo comisario, Lema, lo supo entender, y a los dos días se presentó en la casa del veterinario. No fue necesario que preguntara nada, porque Vidal confesó todo, inclusive la última mutilación, y se dejó arrastrar por salas de espera de juzgados y hospitales y calabozos de comisaría. No dio explicaciones ni mostró ninguna forma de arrepentimiento. Cuando salió en libertad

a las dos semanas, malvendió la casa y se asentó un poco más al sur, del otro lado del río, donde nadie lo conocía.

En el bar se volvió a hablar de las mutilaciones y cada uno barajaba los distintos motivos que podía haber tenido el veterinario. Pero todos hablaban con una rara cautela, como si supieran que el misterio, antes tan ajeno, ahora formaba parte de algo que nos involucraba. Hablaban con frases sin terminar. Yo volví a mi silencio: había vuelto a tener mi secreto. Nada

supimos de Vidal durante cinco años hasta que llegó la noticia de su muerte en un accidente automovilístico. Fue en la ruta, una noche clara después de una tormenta. El día anterior el viento había tirado el alambrado y quedó ganado suelto en el camino. Los animales se avistaban a lo lejos, pero el veterinario, en lugar de frenar la marcha, aceleró contra las formas lentas y oscuras que lo esperaban. Acaso pensó que el mensaje, fuera cual fuera su destinatario, no había sido lo bastante claro, y que hacía falta un último sacrificio para hacerlo legible.

2 Marcas

Una zapatilla de lona, parte del equipo de los soldados argentinos en Malvinas, tal como estaba cuando la fotografía fue tomada, en marzo de 2007. Caminar hoy por los antiguos campos de batalla de las islas significa encontrarse con cantidad de objetos de la vida cotidiana de los soldados: latas de gaseosas, papeles de golosinas, peines, restos de ropas y frazadas. Hay también marcas de la guerra: esquirlas, cápsulas de proyectiles, y huellas de los impactos de la artillería. Todos esos restos, que son parte del paisaje actual de las islas, son otros tantos emblemas de las vidas atravesadas por la guerra de Malvinas.



propuestas

para trabajar en el aula

En este capítulo nos hemos detenido a reflexionar sobre algunas de las representaciones de Malvinas realizadas desde tres soportes estéticos diferentes: la literatura, el cine y la fotografía. Nos interesa ofrecer herramientas para analizar el modo en que esas representaciones fueron construidas y conocer la forma en que circularon por nuestra cultura. Este ejercicio puede alumbrar nuevas facetas del tema que nos ocupa. Proponemos actividades para trabajar con los tres soportes.



CONSIGNA DE ANÁLISIS Y DISCUSIÓN

- Proponemos leer el cuento «La marca del ganado» de Pablo De Santis. Si bien es un cuento sobre Malvinas, no habla directamente de la guerra sino que la piensa a partir de las marcas que ésta deja en un padre, el Dr. Vidal, quien se sugiere que perdió a su hijo en el hundimiento del Buque Gral. Belgrano.
- Por un lado, se puede analizar porqué el autor eligió este camino. ¿Por qué no aparecen los nombres ni de Malvinas ni de la dictadura militar? Uno de los temas centrales del cuento es el vínculo complejo entre el ver, el saber y el decir. ¿Qué ven los personajes? ¿Saben todo lo que ven? ¿Qué pueden ver y qué no en virtud de lo que saben? ¿Por qué no pueden decir lo que saben?
- Por otro lado, se puede discutir la relación de este cuento con las tres formas que adopta la narrativa de Malvinas explicadas en la introducción y preguntarse qué tiene de farsa, qué de drama y cuánto de la narrativa que incluye problemas del presente.
- Otra alternativa es recuperar el tramo de la introducción donde se señala que en las narrativas de Malvinas aparece una suerte de anti-épica, mientras que en los libros testimoniales surgen otras representaciones de la guerra (discursos épicos y una especie de épica de la adversidad). ¿Hay rastros de estas formas de la épica y la anti-épica en este cuento? ¿Cómo podrían clasificarse las actitudes de Vidal y del narrador?



CONSIGNA DE DEBATE

- Se puede discutir el sentido del siguiente fragmento del cuento pensando en algunos de los ejes trabajados a lo largo de este libro en relación a la posguerra (ver capítulo 3). ¿Puede pensarse a Vidal como un personaje que representa, de alguna manera, los silencios y ocultamientos de los primeros años ochenta? ¿Puede pensarse que su actitud es una reacción frente a la «desmalvinización»? ¿A quién estará dirigiendo su mensaje? ¿Por qué decide transmitir su mensaje a través de matar y marcar animales?

«Entonces el doctor Vidal descubrió algo que hasta ese entonces se le había ocultado: el mundo era maligno, y no podía pasar este he-

cho por alto. No podía seguir curando animales, ni creer que trabajaba para alguna armonía que los otros hombres eran incapaces de ver. No existía ninguna armonía ni ninguna verdadera curación posible. Sintió que la cura era una falta a la verdad.

Siguió sanando a los animales, porque era su trabajo y no sabía hacer otra cosa, pero decidió dejar en la noche y en los campos una marca, la señal que decía con claridad que él no había sido engañado, que a todos podían mentir, pero no a él, que sabía de qué se trataba la cosa. Entonces se dedicó a curar pero también a matar y a mutilar, a dejar en la noche las letras sangrientas de su mensaje. No dijo destinado a quién o qué».



VISIONADO DE FILM Y DISCUSIÓN

- Proponemos elegir alguna de las películas de ficción analizadas en el texto: *Los chicos de la guerra*, *El Visitante*, *Iluminados por el fuego*.
- En cualquiera de las tres se puede analizar cómo están representados los soldados: ¿Cómo víctimas, como combatientes que defienden la soberanía, como «chicos», cómo jóvenes que encarnan esas contradicciones, como sujetos despolitizados? ¿A qué obedece una u otra representación? ¿Qué relación existe entre esa representación y el clima de época (*Los chicos de la guerra*, años ochenta; *El Visitante*, fines de los noventa; *Iluminados por el fuego*, año 2005)?
- Para enriquecer la discusión se puede leer un fragmento escrito a mediados de los



CONSIGNA PARA LA IMAGEN

años ochenta por una organización de ex combatientes con motivo del estreno de *Los chicos de la guerra*.

«Omiten en los personajes principales la amalgama de situaciones o características que puedan identificar a la generalidad de los que combatimos (...) Para cada uno de nosotros la trinchera era la extensión de nuestras personalidades (...) Allí teníamos las fotos de nuestros seres queridos, así como banderines del club de nuestra preferencia y todo lo que nos vinculara al resto de nuestra sociedad. En cambio para el realizador de esta película la trinchera es como un refugio, sólo un escondite para un soldado temeroso. Para esta visión está ausente el orgullo que sentimos por ir a una guerra en defensa de nuestra soberanía» (Centro de ex soldados combatientes de Malvinas, Documentos de Posguerra, 1986).

El crítico Roland Barthes escribió en *Retórica de la imagen* (1964) acerca de la relación entre las imágenes, siempre polisémicas, y los textos que las acompañan. Decía allí que los epígrafes suelen cumplir dos funciones, por separado o de forma combinada:

Anclaje (restringe y delimita los sentidos de la imagen, fija uno de los sentidos de la imagen y orienta la lectura de esa imagen)

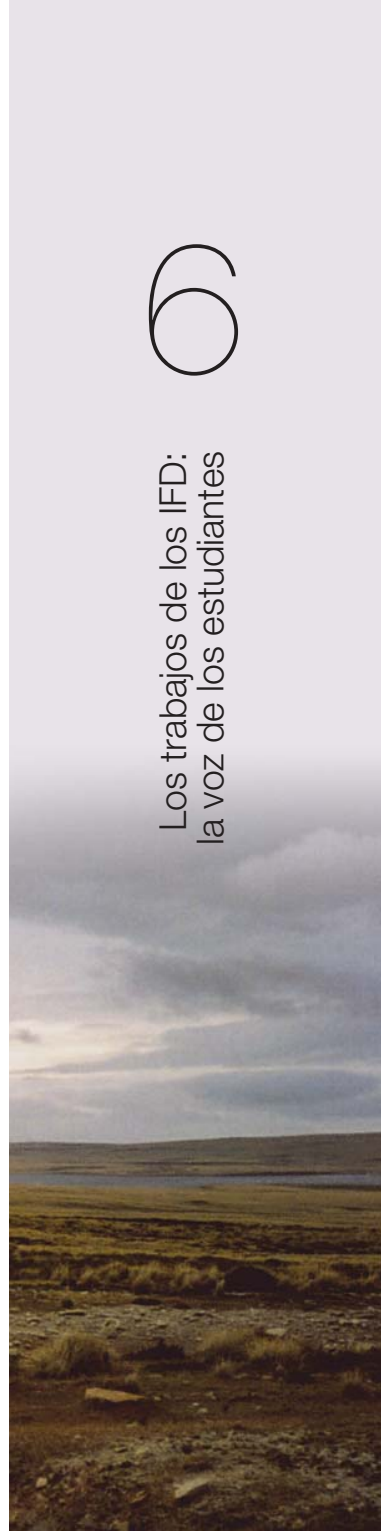
Relevo (no hay redundancia entre imagen y texto sino que el texto aporta información, y abre otros sentidos que van más allá de la información que brinda la propia imagen).

- Para trabajar con la imagen de este capítulo proponemos que los estudiantes escriban epígrafes que cumplan las dos funciones sugeridas por Barthes. Se trata de una imagen

polisémica que permite establecer disitintos puentes, por ejemplo con la imagen del capítulo 2 (paisaje de Malvinas) o con imágenes del presente (por ejemplo, Cromañón y el uso de la zapatilla como símbolo que recuerda a los muertos).

- Para trabajar con los temas específicos que se desarrollan en este capítulo se puede someter a la imagen a algunas de las preguntas realizadas por los críticos Berger y Sontag: ¿Qué narraciones necesitaría esta imagen para que pudiéramos comprenderla? ¿Qué elementos del contexto necesitamos para «leer» la imagen? ¿Es una foto que tranquiliza, inquieta o genera compromiso con la causa retratada? ¿Es una foto que integra la memoria social? Y si esto es así ¿qué quiere decir?

Los trabajos de los IFD:
la voz de los estudiantes



DURANTE LOS AÑOS 2006 Y 2007, el equipo «A 30 años. Entre el pasado y el futuro» del Ministerio de Educación de la Nación, actualmente programa «Educación y Memoria», convocó a los Institutos de Formación Docente a producir trabajos de investigación sobre el pasado reciente argentino. En el centro de la convocatoria estaba el treinta aniversario del último golpe de Estado que afectó a nuestro país y también se hacía foco en las formas de la movilización social y la militancia política que caracterizaron a la década del setenta. El tercero de los ejes giraba en torno a Malvinas y se titulaba *Guerra de Malvinas: sentidos en pugna*.

El programa invitaba a reflexionar sobre ese episodio pensándolo como un hecho puntual de la última dictadura militar pero, a la vez, como un acontecimiento que excedía ese contexto y permitía reflexionar sobre la idea de nación, las disputas en el imaginario nacional y el lugar de la escuela en la construcción de ese imaginario.

El resultado de la convocatoria –sumado a la inestimable oportunidad de recorrer un conjunto de IFD que daba cuenta de la diversidad regional de la Argentina– nos permitió confeccionar una suerte de mapa, aunque fragmentario, de la memoria de la guerra de Malvinas. A su vez, la experiencia resultó de enorme valor para reflexionar acerca de cuáles son las formas del conocimiento sobre el pasado que circulan entre los jóvenes, en este caso futuros maestros y profesores.

¿Cómo se recuerda en las diferentes regiones del país la única guerra protagonizada por Argentina durante el siglo XX? ¿Qué marcas hay en las

ciudades y en los pueblos sobre una guerra librada por una causa justa en el contexto del terrorismo de Estado? ¿Qué lugar ocupan los ex combatientes en las memorias locales y en la memoria nacional? ¿Hay un relato que contenga sus testimonios o están sueltos y «hablando solos»? ¿Por qué buena parte de los estudiantes elige el testimonio como la forma más legítima para acceder al conocimiento sobre el pasado reciente? ¿Sigue siendo Malvinas un objeto preferencial de la transmisión del pasado dentro de la escuela?

En este capítulo se publican dos trabajos escritos por estudiantes: «Los Avá Ñaró cuentan su verdad» del IFD Dr. Ramón J. Cárcano de Monte Caseros, Corrientes, y «Malvinas: educación sin memoria» del IFD José Manuel Estrada de Corrientes Capital.

Además de la riqueza que los materiales tienen en sí mismos, entendemos que son de inestimable ayuda para indagar en algunos tópicos significativos vinculados a las formas de la transmisión del pasado, sus potencialidades y sus obstáculos. Entre esos tópicos, subrayamos tres que consideramos fundamentales:

1) LA FRAGMENTACIÓN DEL MAPA NACIONAL DE LA MEMORIA

Los trabajos recibidos y los relatos recogidos a lo largo y ancho del país nos impulsan a afirmar que el mapa de la memoria de Malvinas está extendido por todo el territorio nacional pero se trata de un mapa fragmentado e incompleto. Los escritos revelan, de alguna manera, lo que hemos dicho a través de la voz de Federico Lorenz en el capítulo 2 de este libro: los traba-

jos de los IFD, al igual que los monumentos dedicados a Malvinas, «aparecen por todo el territorio argentino como las cuentas esparcidas de un collar al que se le ha cortado el hilo».

El mapa nos revela que Malvinas se sostiene como una pasión viva en las memorias populares, pero se trata de una pasión marcada por años de abandono estatal o la precariedad de su presencia. En muchos casos, el resguardo de esa memoria ha quedado en manos de los afectados directos, los ex combatientes, los familiares de los caídos, los amigos.

En el primero de los trabajos, «Los Ava Ñaró cuentan su verdad», los autores lo dicen explícitamente: están narrando la historia de «personas anónimas, silenciadas, que no figuran en los libros de Historia». El déficit es paliado, en este caso, por un grupo de estudiantes, futuros maestros, lo que reafirma que la educación puede ser un espacio privilegiado para hilvanar las cuentas esparcidas del collar.

2) LA RELACIÓN ENTRE LA GUERRA DE MALVINAS Y EL TERRORISMO DE ESTADO

La enseñanza de la guerra de Malvinas acarrea algunas dificultades centrales. Por un lado, se trata de un conflicto bélico al que Argentina arribó en el marco de un gobierno que venía desarrollando una política sistemática de terrorismo de Estado. Por otro lado, volver sobre las islas implica recuperar una noción que estuvo muy presente en el siglo XX, que fue central en la escuela y que de un tiempo a esta parte se desdibujó: la noción de patria y sus distintos sentidos.

El escrito «Educación sin memoria» detecta ambas dificultades. Según una encuesta realizada por sus autores en la ciudad de Corrientes, nueve de cada diez alumnos/as asocia la palabra Malvinas sólo con la guerra y no con la dictadura. «Sostendremos en este trabajo –escriben– que el relato de

memoria más difundido en la actualidad supone una clara disociación entre Malvinas y la última dictadura militar. De esta manera, cuando se recuerda el último golpe de Estado, poco y nada se habla de Malvinas; y viceversa, el mismo fenómeno se da en el momento de recordar la guerra: la dictadura queda desplazada como referencia para pensar el contexto en que se produjo el conflicto bélico».

La tensión entre «causa nacional justa» y terrorismo de Estado obliga también a preguntarse cuáles son los sentidos actuales de la noción de patria: ¿qué ha quedado del proyecto común después de la experiencia del terrorismo de Estado? En el trabajo de los estudiantes estas cuestiones también aparecen bajo la forma de interrogantes, escriben: «¿Es falta de información y educación lo que hace que sólo se recuerde la guerra? ¿Cómo es posible la separación de Malvinas por un lado como “gesta patriótica”, como “intento heroico de recuperación de la soberanía”, y por otro lado Malvinas como estrategia de ocultamiento de los crímenes de la dictadura, como la “lavada de cara” del régimen militar, como el “último manotazo de ahogado” de un gobierno debilitado por el descrédito popular, producto de acciones aberrantes y de la implementación del terror como método para perpetuarse en el poder?».

3) LAS FORMAS DE CONOCER Y NARRAR EL PASADO RECIENTE

La mayoría de los trabajos –los dos publicados y otros tantos– apuesta al testimonio como la forma privilegiada de narrar el pasado reciente. Más que a los libros de historia o a las voces autorizadas, académicas o estatales, los estudiantes recurren a la voz de los protagonistas. La historia de vida legitima el conocimiento. Además de ver aquí la herencia del periodismo –y no siempre del mejor periodismo–, aparecen las consecuencias de la lentitud que el campo académico tuvo para hablar sobre estos temas y la escasa divulgación social que tienen sus escritos.

Los trabajos, a su vez, ponen en evidencia una dificultad inherente al conocimiento de la historia reciente, que incomoda a las tradiciones escolares: qué hacer cuando no se pueden sacar conclusiones definitivas, cuando no se puede decir «esto es así». Los escritos recibidos optan por diferentes salidas: algunos moralizan; otros se indignan aún a riesgo de abandonar la elaboración y la comprensión; y otros recurren al «deber ser», tanto al patriótico como al de memoria.

Estas salidas no impiden, sin embargo, que algunos trabajos se animen a exhibir sus contradicciones, a dejar al descubierto las falencias de la transmisión generacional y a mostrar que están escritos desde el dolor de quien se enfrenta a una herida que aún no cerró. En buena medida es en estas limitaciones donde radica su enorme potencial.

Por ejemplo, en un trabajo titulado «Ushuaia, capital de Malvinas» del IPES Florentino Ameghino de Ushuaia, los estudiantes explicitan la dificultad que encuentran para acordar una conclusión común. Entonces, deciden mostrar sus desacuerdos. El trabajo está centrado en el impacto que la guerra dejó en la ciudad y en la forma singular que adquiere la memoria en la ciudad austral, donde desde 1987 se realiza la llamada «vigilia» cada noche del 1° de abril. En el final del escrito, los estudiantes exponen sus diferencias. Mientras una chica concluye con la frase de una canción de Fito Páez *La casa desaparecida* que dice «La guerra está perdida y de esto ya hace tiempo, y esto todos lo sabemos qué le vamos a hacer»; otro decide citar un duro testimonio de un ex combatiente que dice «para mí es tan patriota el kelper que ahora vive ahí como yo. No tengo nada contra ese tipo, al contrario, pienso que vive tranquilo y feliz como está y que lo peor que le puede pasar es que las Malvinas caigan en manos nuestras». Finalmente, otro estudiante elige oponer a este testimonio el de su propio padre, otro ex combatiente, a quien le agradece el haberle legado un sentido patriótico, «con tu ejemplo aprendí a amar la bandera, el escudo y el himno, y todo lo que ellos representan».

«Las islas son fundamentalmente siluetas, formas vacías. Como las Malvinas en sí mismas no son nada, pueden significarlo todo. Son un fetiche de la nacionalidad, el objeto del deseo por antonomasia, y cada uno puede ver en sus siluetas, cambiantes como jirones de nubes, el rostro inconfundible de su deseo máspreciado», afirma el escritor Carlos Gamerro. La herida abierta por el terrorismo de Estado ha sido tan profunda que, más allá de las marcas desiguales que imprimió en el mapa de la Argentina, obliga a revisar –tal como proponen los trabajos seleccionados– algunas ideas que fueron claves en la construcción de nuestra identidad y de la vida escolar. Volver a enunciarlas con dignidad dependerá, en buena medida, de volver a discutir cuáles son, como dice Gamerro, nuestros «deseos máspreciados». La escuela, en este sentido, tiene una tarea irremplazable.

Los Avá Ñaró cuentan su verdad

Autoras: Iris Mirian Boggia, Nadia Karina Martínez, Griselda Miller, Nadia Ivonne Montenegro, Gabriela Yanina Sánchez.

Tutores: Susana Beatriz Binni y Marcelo Horacio Nuñez.

Institución: Instituto de Formación Docente Dr. Ramón J. Cárcano.

«Interrogamos al pasado para obtener la respuesta del futuro, no para volver a él en melancólica contemplación o para restaurar formas abolidas, sino para que nos enseñe cuáles son los métodos con que se defrauda el presente, e impedirlo.»

Arturo Jauretche

En este trabajo se pretende conocer la historia de los verdaderos protagonistas de Malvinas. Personas anónimas, silenciadas, que no figuran en los libros de historia, que luchan día a día por la reivindicación de sus derechos. Caminan junto a nosotros. Vivieron la peor experiencia que puede tener un ser humano: la guerra. Muchos de ellos ya no están para contarlo, otros sobreviven gracias a su fortaleza espiritual, algunos ni siquiera quieren hablar porque el sólo hecho de recordar implica volver a sufrir. Después de 24 años de silencio un grupo de *montecasereños* revive aquellos días del horror. Son los Avá Ñaró —«soldados valientes»— un grupo de veteranos que organizados desde 1987 realizan tareas solidarias en su ciudad y siguen apostando a reflexionar sobre la guerra de 1982 sin temor a los debates que esto acarrea.

Una anécdota protagonizada por ellos en Monte Caseros ejemplifica la dificultad de saldar esos debates. Hace algunos años se realizó en esta ciudad correntina un acto en conmemoración de la guerra de Malvinas. Entre los asistentes estuvo el General Mario Benjamín Menéndez. Al ver que estaba allí algunos ex combatientes sintieron un fuerte rechazo por su presencia y al finalizar el acto le pidieron que se retirara. Así lo recuerda el ex combatiente Carlos Enriori: «Cuando terminó el acto, Dardo Peroni, también ex combatiente, fue a decirle a Menéndez que se fuera. Yo lo acompañé porque también quería hacerlo, me paré adelante de Peroni y de Menéndez y le dije a éste: “váyase”. Pero cada uno de nosotros quería que se fuera por motivos diferentes: Peroni lo rechazaba por la forma en que Menéndez llevó adelante la guerra y yo por llevarnos a la guerra. Son dos cosas distintas. De cualquier manera, ninguno de los dos quería que él estuviera. Y así fue que lo echamos».

Un viaje imprevisto

El 14 de abril de 1982, un grupo de jóvenes de 18 años recién ingresados al servicio militar obligatorio –habían comenzado su instrucción en febrero– partieron en tren desde Monte Caseros, provincia de Corrientes, hacia un rumbo desconocido. En aquel entonces las vías del tren llegaban hasta el mismo Regimiento de Infantería 4. En aquel contexto, los soldados de la clase 1962 y 1963 de los Regimientos de Infantería 3 y 4, se encontraron diez días más tarde bajo el fuego enemigo, en el medio de una guerra de la que nada se sabía. Esos chicos llegaron a ser «la primera línea» contra el fuego enemigo. Casi no tenían entrenamiento, tampoco suficientes alimentos ni equipamiento adecuado. Ellos fueron y son los verdaderos héroes silenciados durante estos 24 años.

Durante la primera semana se les informó que el grupo no marcharía a la zona de conflicto, pero en días posteriores se les comunicó lo contrario. En palabras del ex combatiente Carlos Enriori: «En un principio no se hablaba de que nosotros íbamos a ir a la guerra, sino que nos iban a dar un destino en el continente, pero sin pensarlo nos encontramos con Malvinas y con la situación de guerra. Me daba cuenta de lo que pasaba porque nadie tenía preparación de nada y sufrí mucho por mí y por mis compañeros. Viéndolo desde ahora, creo que fue un último intento de los militares para mantenerse en el poder, no había otra razón para ir a la guerra. Así tenían un país al que podían manejar con las ideas de ellos». En el mismo sentido, Antonio Peroni, ex combatiente, recuerda: «Ya había terminado el servicio militar cuando me convocaron y estaba en la facultad. Pero tuve que dejar y después no volví más».

El día 14 de abril ambos se encontraban alistados partiendo hacia el teatro de operaciones. Llegaron en tren hasta Rosario y desde allí partieron en

avión a Comodoro Rivadavia, luego de dos días se dirigieron a Río Gallegos y casi inmediatamente los llevaron a las islas.

Falta de logística y casos de maltrato

Algunos grupos del Regimiento de Infantería 4 fueron ubicados en las zonas estratégicas más inhóspitas de las islas, por ejemplo en el Monte Wall, en el Monte Dos Hermanas y en el Monte Harriet. Uno de esos grupos, conformado por 81 hombres, no recibió alimentos desde el día en que arribaron, el 27 de abril. «No recibimos alimentos, ayuda, ningún tipo de material, indumentaria, nada –cuenta V. Córdoba, ex combatiente. Lo único que podíamos hacer era cazar y comer ovejas, cosa que hice con bastante asiduidad». Asimismo, Jorge Folonier, ex combatiente, agrega: «Los ejércitos caminan sobre los estómagos, si no tienen alimentación adecuada no cuentan con el armamento adecuado y no pueden afrontar una guerra».

Para mantenerse con vida, los soldados debían cazar ovejas, motivo por el que eran reprendidos y castigados por los oficiales. A. Peroni, ex combatiente, dice: «En pleno combate veíamos que no íbamos a salir, llegaba el invierno y nosotros estábamos con la misma ropa durante 25 días, muertos de hambre, de frío, qué sé yo... Todo resultaba en contra... Un capitán me puso una pistola en la cabeza en medio del combate para que salga a buscar comida... Fue una locura, nuestra enfermería era una trinchera. A nosotros nos bombardeó la artillería inglesa y la argentina. Los ingleses sabían todo, sabían los nombres de los jefes, querían saber dónde estaban. Nos superaban en todo, en número, en armas, en inteligencia militar». Los combatientes recibieron como único abrigo una campera tipo Duvé, de origen israelí. El resto de su indumentaria era la misma que utilizaban en Monte Caseros, habiendo una gran diferencia de temperatura, ya que en las islas el frío puede llegar a los -10°C . Esto provocó que gran parte de los hombres sufriera la congelación de los miembros inferiores.

Como armamento, los soldados contaban con fusiles FAL y FAP, morteros y lanza cohetes Intalasa de calibre 88,9 mm. un arma ineficaz en una zona con ese tipo de relieve. Frente al armamento del adversario, todo esto resultó obsoleto e ineficiente. «Yo recuerdo –narra J. Folonier– a un amigo mío que vino con todo el entusiasmo a pelear una guerra con una ametralladora A3 que era una cosa obsoleta para el momento, incapaz de perforar la chapa de una carretilla».

Los castigos corporales fueron brutales en varios casos. Carlos Enriori comenta que «el caso del ex combatiente José Ledesma es una de las historias más crueles. Fue estaqueado y encerrado en un corral en la intemperie en virtud del cumplimiento de una “sanción” ante una supuesta mala conducta». El ex combatiente Juan López también recordó el caso de un compañero que fue atado en el suelo, a la intemperie, y al que tiempo después lo encontraron casi congelado. Sus camaradas se arriesgaron a liberarlo, lo asistieron y así le salvaron la vida.

Otro hecho que causó descontento entre los soldados fue la falta de entrega de la correspondencia de familiares y amigos. Vicente Córdoba recuerda: «Estando en conflicto nunca tuvimos contacto con nuestra familia. En mi caso particular, mi hermano también estaba allí, a 1 kilómetro de distancia, y ninguno de nosotros recibíamos noticias de nuestra familia». Enriori, por su parte, agrega: «Nosotros no recibíamos nada, sólo un telegrama, después me dijeron que, en realidad, mandaron muchos más».

Los medios de comunicación

Durante todo abril los argentinos siguieron con inquietud los cables internacionales que informaban acerca del avance de la flota enemiga. Sin embargo, eran continuamente «tranquilizados» por un verdadero bombardeo de estimulantes apreciaciones, emitidas principalmente por la prensa local.



El 7 de abril todos los diarios publicaron una estimación de las posibles acciones de las fuerzas navales que enviaba Gran Bretaña, atribuida a «una alta fuente naval local». Algunos comentarios periodísticos repetían que «un bloqueo a las Malvinas representa además el peligro de la cercanía de la costa continental, cerca de las bases aéreas argentinas» y agregaba «en caso de que lleguen a la zona, el peligro aumenta, ya que cuando están desplegados los buques cisternas son sumamente vulnerables y deben contar con otros buques que los protejan, lo que resta unidades a los buques combatientes». Siempre en el mismo tenor, se destacaban las dificultades para un bombardeo naval de las posiciones argentinas en las islas Malvinas. Esto se señalaba «pondría a los buques de la Royal Navy dentro del radio de los aparatos de la defensa aérea argentina».

En cuanto al desembarco, se estimaba que «para intentar una operación de ese tipo, son necesarios entre cuatro y cinco atacantes por cada hombre que defiende y en el supuesto que los efectivos argentinos en las islas es de

alrededor de cuatro o cinco mil hombres, pudiendo llegar en los próximos días a los nueve mil hombres, los británicos necesitarían movilizar una distancia de trece mil kilómetros por lo menos treinta mil hombres». El 2 de abril José Iglesias Rouco había escrito en *La Prensa* que «por primera vez en muchos años, un gobierno argentino hace algo, y además lo hace bien».

El 30 de abril, el presidente de los Estados Unidos anunció formalmente el apoyo de su país a Gran Bretaña. Este fue un duro golpe para el gobierno militar argentino que pensó que la superpotencia se mantendría neutral por tratarse de dos países amigos. El 1º de mayo, Gran Bretaña inició los bombardeos a Puerto Argentino. Dos días más tarde se produjo el hundimiento del Crucero General Belgrano con un saldo de 368 muertos, decenas de desaparecidos y heridos. Cada argentino que haya vivido aquel tiempo en las calles de su ciudad recordará sus propios momentos. Pero en el conjunto predominaba la sensación de victoria, alentada hora por hora por los trascendidos y por las opiniones volcadas desde todos los canales de información pública. El país no estaba preparado para lo que luego ocurrió y ello es, sin duda, un elemento importante en la historia. Como podía leerse en el diario *La Nación*: «Con la mayor serenidad, sentimos todos el orgullo de ser los contemporáneos de un rescate que nos ha vivido en la sangre colectiva en calidad de un mandato de nuestros antepasados».

Para algunos la guerra fue la posibilidad de volver a salir a las calles a hacer política. Para otros se trató de realizar acciones solidarias en el marco de una tradición patriótica. Durante los días que duró la guerra, además de las movilizaciones, hubo una gran cantidad de acciones colectivas de apoyo a los soldados. Jorge Folonier dice: «Creo que había un pseudo acompañamiento del pueblo para con los soldados, no era un acompañamiento total. Indudablemente no se podía decir “estoy en contra de la guerra”, no se podía salir en los medios y decir “a los muchachos los van a matar”. Los

medios de comunicación fueron cómplices de todo esto, incitaban a la gente a pensar que era otra la realidad».

El festival televisivo de las 24 horas por Malvinas fue uno de esos momentos de participación. Mientras tanto, el Canal 7 mostraba imágenes de nuestros jóvenes sonrientes, realizaba la «maratón» por Malvinas, y la revista *Gente* titulaba a los cuatro vientos «¡Estamos Ganando!». También desde Monte Caseros se enviaron alhajas para ayudar al gobierno y se reunían ropas y comestibles para luego mandarlos por encomiendas. En esa época no existían en la ciudad otros medios de información escrito, radial o televisivo alternativos a la televisión oficial y algunas pocas radios de ciudades cercanas. Esta información resultaba la única conexión con la «realidad nacional». Sin embargo, los vecinos aún hoy recuerdan que sintonizaban la estación radial uruguaya de Bella Unión, ya que ésta recibía las noticias desde la BBC de Londres. «De esa manera sabíamos lo que realmente estaba pasando», comentan algunos pobladores.

Un papel importante en la difusión lo cumplieron los radioaficionados, que no sólo escuchaban las estaciones de otros países, sobre todo europeos, sino que también se comunicaban con las islas. Al respecto Jorge Folonier contó que «como yo era del Arma de Comunicaciones de la Marina, nos comunicábamos con los radioaficionados y con los familiares... hasta que ocurrió el bloqueo total».

Es sabido que en una guerra los comunicados oficiales forman parte de una estrategia psicológica. Los comunicados oficiales sugerían que Inglaterra no se molestaría en defender unas islas tan lejanas y sin importancia para ellos. El gobierno ocultaba así la información, a través de mensajes triunfalistas, mientras que, en realidad, los ingleses desembarcaban en Malvinas el 15 de mayo y comenzaban su imparable avance hacia Puerto Argentino.

Entre el 9 y el 12 de junio, los británicos tomaron tres zonas clave: el Monte Longdon, donde la Compañía B del Regimiento de Infantería 7 soportó un ataque por parte del Batallón de Paracaidistas británicos, apoyado por un constante fuego de artillería naval y de campaña; la colina Dos Hermanas, donde comandos ingleses atacaron frontalmente las posiciones defendidas por la compañía C del Regimiento de Infantería 4 y lograron una rápida incursión en la zona; y el Monte Harriet, donde personal del Regimiento 4 del Ejército Argentino trabó un duro combate con los comandos de la Infantería de Marina 42.

Así lo recuerda el soldado clase 63, Vicente Córdoba: «Los ataques nocturnos que tuvimos que soportar entre el 9 y el 12 de junio fueron frente a frente, nos superaron con la tecnología, pero no con el coraje». En cuanto a la relación entre oficiales y soldados dice: «La relación entre el personal de suboficiales y soldados era muy buena, amistosa en cuanto a lo que a nosotros nos tocó vivir. Era más tensa en cuanto al cuadro de oficiales». Carlos Enriori, en cambio, recuerda que dicha relación «era mala, como ya había sido en el regimiento y como fue en ese entonces en Malvinas. A mí me tocó vivirlo de una manera, a otros compañeros de otra forma. En general, la relación entre suboficiales, oficiales y soldados no era muy buena.»

El fin de la guerra

El 14 de junio, la guarnición argentina a las órdenes del general Menéndez se rindió ante el General Jeremy Moore. La Junta Militar que controlaba el poder dimitió poco después de la derrota. Las islas fueron fortificadas por los británicos manteniendo su carácter de colonia, aunque a sus habitantes se les concedió la plena ciudadanía británica.

Podemos reconstruir esos días previos y los que inmediatamente sucedieron a la rendición a través de la mirada de Peroni: «Nos tomaron prisioneros los

británicos, nos sacaron todo, después estuvimos prisioneros de los gurkas. Mi número de prisionero era el 359. Allí perdí mi casco, que hoy tengo acá. Cuando lo perdí tomé el casco de un compañero muerto. Siendo prisionero, en pleno combate, llegamos a un arreglo, nos permitían atender a nuestros heridos pero teníamos que ayudarlos a cargar con sus heridos y muertos, porque ellos no dejaron a ningún hombre en el campo de batalla. Caminamos mucho cargando a sus hombres. Los gurkas eran muchísimos, salían de todos lados. Ese trayecto ayudé a un subteniente de apellido Juárez. Los gurkas nos dejaron a la intemperie durante horas, después nos llevaron en helicóptero a un establecimiento que se llamaba Fitz Roy, desde donde vi el hundimiento del Sir Galahad, después supimos que murieron como 54 británicos allí, fue el 5 o 6 de junio. Ahí nos dejaron totalmente desnudos, hasta que nos devolvieron la ropa. En ese momento vi mi casco a mi lado, con mi nombre. Otro soldado había hecho lo mismo que yo, entonces nos intercambiamos los cascos y así lo recuperé».

Refiriéndose al fin de sus días de prisionero de guerra Peroni recuerda que «estuvimos hasta el 17 o 18 de junio, después nos llevaron al Canberra. Desde ahí fuimos a Puerto Argentino y luego a Puerto Madryn. No sabíamos qué había pasado, si habían atacado el continente o no. Caminamos hasta que empezó a llegar gente, era impresionante, nos daban comida, aplaudían, era una fiesta. Después viajamos en camión hasta Trelew y desde allí en avión a Buenos Aires. Fuimos más prisioneros todavía, nos decían que todo había terminado, que nos teníamos que olvidar lo que había pasado, pero no teníamos contacto con la gente. Nosotros trajimos la bandera de nuestro Regimiento, no la entregamos, vino envuelta en la pierna de un soldado herido».

Finalmente, la noticia de la rendición causó una gran frustración en una población engañada con la campaña triunfal del gobierno. Por entonces, los generales exigían a Galtieri su renuncia. Luego de unos días de incertidumbre e incidentes en las calles, éste debió renunciar, agudizando la crisis del



régimen militar. Después de algunas disputas dentro de las Fuerzas Armadas, asumió el General Reinaldo Benito Bignone. La derrota de Malvinas precipitó la caída de un gobierno integrado por militares que demostraron que servían para masacrar a sus compatriotas, pero no para lo que se suponía era su actividad específica: la guerra contra una potencia extranjera.

Los que no volvieron

El conflicto que duró setenta y cuatro días dejó más de 650 muertos o desaparecidos y casi 1300 heridos. La desolación y el dolor de los argentinos se mezclaban con los mismos sentimientos de los oficiales y los soldados que se sentían defraudados luego de haber cumplido con su deber en el lejano escenario austral.

«Yo creo –afirma Peroni– que los británicos no nos quisieron matar porque en el medio de la guerra a las 4 de la mañana nadie se hubiese enterado. Repito: no nos quisieron matar. Fui uno de los cinco que sobrevivieron de mi sección».

El sufrimiento por las consecuencias de esta guerra se sumó al de miles de familias argentinas que lloraban en silencio a las víctimas de la represión ilegal. El ex combatiente Córdoba agrega: «La unidad de Regimiento de Infantería N° 4 tuvo 24 muertos aproximadamente, la mayoría de origen chaqueño, algunos de Corrientes capital y ninguno de Monte Caseros. De la ciudad de Mocoretá, departamento de Monte Caseros, falleció en combate el señor Vicente Ramón Pérez. Nuestros familiares hacían peregrinaciones rezando el rosario y yo creo que fueron escuchados, por eso en ese lugar está emplazada la gran cruz de hierro, en homenaje al pueblo de Monte Caseros. No en homenaje a los veteranos porque muchos creen que es en homenaje a nosotros y no es así. Ahora, el daño psicológico es muy grande, hubo más de 366 muertes después del conflicto».

Hoy en día, los sobrevivientes recuerdan aquel momento como uno de los peores de sus vidas. Para Córdoba «es muy difícil, hay que tener una fortaleza espiritual muy importante en ese tipo de conflicto. Cuando uno se encuentra en esa situación, cuando la muerte está ahí, a unos pasos, hay que tener una comunicación muy fluida con Dios porque de otra manera es

imposible salir. La situación se vuelve más complicada en mi caso porque no sólo pensaba en salvar mi vida sino también estaba la vida de mi hermano. A cada momento yo pensaba en cómo estaría él». Peroni también considera que la religión fue un sostén: «Te volcás a la fe religiosa de una manera increíble: todas las noches rezábamos el Rosario».

Hombres valientes

«El regreso a Monte Caseros fue inolvidable –dice Peroni–, después de ese largo viaje en tren, todos nos esperaban, no solamente familiares y amigos sino también los docentes con sus alumnos». En virtud de todo ese apoyo que recibieron, el centro de veteranos Avá Ñaró (hombre valiente), creado en 1987, pretende ayudar al pueblo y, especialmente, a los docentes, realizando trabajos de reparación de instalaciones, arreglo de mobiliario escolar y participación en actos escolares, entre otras tareas. En lo que va de este año, por ejemplo, llevan entregados alrededor de 3.000 kilogramos de ropas a personas de escasos recursos. Otra de las actividades que llevaron adelante con gran repercusión en la comunidad fue la recuperación del Tiro Federal de la ciudad, un edificio histórico de más de cien años, el segundo en el país por su estilo de construcción y que estuvo descuidado por más de diez años.

«Nos juntamos hace unos 20 años en la casa de Dardo Peroni y allí formamos el centro de ex combatientes Avá Ñaró. El edificio del centro no es nuestro, nos lo dieron en comodato, pertenece al Museo Histórico de la Estación del Este. Allí están haciendo muchas tareas, la idea es devolver a la sociedad lo que hicieron por nosotros. La camioneta que tenemos la donó Martín Balza cuando era Comandante en Jefe. Se reparten muchas cosas, por ejemplo ayudamos en la inundación de Santa Fe, ¡hasta lanchas llevamos! Yo creo que es una forma de devolver algo al pueblo, porque nos ayudaron muchísimo. Pero no fuimos reconocidos por el Ejército y los

gobiernos, en su momento... Hoy en día vas a encontrar que en todos los centros de ex combatientes se realizan tareas solidarias».

«Para nosotros la docencia es el ámbito que nos permitió sobrevivir a lo largo de todos estos años de lucha por nuestro reconocimiento social». Las instituciones educativas fueron un soporte a pesar de la derrota «porque sin ese apoyo –afirma Córdoba– creo que la causa de Malvinas estaría desaparecida».

En las instalaciones del centro, además, se dictan clases de computación y folklore, y se realizan numerosas actividades junto a niños y jóvenes que encuentran allí un lugar para aprender y expresarse.

Después del conflicto de Malvinas los ex combatientes permanecieron aproximadamente nueve años sin recibir ayuda económica ni médica, así como tampoco ningún tipo de atención psicológica. Enrriori dice: «Hasta hace dos años atrás teníamos una pensión mínima, pero después nos triplicaron el monto. Hoy en día, de alguna manera, se nos reconoció un poco más. Durante nueve años no nos dieron nada, cuando volvimos en el 82 no existíamos para el país. A los nueve años de dicha vuelta, nos dieron la primera pensión que consistía en \$ 100. Desde ahí fue paulatinamente en aumento. Hoy nosotros le reclamamos al Estado por esos nueve años en los que no nos dieron nada. En realidad, lo que hubiera sido mejor es que nos dieran asistencia médica durante aquella primer época porque fueron los peores momentos». «El Senado –dice Peroni– nos dio una medalla después de pasados unos años. El municipio nos declaró ciudadanos ilustres, pero el Ejército no nos reconoció nunca. Para mí no espero nada, yo estoy entero, pero me duele por compañeros que quedaron muy mal, te puedo nombrar a Escobar, no sé, un montón de gente que necesita ayuda y no se la dieron...».

Conclusión

Al finalizar las entrevistas con cada uno de los ex combatientes llegamos a la conclusión que existen diferentes visiones en función de las experiencias singulares. No obstante todos coinciden en numerosos aspectos: la falta de alimentación, la indumentaria adecuada, las armas obsoletas, el maltrato hacia los soldados, las presiones para no contar lo sucedido, la necesidad de hacerlo, la falta de asistencia y de reconocimiento, y la necesidad de volver...

Tanto la dictadura militar como el hecho que le puso fin –la guerra de Malvinas– dejaron una profunda marca en nuestra gente, en nuestra sociedad y en toda nuestra cultura. Hoy, podemos observar los hechos trascendentales de la historia de nuestro país desde una perspectiva mucho más amplia para así analizar todos los aspectos que intervinieron en esa historia.

Desde el comienzo del gobierno de facto y hasta sus últimos momentos, el manejo de la información fue muy cuidadoso y sólo se dejaban escapar datos que no perjudicaran al sistema. Durante la guerra y aun después de ésta se presionó a los ex combatientes a no revelar los hechos vividos para ocultar la ineficacia y la incompetencia de los jefes militares. Hoy en día algunos se animan a contar lo sucedido. Deben ser escuchados para que la verdadera historia de Malvinas sea conocida por las generaciones futuras y no se repitan los errores cometidos.

Es por eso que nuestro rol como futuros docentes es que a través de la investigación, la transmisión de conocimientos y el diálogo con las nuevas generaciones podamos formar ciudadanos comprometidos con nuestra democracia.

*«Hubieran sido amigos, pero se vieron una sola vez
cara a cara, en unas islas demasiadas famosas,
y cada uno de los dos fue Caín,
y cada uno, Abel.
Los enterraron juntos, la nieve y la corrupción
los conocen.
El hecho que refiero paso en un tiempo que no
podemos entender».*

Jorge Luís Borges

Malvinas. Educación sin memoria

Autores: Iván Falcón, Evangelina Aceval, Nicolás Cardozo, Eduardo Gómez, Patricia Bernasconi.

Institución: Instituto de Formación Docente «José Manuel Estrada», Corrientes Capital.

Introducción

El dos de abril de cada año se recuerda a los caídos en combate contra los ingleses en el conflicto bélico desarrollado en 1982, a través del cual se intentó recuperar la soberanía sobre las islas Malvinas en el Atlántico Sur. Desde hace años, y siempre para la fecha mencionada, las escuelas han realizado actos que, de una u otra manera, recuerdan la guerra de Malvinas. En los mismos, palabras como «pérdida», «muerte», «invasión», «caídos», «dolor», «soberanía», «recuperación» y «reconocimiento», resuenan en los altavoces de los establecimientos educativos y se repiten una y otra vez, naturalizando un único sentido en la memoria de Malvinas: el del conflicto bélico y sus consecuencias en torno de la derrota.

Ahora bien: ¿por qué en el imaginario colectivo Malvinas permanece asociado casi exclusivamente con «la guerra»?; ¿no se hace acaso presente, en esta forma tan difundida del recuerdo, una ausencia, un olvido, una invisibilidad, que convierte a Malvinas en un acontecimiento singular, completamente

descontextualizado, reducido sólo al dolor de la derrota en un conflicto armado?, ¿por qué esto es así? y ¿cuáles son las consecuencias de esta memoria tan difundida?

Sostendremos en este trabajo que el relato de memoria más difundido en la actualidad supone una clara disociación entre Malvinas y la última dictadura militar. De esta manera, cuando se recuerda el último golpe de Estado, poco y nada se habla de Malvinas; viceversa, el mismo fenómeno se da en el momento de recordar la guerra: la dictadura queda desplazada como referencia para pensar el contexto en que se produjo el conflicto bélico.

A nuestro entender, este relato del pasado reciente, este modo de reconstrucción de nuestra memoria, está altamente generalizado. Tal vez una aseveración de tales características sea apresurada. Sin embargo, en el presente trabajo nos abocamos a mostrar que es la manera en que muchos adolescentes, entre 17 y 18 años, recuerdan hoy en día Malvinas. Para lograr hacer visible esta memoria hemos realizado entrevistas en cuatro

establecimientos educativos en la ciudad de Corrientes. El resultado muestra que, aproximadamente, 9 de cada 10 alumnos/as asocian la palabra «Malvinas» sólo con la guerra, sin asociarla con la dictadura.

¿Es falta de información y educación lo que hace que sólo se recuerde la guerra? ¿Cómo es posible la separación de Malvinas por un lado como «gesta patriótica», como «intento heroico de recuperación de la soberanía», y por otro lado Malvinas como estrategia de ocultamiento de los crímenes de la dictadura, como la «lavada de cara» del régimen militar, como el «último manotazo de ahogado» de un gobierno debilitado por el descrédito popular, producto de acciones aberrantes y de la implementación del terror como método para perpetuarse en el poder?

Las consecuencias de la extensión generalizada de esta manera de ver el pasado son eminentemente políticas. Reducir Malvinas a una gesta bélica, a la tragedia de una derrota, y no dar cuenta del contexto en el cual tuvo lugar implica tornar invisibles las responsabilidades morales y penales de aquellos militares que administraron la muerte. Implica también olvidar la responsabilidad social que tuvo gran parte de la sociedad civil, al haber avalado la guerra saludando el proyecto de recuperación de las islas del general Galtieri.

De esta manera, la memoria de la sociedad se va formando y forjando de una manera sistemática, sin profundas reflexiones sobre interrogantes cruciales: ¿Por qué pasó lo que pasó? ¿Cómo recordar Malvinas? En este asunto, recordar pareciera, al mismo tiempo, doloroso y engorroso. Tanto es así que da la impresión de que en estos 24 años la verdad sobre Malvinas fue sistemáticamente silenciada, hubo una imposibilidad de contarla, de sacarla a la luz. De modo que el recuerdo de Malvinas nos enfrenta directamente con la tarea de evaluar, tomar conciencia de lo que sucedió, y conocer cuál es la responsabilidad que como miembros de una sociedad democrática nos toca asumir en este hecho.

Hoy en día los Contenidos Básicos Comunes (CBC) no hacen mención a Malvinas, los diseños curriculares de la Provincia tampoco, y los PEI de las escuelas correntinas parecen haber olvidado a toda una generación (*este trabajo fue escrito en el 2006*). De esta manera, la amnesia de la sociedad –la misma que supo ser contemplativa con la dictadura tras la manifestación en apoyo a la guerra en aquella plaza de mayo de 1982– parece llegar hasta nuestros días.

Este trabajo pretende ser un pequeño paso para dejarla definitivamente atrás.

I. Malvinas: comienzo de una disociación

El golpe militar que tomó el poder el 24 de marzo de 1976, el autodenominado «Proceso de Reorganización Nacional», se caracterizó por un empleo desmedido de la violencia estatal como metodología sistemática para terminar, a través del terror, con el reclamo social expresado en movimientos civiles, obreros y estudiantiles. A la supresión de los derechos políticos se sumó la tortura y desaparición de personas implementada en una escala nunca antes vista en la historia del país. Alrededor de treinta mil hombres, mujeres y adolescentes fueron asesinados y sus cuerpos enterrados en fosas comunes o arrojados al mar.

Los reclamos por violaciones a los derechos humanos comenzaron a hacerse escuchar paulatinamente tanto en el interior del país, a través de organismos abocados a la defensa de los derechos humanos, como también por los exiliados argentinos en distintos países. Debido a esto, en el año 1979 la Comisión Interamericana de Derechos Humanos realiza un estudio en el país, con la autorización de la Junta Militar, para evaluar el estado de los derechos humanos en función de las denuncias existentes. A comienzos de 1980 se publicó el informe de la Comisión, dándose a conocer resultados no espera-

dos por el gobierno militar¹⁶. A la mala imagen del régimen, producto de las denuncias sobre crímenes de lesa humanidad, se sumaron las protestas de los trabajadores estatales por la falta de resultados del plan económico¹⁷. El descontento generalizado en la población, más los conflictos entre internos de la Junta, generaron un debilitamiento del gobierno dictatorial, que fue perdiendo consenso popular a partir de las propias medidas que adoptaba.

En medio del descontento social antes mencionado, el proyecto bélico iniciado en abril de 1982 de recobrar Malvinas, que el gobierno militar justificaba a partir del reclamo de soberanía sobre las islas, cumplió la función de suprimir las diferencias ideológicas que dividían la sociedad, aunando a la mayor parte del pueblo bajo el objetivo patriótico de recuperar las islas del Atlántico Sur.

El 10 de abril de 1982 la adhesión popular expresada en Plaza de Mayo da cuenta de la convergencia entre los intereses del pueblo y los de la dictadura.

16. ANDERSEN, EDWIN. Dossier secreto. El mito de la «guerra sucia» en la Argentina, Bs. As., Sudamericana, 2000, p. 302, «El informe confirmó que los actos u omisiones de las autoridades argentinas durante los años 1975 a 1979 constituían numerosas y graves violaciones a los derechos humanos. La OEA sostuvo que ello afectaba los derechos a la vida, a la libertad, a la seguridad e integridad personal y a la justicia; sentenciaba que miles de personas desaparecidas habían sido asesinadas por las fuerzas de seguridad y confirmaba la aplicación alarmante y sistemática de torturas».

17. NIELSEN, JAMES. En tiempos de oscuridad 1976-1983, Bs. As., Emecé Editores, 2001, p. 240: «...una muchedumbre de estatales marcharon a Plaza de Mayo para informar a los ocupantes de la Casa de Gobierno y del vecino Ministerio de Economía lo que piensan de sus medidas. Huelga decir que la queja principal tuvo que ver con el congelamiento de los salarios del sector público que fue ordenado por el doctor Roberto Alemann. Debido a la marejada inflacionaria, sus sueldos ya son minúsculos...».



Los envíos a los soldados incluían cartas, periódicos y revistas.

La aparición en la escena política de un «enemigo exterior», representado por el gobierno inglés, desvió la atención de los aspectos más críticos del gobierno militar, la represión y el curso del programa económico, hacia el conflicto bélico desarrollado en el Atlántico Sur.

La figura del general Galtieri en el balcón de la Casa Rosada, vitoreado por una multitud que brindaba un claro apoyo al proyecto militar, plantea la

paradoja, mencionada por Federico Lorenz, de tener que explicar cómo era posible apoyar Malvinas y no apoyar, al mismo tiempo, a la dictadura¹⁸. Comienza aquí una «asociación ilícita» entre sociedad y dictadura, asociación que con el correr de los años se tornará disociación, puesto que el «costo» de estar vinculado con régimen militar comenzó a hacerse demasiado alto en términos de reprobación social.

Para lavar sus culpas, la sociedad prefirió recordar una guerra como si ella hubiera salido, por arte de magia, de la mismísima nada.

II. Memoria y olvido. Aspectos metodológicos

En un trabajo, como el aquí propuesto, centrado en la problemática sobre la memoria de Malvinas, resulta de gran importancia metodológica establecer el significado y extensión de las categorías de «memoria» y «olvido» que se emplearán en el análisis del tema en cuestión.

Con respecto al primero de ambos conceptos, la memoria, debe comprenderse en tanto narración estructurada, depositaria de un sentido sobre los acontecimientos del pasado. De esta manera, la dimensión lingüística, inherente a la memoria, implica pensarla siempre dentro de un marco social, en el cual se construye, forjando sentidos sobre el pasado para así poder operar sobre el presente.

Dado que la dimensión social, en la que se configura la memoria, no es un ámbito homogéneo ni armonioso, debemos afirmar que no existe una única memoria, sino que múltiples relatos coexisten vinculados de manera conflic-

tiva entre sí. Este último aspecto permite pensar que la dimensión social de la memoria supone, a la vez, una dimensión política, que se define como la lucha por la hegemonía en torno a las formas de narrar el pasado, lucha en la cual los actores buscan que sus relatos sobre el pasado se impongan en detrimento de otros relatos.

Este vínculo conflictivo, que se da en el espacio social a partir del entrecruzamiento de diversos discursos sobre el pasado, encuentra en el Estado –y en sus aparatos ideológicos¹⁹– a uno de los actores con más poder y medios a su alcance, al momento de institucionalizar, oficializar, un relato de memoria²⁰.

Otro de los conceptos que resulta pertinente utilizar, y por ello es necesario especificar su sentido y alcance, es la noción de «olvido». En palabras de la socióloga Elizabeth Jelin, «el olvido no es ausencia o vacío. Es la presencia de esa ausencia, la representación de algo que estaba y ya no está, borrada, silenciada o negada»²¹.

En esta doble operación de «memoria oficial» y «olvido censor», el Estado juega un papel importante, especialmente a través de los medios de comunicación y de la escuela. Es en esta última institución donde, a través de los actos conmemorativos y de los lineamientos curriculares generales (CBC), la «memoria oficial» encuentra un espacio propicio para reproducirse y consolidarse.

18. LORENZ, FEDERICO. «Mutilaciones. Los combatientes de Malvinas en la memoria nacional», en El ojo mocho. Revista de crítica política y cultura, Bs. As., 2006, N° 20, p. 45.

19. Tomamos aquí este concepto en el sentido en que lo utiliza Louis Althusser.

20. JELIN, ELIZABETH. Los trabajos de la memoria, Madrid, Siglo XXI, 2002, p. 40.

21. Ibid., p., 28

El carácter político de la memoria sobre Malvinas –la que actualmente se encuentra vigente y extensamente difundida en las nuevas generaciones– se vuelve explícito en las consecuencias que su aceptación implica. Así, los sentidos del pasado, en torno de ese acontecimiento que dimos en llamar «Malvinas», giran en torno de la visibilidad o invisibilidad de la responsabilidad social, moral y hasta penal de aquellos actores políticos (los militares) que optaron por iniciar la gesta bélica y de aquellos actores sociales que apoyaron públicamente el proyecto de la dictadura.

III. El estado actual de la memoria sobre Malvinas

Para dar cuenta del estado actual de la memoria sobre Malvinas hemos elegido una muestra centrada en un grupo generacional que no ha atravesado ni la experiencia de la guerra ni la de la época, se trata de adolescentes que tienen entre 12 y 13 años y entre 17 y 18 años. Se ha empleado como herramienta de recolección de datos una entrevista– cuestionario, basada en una única pregunta: «¿qué recordás sobre Malvinas?». Se ha evitado mencionar, en la misma, la expresión «guerra de Malvinas» a efectos de no condicionar las respuestas. La formulación de una única pregunta nos pareció más aconsejable, puesto que de esta manera los alumnos y alumnas podrían moverse con cierta libertad en las respuestas y no sentirse «encorsetados» por un cuestionario más extenso.

Para llevarlas adelante se seleccionaron cuatro establecimientos educativos de la ciudad de Corrientes. Tres de nivel Polimodal y una escuela EGB 3. Si bien en un principio la muestra se centró en el grupo de 17-18 años, pensamos que podría llegar a ser interesante contar con un ejemplo del último curso de la EGB, de manera tal de evaluar la continuidad o la ruptura del relato sobre la memoria.

A continuación expondremos algunos datos que arrojaron las entrevistas. Como primera medida se señalarán las coincidencias mayoritarias y luego se volcará la información aislada y aleatoria que ha sido recobrada como relevante:

1.- ESCUELA N° 160 «NUESTRA SEÑORA DE LA MISERICORDIA» (ÚLTIMO AÑO DE LA EGB 3)

La representación de Malvinas gira de manera generalizada en torno de la guerra. Se destacan las siguientes ideas: a) las islas nos pertenecen; b) las malas condiciones en que se libró la guerra; c) la ubicación geográfica de las islas. En menor medida han hecho alusión a los soldados correntinos que participaron, y al carácter de «héroes» de los excombatientes.

2.- COLEGIO «BRIGADIER GENERAL PEDRO FERRER» (ÚLTIMO AÑO POLIMODAL)

La representación de Malvinas gira también de manera generalizada en torno de la guerra. Se destacan las siguientes ideas: a) la pertenencia de las islas; b) la muerte de los soldados y c) las malas condiciones militares. Se menciona también la participación de soldados correntinos. A diferencia de las entrevistas anteriores, casi no se mencionan datos geográficos referidos a la ubicación de las islas. Aparecen dos alusiones claras a la dictadura, una referencia a Malvinas como «una gran mentira» y dos comentarios sobre la imposibilidad de elección de los soldados.

3.- ESCUELA NORMAL «JUAN PUJOL» (ÚLTIMO AÑO POLIMODAL)

La representación de Malvinas gira también de manera generalizada en torno de la guerra. Se destacan las siguientes ideas: a) escasez de armamento; b) ubicación geográfica; c) pertenencia de las islas; d) malas condiciones militares y e) la muerte de los soldados. De manera aislada aparecen comentarios que mencionan la dictadura, la mentira de los medios de comunica-

Cráteres de artillería en
isla Soledad (2007).



ción, los intereses económicos y la poca formación que las escuelas brindan sobre el tema.

4.- ESCUELA «HIPÓLITO IRIGOYEN» (ÚLTIMO AÑO POLIMODAL)

La representación de Malvinas gira también de manera generalizada en torno de la guerra. Se destacan las siguientes ideas: a) gobierno militar; b) intereses económicos y c) la guerra como una «locura». Esta escuela representa un caso particular. Si bien la idea de «guerra» es la más transitada, aparecen varios comentarios sobre el contexto militar de la dictadura. Por la coincidencia de las referencias es de suponer que los alumnos hayan realizado algún tipo de trabajo práctico o recibido alguna clase especial sobre el tema en cuestión. Sin embargo, esto no ha podido establecerse.

IV. Conclusiones y conjeturas

Las entrevistas muestran que en un alto porcentaje (un 90 % aproximadamente) Malvinas está asociada meramente a un conflicto bélico. Surgen elementos aislados que no se condicen con esta afirmación, y ellos, precisamente, son referencias directas al gobierno militar.

En algunos casos dichas referencias se encuentran acompañadas de algún tipo de juicio moral (como ser «una época oscura de nuestra historia») pero, en buena parte, este aspecto sólo sobresale como un elemento histórico más.

Las causas de la vigencia de este relato, de este modo de hacer memoria, en el que Malvinas aparece en gran medida disociada del *golpe militar*, podemos encontrarlas en la falta de elementos que permitan un análisis crítico de la época y en la manera en que se construyó la memoria del pasado reciente. Los lineamientos generales de los CBC para Polimodal carecen de referencias a estas temáticas. De la misma manera sucede con los CBC provinciales para la EGB.

Otro de los aspectos que por razones diversas no hemos podido investigar en profundidad para el presente informe –por lo cual lo señalado estará en el orden de la conjetura–, son los actos conmemorativos que se llevan a cabo en las escuelas el segundo día de abril de todos los años. En los mismos, de manera mayoritaria y extendida, se hace hincapié en la «guerra», en los aspectos vinculados a la soberanía y en el carácter «heroico» de los soldados que combatieron. Se dice muy poco, en cambio, sobre el contexto político de la dictadura militar. De esta manera, la escuela contribuye a reproducir y consolidar una representación sobre el pasado completamente despolitizada, que encubre las responsabilidades colectivas y penales que corresponden.

Palabras finales

Las naciones modernas construyeron su identidad y sus tradiciones en base a sus historias nacionales, en las que el sacrificio de sus ciudadanos en nombre de la patria constituía la máxima muestra de lealtad y compromiso. Esa entrega, como contraparte, merecía el homenaje y el reconocimiento de los compatriotas. Movimientos emancipatorios y revolucionarios también elaboraron tradiciones y consignas ancladas en la noción de sacrificio y ofrenda de la vida.

Un rápido recorrido por la historia reciente nacional e internacional muestra que la política moderna, de algún modo, se ha constituido en forma creciente en estrecha relación con la noción de la muerte joven. Esa certeza histórica, que tiene un vínculo tan íntimo con nuestra historia próxima, debe movernos a una reflexión profunda acerca de nuestros motivos y objetivos, es decir, acerca del futuro que imaginamos. Para honrar tantas vidas trucas pero, sobre todo, para construir un país donde estén garantizados la plena vigencia de la democracia y los derechos humanos y donde esto permita

que el pueblo viva realizado en sus objetivos y expectativas.

Tantas ilusiones rotas y vidas perdidas, pero también tantas convicciones sostenidas frente a la adversidad, merecen ese esfuerzo.

En vísperas del Bicentenario, el desafío abierto, desde esta perspectiva, es enorme. Significa recuperar y construir algo que en la memoria histórica de los argentinos fue una realidad: una sociedad con movilidad social, donde los más jóvenes podían esperar un mejor futuro que sus padres.

En los turbales de Malvinas, en los sótanos de los centros clandestinos, en la memoria colectiva de los sobrevivientes, esa experiencia fue herida profundamente. No hay mayor forma de reparación que la reflexión histórica que genera la acción y permite diferenciar niveles de responsabilidad y entrega, compromisos y trayectorias.

A lo largo y a lo ancho del país nuestro equipo ha constatado tanto la vigencia de Malvinas como emblema colectivo, como la diversidad de

imágenes de nación y comunidad que evoca. Hay allí un potencial deliberativo y político que debe servir de punto de partida para la discusión.

Con esta convicción, propusimos un recorrido que, a partir de la guerra de 1982, abiera preguntas sobre este país que habitamos: la construcción y las características de la causa Malvinas; la experiencia de la guerra, tan diferente según el lugar que habitaran nuestros compatriotas en aquel año 1982; los usos abusivos de la simbología nacional y las movilizaciones populares; las relaciones entre civiles y militares; las movilizaciones de los ex combatientes; las preguntas por las responsabilidades sociales; el lugar de Malvinas en la memoria nacional.

De este modo, este libro pretende también ser un aporte al mantenimiento del reclamo por la soberanía nacional sobre el archipiélago usurpado, a partir del ejercicio de la memoria crítica en las escuelas.

Ansía generar discusiones, aportar elementos para sostenerlas y abrir interrogantes que faci-

liten la transmisión cultural entre las generaciones. Porque sabemos que esos interrogantes formulados hacia el pasado, son, como toda inquietud histórica, un ejercicio de proyección de expectativas y planificación de recorridos colectivos.

Este es también el mejor homenaje posible a los que ya no están, a sus deudos, sus compañeros, sus amigos, a los hombres y las mujeres que quedaron anclados por la fuerza en una eterna juventud. Y la juventud, esa forma latente de la pregunta, nos reclama memoria y compromiso.

Bibliografía sugerida

Libros y artículos

- Ares, Daniel, *Banderas en los balcones*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1994.
- Amuchástegui, Martha, «Los actos escolares con bandera: genealogía de un ritual», Tesis de Maestría, Escuela de Educación. Universidad de San Andrés, 2002.
- Armony, Ariel, *La Argentina, los Estados Unidos y la cruzada anticomunista en América Central, 1977-1984*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1999.
- Balza, Martín, *Dejo constancia. Memorias de un general argentino*, Buenos Aires, Planeta, 2001.
- Balza, Martín, *Malvinas. Gesta e incompetencia*, Buenos Aires, Atlántida, 2003.
- Berger, John, «Usos de la fotografía», en *Mirar*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1998.
- Bignone, Reinaldo B. A., *El último de facto. La liquidación del Proceso. Memoria y testimonio*, Buenos Aires, Planeta, 1992.
- Blanco, Oscar; Imperatore, Adriana y Kohan, Martín, «Transhumantes de neblina, no las hemos de encontrar» en *Espacios de crítica y producción* n° 13, diciembre 1993 / marzo 1994.
- Blaustein, Eduardo y Zubieta, Martín, *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*, Buenos Aires, Colihue, 1998.
- Bonzo, Héctor, *1093 tripulantes del Crucero ARA General Belgrano. Testimonio y homenaje de su comandante*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992.
- Bramley, Vincent, *Los dos lados del Infierno*, Buenos Aires, Planeta, 1994.
- Bramley, Vincent, *Viaje al infierno. Escenas de una batalla en la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Planeta, 1992.
- Bertoni, Lilia Ana, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE, 2001.
- Brocato, Carlos A., *El exilio es el nuestro. Los mitos y los héroes argentinos. ¿Una sociedad que no se sincera?*, Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1986.
- Bustos, Dalmiro M., *El otro frente de la guerra. Los padres de las Malvinas*. Ramos Americana Editora, Buenos Aires, 1982.
- Carballo, Pablo Marcos, *Capitán, Dios y los halcones*, Buenos Aires, Editorial Abril, 1983.
- Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición*, Buenos Aires, Colihue, 2004.
- Calveiro, Pilar, «Memoria, política y violencia» en Buchenhorst, Ralph y Lorenzano, Sandra (eds.), *Políticas de la memoria*, Buenos Aires, Gorla, 2007.
- Ceballos, Enrique y Buroni, José, *La medicina en la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1992.
- Cucuzza, Rubén, *Yo argentino. La construcción de la Nación en los libros escolares*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2007.
- Escudero, Lucrecia, *Malvinas: el gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra*. Barcelona, Gedisa, 1996.
- Esteban, Edgardo, *Iluminados por el fuego. Confesiones de un soldado que combatió en Malvinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.
- Esteban, Edgardo, *Malvinas, diario del regreso (Iluminados por el fuego)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.
- Fogwill, Rodolfo Enrique, *Los pichiciegos*, Buenos Aires, Interzona, 2006.

- Fundación Soldados, *Malvinas. 20 años. 20 héroes*, Buenos Aires, Fundación Soldados, 2002.
- Forn, Juan, «Memorándum Almazán» en *La guerra de Malvinas (Argentina, 1982)*, Buenos Aires, Biblos, 2007.
- Fresán, Rodrigo, «La soberanía nacional» y «El aprendiz de brujo» en *Historia Argentina*, Buenos Aires, Tusquets, 1998.
- Gamarro, Carlos, *Las islas*, Buenos Aires, Simurg, 1998.
- Gamarro, Carlos, «14 de junio, 1982» en *El nacimiento de la literatura argentina y otros ensayos*, Buenos Aires, Norma, 2006.
- Giussani, Pablo, *Los días de Alfonsín*, Legasa, Buenos Aires, 1986.
- Goñi, Uki, *Judas. La verdadera historia de Alfredo Astiz, el infiltrado*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.
- Greco, Jorge y González, Gustavo, *Argentina: el Ejército que tenemos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- Groussac, Paul, *Las islas Malvinas*, Buenos Aires, Claridad.
- Guber, Rosana, *¿Por qué Malvinas?: de la causa nacional a la guerra absurda*, Buenos Aires, FCE, 2001.
- Guber, Rosana, «1966: La otra Operación Cóndor», en *Todo es Historia*, N° 417, abril de 2002.
- Guber, Rosana, *De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Antropofagia, 2004.
- Guebel, Daniel, «El amor de Inglaterra» en *La guerra de Malvinas (Argentina, 1982)*, Buenos Aires, Biblos, 2007.
- Herrscher, Roberto, *Los viajes del Penélope. La historia del barco más viejo de la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Tusquets, 2007.
- Irazusta, Julio y Rodolfo, *La Argentina y el imperialismo británico* (1934), Buenos Aires, Editorial independencia, tercera parte: «La oligarquía argentina», segunda edición (1982).
- Jensen, Silvina, «Malvinas como dilema para los exiliados» en revista *Puentes* N° 20, marzo 2007.
- Jiménez, Isaías, *El halcón perdido*, San Isidro, Neyce, 1987.
- Kohan, Martín, «El fin de una épica» en *Punto de vista*, N° 64, agosto 1999.
- Kon, Daniel, *Los chicos de la guerra*, Buenos Aires, Galerna, 1984.
- Lorenz, Federico, *Las guerras por Malvinas*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.
- Lorenz, Federico, *Fantasmas de Malvinas. Un libro de viajes*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2008.
- Lorenz, Federico, «La necesidad de Malvinas» en revista *Puentes* N° 20, marzo 2007.
- Mayorga, Horacio, *Contraalmirante (RE), No vencidos. Relato de las operaciones navales en el conflicto del Atlántico Sur*, Buenos Aires, Planeta, 1998.
- McLaren, Peter, *La escuela como un performance ritual*, México, Siglo XXI, 1995.
- Mitre, Bartolomé, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, varias ediciones.
- Novaro, Marcos y Palermo, Vicente, *La dictadura militar 1976-1983: del golpe de Estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2003.
- Obiols, Guillermo, *La memoria del soldado. Campo de Mayo (1976-1977)*, Buenos Aires, Eudeba, 2003.
- Palacios, Alfredo *Las islas Malvinas (1934)*, Buenos Aires, Claridad, segunda edición, 1946.
- Palermo, Vicente, *Sal en las heridas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.
- Piaggi, Ítalo, *El combate de Goose Green. Diario de guerra del comandante de las tropas argentinas en la más encarnizada batalla de Malvinas*, Buenos Aires, Planeta, 1994.
- Puiggrós, Adriana, *Sujeto, disciplina y curriculum (1885-1916)*, Buenos Aires, Galerna, 1991.
- Pujol, Sergio, *Rock y dictadura, crónica de una generación (1976-1983)*, Buenos Aires, Emecé, 2005.
- Robacio, Carlos y Hernández, Jorge, *Desde el frente. Batallón de Infantería de marina N° 5*, Buenos Aires, Solaris, 1996.

- Romero, Luis Alberto, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2003.
- Rojas, Ricardo, *La Restauración nacionalista*, Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1971.
- Romero, Luis Alberto, *La Argentina en la escuela*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- Rozitchner, León, *Las Malvinas: de la «guerra sucia» a la «guerra limpia»*, Buenos Aires, CEAL, 1985.
- Bernetti, Jorge y Giardinelli, Mempo, *México: el exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura 1976-1983*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2003.
- Ruiz Moreno, Isidoro, *Comandos en acción. El Ejército Argentino en Malvinas*. Buenos Aires, Emecé, 1986.
- Saccomano, Guillermo, *Bajo Bandera*, Buenos Aires, Planeta, 1991.
- Sarlo, Beatriz, *Tiempo pasado*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- Sarlo, Beatriz, *Tiempo presente*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- Sarlo, Beatriz, «No olvidar la guerra de Malvinas» y «Sueño de la razón argentina» en *Escritos sobre literatura argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.
- Sirlin, Ezequiel, «La última dictadura: genocidio, desindustrialización y el recurso de la guerra (1976-1983)», en *Historia Argentina Con-*

- temporánea, Pasados presentes de la política, la economía y el conflicto social*, Buenos Aires, Dialektik, 2008.
- Schwartzman, Julio, *Microcrítica. Lecturas argentinas (cuestiones de detalle)*, Buenos Aires, Biblos, 1996.
- Sontag, Susan, *Ante el dolor de los demás*, Buenos Aires, Alfaguara, 2005.
- Sontag, Susan, *Sobre la fotografía*, Buenos Aires, Alfaguara, 2006.
- Soriano, Osvaldo, *A sus plantas rendido un león*, Buenos Aires, Seix Barral, 2008.
- Speranza, Graciela y Cittadini, Fernando, *Partes de guerra. Malvinas 1982*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.
- Speranza, Graciela, «La guerra de Malvinas dieciocho años después. Cómo se cuenta una guerra» en *Clarín*, 26 de marzo de 2000.
- Terragno, Rodolfo, *Falklands*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2002.
- Terzano, Daniel, *5000 adiós a Puerto Argentino*, Buenos Aires, Galerna, 1985.
- Túrolo, Carlos M., *Así lucharon*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985.
- Vargas, Salvador, *Malvinas. Historias breves y sentimientos*, Buenos Aires, Editorial Dunker, 2004.
- Verbitsky, Horacio, *El vuelo*, Buenos Aires, Planeta, 1995.

- Verbitsky, Horacio, *La posguerra sucia. Un análisis de la transición*, Buenos Aires, Legasa, 1985.
- Verbitsky, Horacio, *Malvinas: La última batalla de la Tercera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002.
- Vezzetti, Hugo, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.
- Warley, Jorge, «Introducción» en *La guerra de Malvinas (Argentina, 1982)*, Buenos Aires, Biblos, 2007.

Documentos e informes

- Ejército Argentino, *Informe Oficial del Ejército Argentino. Conflicto Malvinas*, Tomos I y II, 1983.
- *Informe Rattenbach*, Buenos Aires, Ediciones fin de siglo, 2000.
- Programa de Salud del Veterano de Guerra Bonaerense – Dirección de Salud Mental, *Malvinas, entre el silencio y la palabra*, Buenos Aires, 2002.

Películas

FICCIONALES

- *Los chicos de la guerra*, Bebe Kamin, 1984.
- *El Visitante*, Javier Olivera, 1999.

- *Vamos ganando*, Ramiro Longo, 2001.
- *Iluminados por el fuego*, Tristán Bauer, 2005.
- *1982, Estuvimos ahí*, César Turturro y Fernando Acuña, 2006.
- *Los últimos*, Miguel Mirra, 2007.
- *Cartas a Malvinas*, Rodrigo Fernández, 2009.

DOCUMENTALES

- *Malvinas, historia de traiciones*, Jorge Denti, 1984.
- *Hundan al Belgrano*, Fedeirco Urioste, 1996.
- *Malvinas, historia de dos islas*, Diego Alhadeff, 1999.
- *Hijos.doc*, América TV, 1999.
- *El refugio del olvido*, medimetro, Diego Alhadeff, 2002.
- *Operación Algeciras*, Jesús Mora, 2003.
- *Malvinas: lo que quedó de la guerra*, cortometraje, Hernán Caballero, Ignacio Cossar, Alexis Menna y Emiliano Stur, 2004.
- *No tan nuestras*, Ramiro Longo, 2005.
- *Locos de la bandera*, Comisión de Familiares de Caídos en la Guerra de Malvinas, (dir. Julio Cardoso), 2005.
- *Malvinas, la lucha continúa*, Fernando Cola, 2007.

Agradecimientos

Por sumar sus voces en el libro

A los docentes de Santiago del Estero que brindaron su palabra sobre sus primeros recuerdos de Malvinas.

A todos los docentes, estudiantes de IFD y compañeros de nuestro equipo que participaron del proyecto «A 30 años» y «Entre el pasado y el futuro».

A Pablo De Santis por autorizar la publicación del cuento «*La marca del ganado*».

A Editorial Edhasa, por autorizar la publicación de fragmentos extensos de *Partes de guerra*.

A Octavio Kulesz, de Libros del Zorzal, por autorizar la publicación de fragmentos de *No sabría decir cómo es un recuerdo. Los chicos y la dictadura*.

Por aportar materiales e imágenes

A los ex combatientes Julio Calvo, Antonio Reda, Gabriel Sagastume y Miguel Ángel Trinidad. Al Centro de Veteranos de Guerra Avá Ñaró (Monte Caseros, Corrientes), CECIM La Plata, a Gabriela Braccio y Andrea Rodríguez.

Al museo de las escuelas.

Por su lectura crítica

Mabel Scaltritti

Áreas Curriculares, DNGCyFD

Créditos de las imágenes

Página 104: Archivo CECIM La Plata.

Páginas 28, 34, 44, 183: Archivo Graciela García Romero.

Página 32: Archivo Federico Lorenz.

Páginas 87, 88, 98, 111: Archivo Miguel Angel Trinidad.

Páginas 175, 179: Centro de Veteranos de Guerra Avá Ñaró (Monte Caseros, Corrientes).

Páginas 23, 26, 47: TELAM.

Páginas 59, 77, 66, 86, 102, 109, 161, 186: Fotografías de Federico Lorenz.

Página 109 (imagen 2): Fotografía de Mercedes Turquet.

Página 132: *Galeses y Tehuelches. Historia de un encuentro en Patagonia*, VV.AA., CFI - Secretaría de Cultura, Gobierno de la provincia de Chubut, 2007.

Portada: Fotomontaje a partir de fotos originales de Federico Lorenz y Juan Sebastián Linero.